Osamu Dazai

LA FELICIDAD DE LA FAMILIA

Traducción directa del japonés: Isami Romero Hoshino
Colaboración en la traducción y prólogo: Ednodio Quintero

CANDAYA

LA FELICIDAD DE LA FAMILIA

OSAMU DAZAI

OSAMU DAZAI

Más allá de su fama de enfant terrible y de su marcada inclinación por el suicidio, Osamu Dazai (1909-1948) es sin ninguna duda uno de los máximos exponentes de la moderna literatura japonesa. A contracorriente siempre de las normas preestablecidas en una sociedad tan rígida y conservadora como la japonesa, Dazai se convirtió, a pesar de su origen aristocrático, en un auténtico paria. Su existencia estuvo signada por la vergüenza, la perplejidad, el tormento y la ansiedad, lo que, paradójicamente, lo ha convertido en un perdurable icono de la rebeldía para muchas generaciones de jóvenes japoneses. Comparte con su maestro, el genial Ryunosuke Akutagawa, la predilección por las formas breves y unas magníficas dotes como cuentista. Se estima que escribió alrededor de doscientos relatos, muchos de ellos magníficos, como los que, traducidos directamente del japonés, ofrecemos en la presente antología. Desde los años sesenta, el incipiente reconocimiento a Osamu Dazai entre los jóvenes se ha convertido en un auténtico culto, representando Dazai no la figura de un santón laico sino la de un ídolo del rock como Jim Morrison. La popularidad de Dazai lo ha llevado a entronizarse entre los nuevos medios como el manga y el animé, inspirando entre otras la serie Bungo Stray Dogs en la que el protagonista es un apasionado del suicidio. Varios de sus cuentos así como su novela bandera Indigno de ser humano han sido adaptados al cine y también a versiones de manga, un género típicamente japonés en extremo popular. El 19 de junio, fecha del aniversario de Osamu Dazai, su tumba en el Zenrin-ji es visitada por centenares de sus seguidores.

Candaya Narrativa, 41

LA FELICIDAD DE LA FAMILIA (Ocho cuentos de Osamu Dazai)

Osamu Dazai
Primera edición: enero de 2017

© Editorial Candaya S.L.
Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

Traducción directa del japonés:
Isami Romero Hoshino

Colaboración en la traducción y prólogo:
Ednodio Quintero

Diseño de la colección:
Francesc Fernández

Imagen de la cubierta:
Katagawa Utamaro (1753-1806)

BIC: FA
ISBN: 978-84-15934-99-8
Depósito Legal: xxx

Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura y Deporte

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

EL EXTRAÑO O (CASO) DE OSAMU DAZAI

Prólogo de Ednodio Quintero

1. Tras los pasos de Hiro Ukeda.

A finales de octubre de 2006, recién llegado a Tokio, fui con mi amigo Ryukichi Terao hasta el tradicional barrio suburbano de Kichijôji. Allí, en un elegante café, conocí a Hiroyuki Ukeda, compañero de estudios de Ryukichi en Guadalajara. Hiro, especialista en Economía informal de los países en desarrollo, es hasta donde yo sé el único japonés que ha intentado convertirse en indio mexicano, para más señas: huichol. En algún momento de la animada conversación que sosteníamos nombré a Osamu Dazai, un escritor que siempre me había llamado la atención, debo reconocer que en parte a causa de su existencia extravagante que le había valido el sobrenombre de *enfant terrible*. Hiro saltó emocionado: ¡Dazai! ¡Dazai!, pues se trataba de su escritor predilecto. Yo había leído las dos únicas novelas de Dazai, *El ocaso (Shayo)* e *Indigno de ser humano (Ningen Shikkaku)*, en la excelente traducción al español de Montse Watkins, y conocía el entusiasta y esclarecedor ensayo "El arte de Dazai Osamu" que le dedicara Donald Keene, de lejos el más destacado especialista en Literatura japonesa de Occidente y traductor de Dazai al inglés.

Enseguida nos levantamos, atravesamos el bonito parque de Inokashira y siguiendo los pasos de Hiro nos dirigimos casi en volandas hasta el lugar donde Dazai, ¡Dazai! ¡Dazai!, se había lanzado a un canal crecido del río Tama, atado a su amante, una viuda de guerra, un día brumoso y lluvioso de mediados de junio de 1948. Los cadáveres de ambos amantes, que habían cumplido un pacto de doble suicidio (en japonés conocido como *shinju*), muy frecuente en el Japón desde el siglo XVII, fueron encontrados seis días después, el 19 de junio, justo el día en que Dazai hubiera cumplido treinta y nueve años. Yo conocía la anécdota e incluso había fantaseado con la imagen

de Osamu Dazai y su amante lanzándose a un río de aguas turbulentas desde un majestuoso puente como el que cruza el lago de Maracaibo. Y no pude disimular mi decepción ante aquel canal tan parecido a una acequia atravesado por un puentecito de Lilliput. Luego me informaría mejor y sabría que sesenta años atrás el canal del Tama poseía un caudal mucho mayor y que para la fecha del salto mortal de Dazai, en el mes que arrecian los monzones, rugía como un enfurecido dragón.

Como ocurre en algunas películas, o sin ir muy lejos en los avatares de la cotidianidad, siempre sucede lo inesperado. Así que después de visitar el sitio donde Dazai escenificara su acrobática zambullida emprendimos una larga marcha a pie que al cabo de una hora nos llevó hasta el lugar en el cual reposaban sus cenizas, que se encontraba por una de esas casualidades del destino, la segunda casualidad en un mismo día, ¡qué casualidad!, en un templo cercano, el Zenrin-ji, en el barrio de Mitaka. En Japón, los cementerios suelen estar al lado de algún templo budista y en ellos se guardan las cenizas y algunos huesos del difunto, pues la incineración, por tradición, no es total, y otro hueso o restos de las cenizas se reservan para el altar familiar. Ahí en el Zenrin-ji me aguardaba una nueva sorpresa. A escasos diez o doce metros de la tumba de Dazai estaba la tumba de otro gran escritor, un clásico de la Literatura Japonesa del siglo XX: Mori Ogai (1862-1922). Me extrañó que de los narradores japoneses que formaban mi top ten, dos reposaran en el mismo lugar, una posibilidad que la estadística habría negado y que seguramente J. L. Borges hubiera explicado con el axioma de un sabio de la China milenaria, inventado por él. La razón era más sencilla: Dazai, en su carta de despedida, había pedido que lo sepultaran lo más cerca posible de su admirado maestro Mori Ogai, a quien idolatraba con fervor.

El 19 de junio, fecha del aniversario de Osamu Dazai, llamada por sus fans *Outo* (Cereza) en honor a un cuento homónimo suyo, se congregan en el Zenrin-ji, alrededor de su tumba jóvenes venidos desde todos los lugares del Japón que cantan, fuman, beben y le ofrendan flores y algún canuto celebrando al grande e incomprendido escritor. Ese mismo día del año de gracia de 2007 intenté sumarme como un entrometido *gaijin* (que así llaman a los forasteros en Japón) a la fiesta en honor a Dazai. Por tratarse de un día entre semana Ryukichi y Hiro no pudieron acompañarme debido a sus obligaciones laborales, así que mapa en mano me lancé hasta el barrio de Mitaka, y como siempre sucede lo inesperado, a pesar de mis loables intenciones y mis habilidades de Teseo para orientarme en los más intrincados laberintos, no pude dar con el bendito templo de Zenrin-ji. En realidad llegué a uno que se le parecía, pero ni siquiera logré encontrar la puerta de entrada. Pienso que aquella tarde Osamu Dazai me jugó una

mala pasada, con su humor negro propició mi extravío, yo no merecía participar en la celebración de su cumpleaños pues había venido a Tokio a dedicar un año entero al estudio de la obra de Junichiro Tanizaki, un autor muy diferente a él, ubicado en las antípodas de su visión de la vida y la literatura.

2. L'enfant terrible

Si alguien merece el calificativo de *enfant terrible* de las letras japonesas, ese es Osamu Dazai. Su vida, tal como la recuerdan los que lo conocieron o como él mismo la relata en sus escritos autobiográficos, estuvo signada por la vergüenza, la perplejidad, el tormento y la ansiedad. Siempre anduvo a contracorriente de las normas preestablecidas en el contrato social, lo que en una sociedad tan rígida y conservadora como la japonesa, regida por las ideas de Confucio, lo llevaron a convertirse en un marginado, en un auténtico paria, a pesar de su origen aristocrático. Fue Dazai una persona hipersensible, un mitómano al que afectaban en alto grado las opiniones de los demás. Parecía un personaje extraído de la novela de Joris Karl Huysmans, *À rebours*, y tenía algo de dandy decadente, un poco degenerado, al estilo de un joven Rimbaud o de un diletante Baudelaire. Padeció el drama de los genios prematuros, que no logran ser reconocidos por sus pares ni por sus contemporáneos, un fenómeno que no es exclusivo del arte, pues forma parte de la conducta sediciosa de los humanos.

Ozamu Dazai nace como Shûji Tsushima en Kanagi, al norte de Japón, en 1909, dentro de una aristocrática familia de terratenientes. Su padre fue además un político destacado, miembro del Parlamento. Por ser el penúltimo de una larga prole de once, la educación de Dazai fue descuidada y el contacto con sus padres lejano, creciendo con bastante libertad bajo la influencia a veces perniciosa de los numerosos criados que cumplían sus labores en el caserón familiar. De naturaleza tímida y retraída, se refugia en la lectura y en una especie de atributo histriónico que descubre en su interior, mediante el cual, actuando como un payaso, hace reír a mandíbula batiente a los demás. Pero en el fondo sus payasadas, como él mismo las califica, no son más que el escudo donde se oculta un espíritu atormentado y afligido que no encuentra su lugar en este mundo.

A pesar de su formación un tanto descuidada logra ingresar a la prestigiosa Universidad Imperial de Tokio, donde cursa estudios de Literatura Francesa durante cuatro años sin lograr obtener el título. Hay quienes afirman que no se presentó un solo día a clases. Desde

muy joven lleva una vida desenfrenada. Se aficiona al alcohol y frecuenta los lugares de peor reputación en un intento, según él, de codearse con la gente del común, pues siempre sintió una especie de complejo de culpa por el hecho de haber nacido en el seno de una familia aristocrática. Por aquella época, finales de la década del veinte, las ideas marxistas estaban de moda, y Dazai llegó a participar en el recién creado Partido Comunista, aunque más tarde se burlaría de esa experiencia como si se hubiera tratado de una payasada más.

El proceso de deterioro de Dazai se acelera convirtiéndose en un intento claro de autodestrucción. Es significativo que al inicio de su segunda y última novela, *Indigno de ser humano* (*Ningen shikkaku, 1948*), de indudable naturaleza autobiográfica y publicada unos pocos meses antes de su muerte, nos recibiera con esta frase, que destila el nihilismo más desesperanzador: "Mi vida ha estado llena de vergüenza. La verdad es que no tengo la más remota idea de lo que es vivir como un ser humano". Más allá de los conflictos familiares, en especial de la pésima relación que sostuvo con su recio e inflexible padre, que lo desheredó al enterarse del escandaloso affaire de su hijo con una geisha de bajo rango, la naturaleza de la conducta iconoclasta de nuestro autor es a mi entender de carácter metafísico. Dazai siempre se planteaba, como más tarde lo expondría brillantemente el filósofo Emil Cioran, un asunto fundamental: el inconveniente de haber nacido.

El suicidio está presente como un tema recurrente en sus escritos y en su propia existencia desdichada. Es posible que la muerte voluntaria de Ryunosuke Akutagawa (1892-1927), que causó un impacto fulminante en el joven Dazai, de apenas dieciocho años, que lo veneraba como a un dios redivivo, haya producido en su mente un deseo inconsciente de imitación. Amén de su enfermiza vocación suicida, Dazai comparte con el genial Akutagawa la predilección por las formas breves, ya que apenas escribió un par de novelas de mediana extensión y cerca de doscientos relatos. Al igual que su modelo, en sus narraciones predomina cierto regusto por los temas oscuros, aquellos que revelan las miserias y vilezas de los humanos, y en lo que respecta a los escritos autobiográficos, que constituyen la inmensa mayoría, un tono opaco, objetivo y frío, distante, desconsolador. No creo estar haciendo un descubrimiento espectacular al sugerir una lectura en paralelo de *Indigno de ser humano* de Dazai y *Los engranajes* (1927) de Akutagawa, ambas obras escritas con la intensidad y la furia de dos seres que poseen la conciencia y la lucidez que les permite reconocer que están en el corredor de la muerte.

Antes de su apoteosis final en el recrecido canal del río Tama, Dazai había sumado tres o cuatro intentos de suicidio. El primero, siendo muy joven, en compañía de una chica a la que apenas conocía

pero tan desesperada como él. Se arrojaron al mar embravecido por los lados de Kamakura, la infeliz chica murió y a Dazai lo rescataron unos pescadores. Más tarde, en diversas ocasiones, confesaría que había olvidado el nombre de la suicida —los biógrafos de Dazai averiguaron que se trataba de una joven humilde llamada Shimeko Tanabe. Poco después contrajo matrimonio con Hatsuyo Oyama, la geisha con la que había sostenido una furtiva relación que dio motivo a que el padre de Dazai lo hubiera desheredado. En esta nueva etapa de su vida tampoco obtuvo ningún tipo de sosiego, pues su situación financiera era cada vez más apurada, sólo contando de vez en cuando con la ayuda de uno de sus hermanos. Continuaba bebiendo como un poseso e incluso recurrió al uso de drogas fuertes, se resentía su salud y en una oportunidad tuvo que ser internado de gravedad en un hospital. Mientras sufría como un endemoniado, en particular por el síndrome de abstinencia, su esposa lo traicionó con su mejor amigo. Al salir del hospital y enterarse del adulterio, Dazai le propuso a su mujer que se suicidaran juntos, ésta aceptó, pero la dosis de somníferos que tomaron no fue suficiente, y así el asunto acabó en una intoxicación y en sana separación.

En 1940 Osamu Dazai se casa con Michiko Ishihara, una maestra de secundaria que le había presentado su amigo el escritor Masuji Ibuse. Muy pronto la pareja abandona Tokio huyendo de los estragos de la guerra y se instalan en la tranquila y pacífica ciudad de Mitaki. Durante aquellos años, que se prolongan hasta comienzos de 1945, Dazai logra escribir algunas de sus mejores obras como ¡*Corre, Melos*! (*Hashire Merosu*, 1940), uno de los varios relatos inspirados (o ambientados) en la literatura occidental. Y lo que es sin duda más importante, Dazai encuentra por primera vez en su convulsionada existencia el ambiente necesario para disfrutar de la vida familiar. Pero aquel breve idilio no estaba destinado a durar.

Poco antes del final de la guerra en 1945, Dazai regresa a Tokio y comienza una fulgurante carrera como escritor pues se le considera como uno de los mejores representantes de la nueva literatura, la que dará cuenta de las violentas transformaciones que se están produciendo en la sociedad japonesa como consecuencia de la derrota en la conflagración bélica. Una de las primeras obras que publica ese mismo año es *Otogizôshi* (cuyo título ha sido traducido de diferentes maneras al español: *Cuentos de cabecera* o *Cuentos de hadas*), conformado por varios relatos de la tradición folclórica de Japón adaptados por Dazai para ser leídos a su hija pequeña en el refugio antiaéreo donde se resguardaban durante los terribles bombardeos que arrasaban la ciudad de Tokio.

La creciente fama de Dazai no impide, sin embargo, el desorden de su vida afectiva, su propensión a la polémica y la vuelta a sus

costumbres de bohemio, lo que va acelerando su deterioro físico y mental. Desde los comienzos de su carrera de escritor su relación con sus colegas escritores fue en la mayoría de los casos pésima. Es conocido el caso de su participación en las dos primeras ediciones del Premio Akutagawa, creado en 1935 como homenaje al grandísimo escritor, maestro de las formas breves, venerado por Dazai. Este premio pretendía estimular la obra de los narradores noveles, y Dazai, que tenía un alto concepto de sí mismo no vaciló en enviar uno de sus relatos al concurso. Al no obtener el premio, que en esa oportunidad se le adjudicó a Tatsuzo Ishikawa, insistió en la siguiente edición, enviando de paso una patética carta a dos de los jurados (Yasunari Kawabata y Haruo Sato) en la cual les suplicaba que le adjudicaran el premio. Por supuesto, los jurados no atendieron la descarada petición del joven autor. Más tarde, ante una crítica de Kawabata a un relato de Dazai, publicada en la revista *Bungeishunju*: "… en la vida personal del autor sobrevuela una nube desagradable, un odio que evita que su talento logre aflorar", éste le responde con una larga, confusa y disparatada misiva en la cual ironiza respecto a la existencia sosegada de Kawabata: "Criar un pajarillo y contemplar la danza, ¿es eso llevar una buena vida?". Curiosamente, los reproches a la obra de Osamu Dazai se extendieron hasta mucho después de su trágica muerte. Yukio Mishima en *Las vacaciones de un novelista* (1955), una especie de diario de aquel año, dedica una dura diatriba contra Dazai, de la cual citamos esta graciosa frase: "Un novelista que intenta suicidarse con su amante debería tener una apariencia un poco más seria". No obstante, estas y muchas otras críticas, algunas relacionadas más bien con la compleja personalidad de nuestro autor, su obra ha perdurado en el tiempo y se sigue leyendo con interés y emoción hasta nuestros días.

3. El novelista

Más allá de su fama de maldito, el lugar que ocupa Dazai en el reducido y exclusivo panteón de los narradores clásicos de Japón en el convulsionado siglo XX lo tiene muy bien ganado. Si redujéramos esta somera lectura a sus dos únicas novelas: *El ocaso* (*Shayo*, 1947) e *Indigno de ser humano*(*Ningen Shikkaku*, 1948), debemos admitir que ambas merecen el calificativo de obras maestras. Veamos por qué.

***El ocaso*:**

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial con la derrota de Japón, una familia de clase alta de Tokio se ve en la necesidad de vender su

lujosa residencia para trasladarse al campo, donde vivirán en una modesta casa de estilo chino. Kazuko, la protagonista-narradora, una mujer moderna, activa y avispada, de veintinueve años, divorciada, y su madre viuda, arrasada por la tristeza, aguardan en aquel lugar ciertamente idílico la llegada de Naoji, el hijo, perdido en las islas del sur de Japón durante el conflicto bélico. Cuando al fin el hijo aparece, débil y destruido por el alcohol y las drogas, Kazuko comenta: "Después llegó Naoji, del sur del Pacífico, y comenzó nuestro infierno".

Dicen que para muestra basta un botón. Dazai se vale de este drama, representado en la decadencia y destrucción de una familia, para ilustrar no sólo el ocaso de una clase social venida a menos por los avatares de la guerra, sino también la crisis que sacudía los estamentos de la sociedad japonesa en general. Los recursos que utiliza el autor para sostener su narración, dotándola de una formidable carga simbólica y conceptual, son de una sorprendente modernidad, heredada de los modelos occidentales que Dazai conocía a la perfección. Sin embargo, los temas y motivos son del todo japoneses, ya que nos ofrecen como en una nítida radiografía los conflictos derivados de unas normas y modales rígidos, los moldes mentales de una sociedad que se niega a cambiar. Y, por supuesto, están presentes las referencias a las supersticiones y creencias populares derivadas de una antiquísima tradición, encarnadas en este caso en la figura de la serpiente que se convierte en un leimotiv.

El lenguaje de Dazai en *El ocaso* es preciso, a ratos precioso, sostenido por un aliento poético que a menudo lo hace vibrar, más cerca del frenesí de un Dostoviesky que del entusiasmo de un reposado y germanizado Mori Ogai. Al final, en un giro dramático admirable, cada quien encuentra el destino que se merece: la madre, consumida por la melancolía y la tristeza, muere después de una lenta y serena agonía; el hijo acaba suicidándose; y Kazuko, la mujer decidida y tenaz, logra su sueño más preciado: tener un hijo, no importa que el padre, un artista decadente de quien creía estar enamorada, apenas estuviera con ella una sola noche. Un final ciertamente esperanzador, lo que quizá demuestre que en el fondo del espíritu rebelde y nihilista de Osamu Dazai había lugar para los sentimientos positivos, como la piedad.

Indigno de ser humano

Al terminar de leer esta breve, densa y extraordinaria novela me quedó la impresión, digamos que cinematográfica, de haber contemplado la imagen en blanco y negro de un Lautréamont de mirada triste y ojos rasgados, vagando por los suburbios de una decadente ciudad de Tokio.

Escrita en primera persona, y valiéndose de unos recursos narrativos más bien tenues, como si pretendiera ocultarse, sólo para salvar las apariencias, detrás de un antifaz transparente, Dazai nos ofrece un autorretrato crudo y revelador. Y como se suele decir, no deja títere con cabeza, incluyendo la suya, por supuesto, y arremete contra la institución familiar. Ya lo había reiterado de forma irónica en un relato de ese mismo año, "La felicidad de la familia" ("Katei no kofuko"): "La felicidad de la familia es la raíz de todo mal". Muy temprano descubre la hipocresía, la doble moral y la mezquindad de los seres humanos. Los criados de la casa paterna son sus guías en el lado oculto de la existencia, iniciándolo en la sexualidad cuando apenas era un niño. Luego en Tokio, mientras intenta ganarse la vida como dibujante de comics, se sumerge en un laberinto de juergas, alcohol, morfina, relaciones con mujeres de cualquier tipo y condición, a las que explota descaradamente sin importarle para nada verse convertido en un mantenido. ¿El retrato del artista adolescente? No, pues ni siquiera recurre al expediente del arte para justificar la autodestrucción. Él mismo se define como cínico, desconfía de sus amigos, se burla de "El lenguado", un abogado de caricatura que representa el único vínculo con su familia, se endeuda constantemente, seduce a una farmaceuta lisiada para obtener la morfina que le produce cierto alivio…

4. El cuentista

En mi primer viaje a Japón tuve la suerte de hacer muy buenas amistades. A mi regreso en el otoño nuclear de 2011 retomé y profundicé algunas. Como consecuencia de un monográfico sobre Literatura japonesa que preparé para la revista *Coroto* de la Universidad del Paso en USA, recurrí a la ayuda de mi amigo Isami Romero Hoshino, en su condición de bilingüe español-japonés, quien tradujo para ese número un cuento de Osamu Dazai. A partir de entonces hemos formado un equipo que tiene a Dazai entre sus prioridades, pues Isami Romero Hoshino, al igual que Hiroyuki Ukeda, es además de admirador un gran conocedor y estudioso de la obra de nuestro autor. Recuerdo que en una de nuestras sesiones de trabajo, allá en el mítico café Segafredo de Shibuya, Isami desplegó delante de mí un legajo de unas treinta páginas con el índice crítico de todos y cada uno de los casi doscientos cuentos de Osamu Dazai, y en base a ese importante documento confeccionado con la dedicación clásica de un chilango-nipón hemos venido elaborando algunos proyectos de traducción, el primero de los cuales se concreta, gracias al apoyo

entusiasta de la editorial Candaya, en esta antología que hemos llamado *La felicidad de la familia*, un título irónico como se verá, que corresponde a un cuento homónimo.

Siempre he pensado que un prólogo debería servir de aliciente para la lectura, y pienso además que la mayoría de las veces resulta prescindible. En tal sentido, el lector posee la potestad de saltárselo, o como es mi costumbre dejarlo para el final, y así nos ahorramos la posibilidad de que nos agüen la fiesta con una serie de irritantes *spoilers*. Sin ánimo de privar al lector del placer de descubrir por sí mismo los atributos de este grupo de relatos, intentaré a partir de las líneas que siguen exponer mi particular visión de los cuentos de Osamu Dazai seleccionados para esta primera antología, relacionándolos en lo posible con la desaforada vida del autor, esperando que mi lectura contribuya a un mejor conocimiento de la literatura japonesa entre los hispano hablantes. Procederé entonces siguiendo el orden del índice.

"**La felicidad de la familia" ("Katei no Kôfuko").**

Escrito en 1948, el mismo año de la prematura desaparición del autor, con evidentes elementos autobiográficos centrados en temas cotidianos como la adquisición de una radio y las frecuentes borracheras del cabeza de familia, este relato, ubicado en los inicios de la postguerra, es en esencia una crítica melancólica y un tanto grotesca a la burocracia. La crítica, como sucede a lo largo de la obra de Dazai, no excluye la autocrítica, por momentos amarga y dolorosa. Tal vez como una premonición del destino que aguarda al narrador, la pobre mujer que aparece en la última página del relato solicitando con urgencia un documento de identidad, que por una traba netamente arbitraria y burocrática le es negado, acaba suicidándose al arrojarse en el canal del río Tama. Como ya lo advertimos, el título del cuento resulta de lo más irónico pues concluye con esta frase lapidaria: "De acuerdo con todo lo anterior, la felicidad de la familia es el origen de todo mal".

"Promesa cumplida" ("Mangan") .

En su brevedad, estamos frente a un relato magistral que deja ver el profundo conocimiento de los sentimientos humanos por parte del autor. La mujer de un doctor, amigo del narrador (Dazai), descrita por el marido como la personificación de la maldad, revela un oculto aspecto de su personalidad: la compasión.

"Hablemos de mujeres" ("Mesu ni tsuite") .

Elaborado de forma muy dinámica en torno a un fluido y extenso

diálogo sostenido entre el protagonista, un alter ego de Dazai, y un amigo suyo, este relato con ciertos tintes misóginos —que en el contexto de la vida y obra de nuestro autor se pueden englobar dentro de su proverbial misantropía— da cuenta de un episodio de doble suicidio en el cual la mujer muere y el hombre sobrevive. Aunque en el relato los hechos suceden en un hotel, es evidente el paralelismo con la propia experiencia del autor en su frustrado intento de suicidio en 1929 (el relato está fechado en 1936), y es aquí donde confiesa por primera vez que olvidó el nombre de su compañera muerta.

“El profesor Ôson y la ceremonia del té” (“Fushin’nan”).

Entre las diversas facetas de la compleja personalidad de Os amu Dazai nos encontramos con una especie de histrionismo cercano a lo caricaturesco, como lo señalamos más arriba cuando nos referimos al personaje que aparece en *Indigno de ser humano* conocido como “El lenguado”. El profesor Ôson es protagonista de un trío de relatos, y en éste que ofrecemos a los lectores su autor se vale de la estrafalaria naturaleza del profesor para desmitificar uno de los ritos más rancios, exquisitos y tradicionales de la cultura japonesa como lo es la ceremonia del té. Valiéndose de los recursos de la sátira, Dazai inventa unos personajes de un realismo cercano al cómic, como el dúo de estudiantes pusilánimes que acompañan al protagonista-narrador a la grotesca demostración de la ceremonia del té puesta en escena por el profesor Ôson. Mientras se desarrollaba la vulgar pantomima pensé en *La conjura de los necios*, la novela de John Kennedy Toole, por aquella original idea de Borges de que un autor crea a sus precursores.

“La estudiante” (“Joseito”).

En este relato, el más extenso de la selección, Dazai muestra sus consumadas dotes de narrador. Mediante el monólogo o soliloquio de una estudiante, el autor logra incursionar en la psiquis de lo femenino con frescura y sentido crítico, interpretando cabalmente las preocupaciones de una adolescente japonesa de la época (1939). La protagonista —a quien podríamos sin demasiado esfuerzo ubicar como un alter ego de nuestro autor, un Dazai con falda, mas no con kimono, pues el conflicto entre lo tradicional y lo moderno (es decir lo occidental) está patente en la narración— se muestra como una chica “moderna” ocupada de asuntos mundanos como la moda o el corte de cabello, pero al mismo tiempo reflexiona acerca de los avatares de su entorno familiar, su madre viuda, su hermana ausente y casada, el añorado padre muerto, un amigo ciego, al tiempo que se observa a sí misma, su joven cuerpo en la plenitud de su crecimiento, sus sueños, anhelos y pensamientos: “El poder del instinto es una fuerza que no podemos modificar con nuestra voluntad.” El relato fluye como un río

de imágenes que no cesan de rozar nuestra sensibilidad y en ningún momento la narración decae ni se hace tediosa, de tal manera que la lectura resulta por demás grata, devoramos aquellos episodios de lo cotidiano de un solo tirón.

Me llamó la atención la alusión directa a la novela de Joseph Kessel, *Belle de jour*, convertida treinta años después por Luis Buñuel en el extraordinario y sensual film del mismo nombre. Pienso que al incluir la novela de Kessel como una de las lecturas de la perspicaz y curiosa colegiala, Dazai nos está haciendo algo más que un guiño acerca de su decidida vocación por la modernidad.

"**La mujer de Villon" ("Viyon no tsuma").**

Al igual que en el relato anterior, Dazai otorga la voz a un personaje femenino, en este caso una desdichada joven, "ama de casa", madre de un bebé un tanto idiota, que malvive con un individuo de la peor calaña. El ambiente de marginalidad y desamparo que se describe desde las primeras líneas se corresponde casi como un calco a la propia existencia del autor, disfrazando de alguna manera el estilo adoptado por Dazai para sus narraciones, el así llamado *Watakushi Shôsetsu* o Literatura del yo. Escrito en 1947, un año antes de su muerte, por la época del mayor deterioro de su voluntad de vivir y curiosamente cuando su escritura alcanza un punto cercano a la perfección, este relato es representativo del mejor Dazai. El estilo de la narración es claro y directo, las descripciones son precisas y nos producen la sensación de estar viendo un film impresionista en blanco y negro, con el agregado de una serie de diálogos magistrales.

"Villon" alude, claro está, al poeta francés del siglo XV, "pariente" espiritual de Dazai. La mujer del relato ante la precariedad de su existencia decide emplearse en un bar restaurante de mala muerte donde encuentra cierto equilibrio emocional: "En un mundo como aquel donde una dama refinada tenía que recurrir a ese tipo de tretas para sobrevivir, no era posible que nosotros pudiéramos permanecer sin algún lado oscuro". Al final, el amante, un auténtico retrato de Dazai, le pregunta a su mujer: "Fíjate, Sacchan, aquí han escrito que soy un bruto, un animal indigno de ser humano". Y ésta le responde, cerrando el relato con una propuesta digna del existencialismo: "Puedes ser un bruto o un animal. Eso no tiene ninguna importancia. De momento nos basta con estar vivos". Reforzando nuestras ideas acerca del carácter autobiográfico de la escritura de Osamu Dazai, encontramos en la frase anterior ("…indigno de ser humano)" el anuncio del título de su novela postrera.

"El profesor Ôson y la salamandra" ("Ôson Sensei Genkoroku").

En este segundo episodio de las bizarras aventuras del ridículo profesor, éste se obsesiona por una salamandra que contempla en un acuario y a partir de ese momento crucial da inicio a una serie de exhaustivas investigaciones basadas en los principios de la ciencia, que lo llevan a límites asombrosos y que revelan su falsa erudición. Visto como una especie de comedia ligera, el relato constituye una burla de los métodos científicos así como un divertido cuestionamiento de las tradiciones más arraigadas del folclore de su país. En general, el trío de cuentos dedicados al profesor Ôson, escritos durante la guerra, conformado por el par que incluimos en esta antología y por el inédito "Tormenta de flores" ("Hana fubuki), se pueden leer como divertimentos, suerte de antídotos a las angustias y penalidades de aquellos tiempos.

"Toka-ton-ton".

Como sobreviviente de la guerra, aun cuando no desempeñó ninguna actividad de relevancia, Dazai conocía numerosas anécdotas acerca de los padecimientos post traumáticos de los soldados que regresaban de los frentes de batalla. En este caso se trata de un soldado que sufre en ciertas circunstancias de ilusiones auditivas que se traducen en un leve martilleo dentro de su cerebro. Curiosamente estas dolencias comenzaron el día de la rendición de Japón y por algún extraño efecto colateral las mismas apartaron al soldado del militarismo y de cualquier idea nacionalista, lo convirtieron en un ser reducido a lo meramente existencial, sin grandes ideales, que a pesar de su pereza y apatía busca un lugar en el mundo. Dazai utiliza en este relato el recurso epistolar, y al igual que en la mayoría de sus últimos textos expresa su visión desencantada de la existencia.

5. El nacimiento de un mito

Tal vez sin proponérselo, Osamu Dazai en *Indigno de ser humano* nos ofreció un magistral retrato del perdedor, una figura arquetípica que por razones que desconozco ha fascinado desde hace siglos a los japoneses. Quizá eso explique que más allá de los méritos estrictamente literarios de esta novela, celebrada por el eminente japonólogo Donald Keene, su traductor al inglés, se siga leyendo como un objeto de culto, en particular entre los jóvenes marginados de una sociedad super urbanizada y ultra sofisticada, que dentro de sus dudas y contradicciones se muestra reacia a los cambios estructurales que reclama la modernidad. Esta genial y ácida novela ha sido traducida a los principales idiomas, y en Japón hace ya bastante tiempo que

sobrepasó la cifra de los diez millones de ejemplares vendidos, sólo superada por *Kokoro*, la novela clásica de Natsume Soseki.

Desde los años sesenta, el incipiente reconocimiento a Osamu Dazai entre los jóvenes se ha convertido en un auténtico culto, representando Dazai no la figura de un santón laico sino la de un ídolo del rock como Jim Morrison. La popularidad de Dazai lo ha llevado a entronizarse entre los nuevos medios como el manga y el animé, inspirando entre otras la serie *Bungo Stray Dogs* en la que el protagonista es un apasionado del suicidio. Varios de sus cuentos así como su novela bandera *Indigno de ser humano* han sido adaptados al cine y también a versiones de manga, un género típicamente japonés en extremo popular. Y como ya lo contamos al comienzo, el 19 de junio, fecha del aniversario de Osamu Dazai, su tumba en el Zenrin-ji es visitada por centenares de sus seguidores. Es posible que Dazai sonría desde el lugar donde se encuentre y que acepte aquel multitudinario homenaje con cierta alegría. Es posible que en mi próximo viaje a Tokio, la ciudad de mis amores, me acerque de nuevo al cementerio del Zenrin-ji y le lleve a Dazai como ofrenda esta traducción de sus cuentos en la que Isami Romero Hoshino y este *gaijin* hemos puesto todas las ganas y mucho corazón. ¿Sonreirá el adusto y mordaz escritor amado por las mujeres e incomprendido por sus pares? Quizá el tigre no era tan fiero como lo pintaban, pues en su célebre novela la última palabra se le concede a una posadera que mantuvo durante bastante tiempo a un ocioso Yochan, el alter ego de Dazai, y dice así: “El Yochan que conocí era muy dulce e ingenioso (…) era como un ángel, un muchacho excelente”. Amén.

Mérida, 2 de julio de 2016

LA FELICIDAD DE LA FAMILIA

Decir que “los burócratas tienen la culpa” era lo mismo que escribir la frase: “puro, claro y alegre”. Eran unas palabras tan tontas y anticuadas que me hacían sentir como un perfecto idiota. No comprendía cuál era la esencia de esos especímenes que llamamos “burócratas”. No sabía, realmente, lo nocivos que podían ser, no podía captar a ciencia cierta sus matices. Las palabras estaban tan fuera de lugar que ni siquiera despertaban mi interés; indiferencia era lo más parecido a lo que sentía. Las quejas eran simples: los funcionarios son unos tipos arrogantes. En principio pensé que se trataba sólo de eso. Sin embargo, la gente común, esos que llamamos pueblo, suelen ser también tramposos, sucios e insaciables. Traidores, ociosos y oportunistas. Todo lo contrario a los burócratas, que se esfuerzan desde la infancia por estudiar para lograr escapar de los miserables destinos que les aguardan en sus lugares de origen. Memorizan como locos los seis códigos legales, son recatados y ahorrativos, y no les importa que los traten de tacaños. Veneran a sus antepasados muertos, limpian sus tumbas los días de los difuntos. Colocan sus diplomas universitarios, enmarcados con bordes dorados, en los aposentos de sus madres. Son generosos con sus progenitores, y a sus hermanos los tratan con cierta lejana solemnidad. Desconfían de sus amigos más íntimos. Aun cuando trabajen en alguna oficina gubernamental, no dan muestras de odio ni de amor hacia sus compañeros, no sonríen, y se rompen el lomo trabajando como desesperados. Son justos y rectos hasta la muerte. Representan el arquetipo perfecto del buen ciudadano, son magnánimos y espléndidos, no importa que de vez en cuando muestren su odiosa altanería… Comencé a sentir un poco de lástima por los pobres burócratas de este mundo.

Hace un tiempo, cuando me encontraba enfermo, al parecer sin remedio, y me pasaba casi todo el día acostado, decidí prestar atención a ese aparato que llaman radio. Hacía más de diez años que no teníamos un artefacto como ese en nuestra casa. Son aparatos estúpidamente fanfarrones, no tienen ninguna gracia ni muestran ingenio alguno, no inspiran ningún sentimiento de valor, son imprudentes y desvergonzados. Siempre había pensado que no eran más que unos objetos ruidosos de los cuales emanaba un molesto

sonido: ga-ga. Durante los ataques aéreos abría la ventana y estiraba el cuello para escuchar la radio de la casa vecina, y de esa manera me enteraba de la presencia de aviones enemigos y de qué había sucedido con ellos. Me informaba de cosas como éstas y le decía a mi familia: "No hay problema". Así lograba satisfacer nuestra necesidad de estar informados.

A decir verdad, ese aparato llamado radio era bastante caro. Si hubiera aparecido por ahí una persona generosa que nos lo hubiera regalado, seguro que lo habríamos aceptado, pero sin contar el sake, el tabaco y otras golosinas, para un tipo tacaño y ahorrativo en extremo como yo, adquirir una radio representaba un gasto excesivo. A pesar de lo que acabo de decir, el otoño pasado, después de tres días bebiendo fuera de casa, como solía suceder casi siempre, me entró de pronto un profundo temor de que hubiese sucedido algo malo en mi hogar durante mi ausencia y, ansioso y preocupado, regresé de prisa. Con el corazón en la boca, después de haber suspirado profundamente, abrí la puerta de mi casa y entré como si nada.

—¡Ya llegué, aquí estoy!

Quería anunciar de una forma diáfana y alegre mi llegada, pero como solía suceder mi voz resonó ronca y carrasposa.

—Mira, mi padre ha vuelto —dijo mi primogénita de siete años— ¿Dónde se habría metido?

También salió su madre con el niño pequeño en brazos.

Ante la pregunta de mi hija no se me ocurrió al instante una respuesta precisa.

—Anduve por ahí, de un lado a otro —dije—. ¿Ya habéis cenado todos?

Buscaba cómo escapar de las preguntas. Me despojé de mi gabán y cuando me dirigía hacia mi habitación oí el ruido de una radio. El aparato estaba colocado sobre la mesa que servía como escritorio.

—¿Has comprado esta cosa? —A causa de mis continuas escapadas me encontraba en una situación vulnerable, así que no me convenía mostrarme enojado.

—Esa radio es de Masako —respondió mi mujer.

—Es mía —confirmó mi hija, con semblante de triunfadora—. Fui con mi madre a Kichijoji y la compramos.

—Muy bien, muy bien por ti —dijo el padre con dulzura a su hija. Luego se giró y en voz baja le preguntó a la madre:

—¿Salió muy cara, verdad? ¿Cuánto te costó?

—Unos mil yenes —contestó la madre.

—Es cara, sí… ¿De dónde sacaste esa cantidad de dinero?

El padre gastaba su dinero en sake, cigarrillos y exquisiteces que consumía en los sitios donde bebía, pero su hogar era pobre:

escaseaba la comida y en invierno se morían de frío. La madre llevaba en su cartera como mucho tres o cuatro billetes de cien yenes. Ésa era la apurada situación en que se encontraban, en otras palabras: vivían en la miseria.

—Ni siquiera hay dinero para que el jefe de la casa se tome unas copitas por la noche, y esa radio… es mucho dinero…

La madre se quedó paralizada ante las palabras de su marido. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Sin embargo, sonrió y con calma contó lo que había sucedido: "Mientras el padre estaba ausente, un individuo vino a pagarle los honorarios que le correspondían por el reciente trabajo que había aparecido en una revista. Aprovechando la ocasión, la madre se armó de valor y decidió ir hasta Kichijoji a comprar la radio, pues allí era donde la vendían más barata. La pobre Masako entrará a la escuela el próximo año y necesitaba una radio para iniciar su formación musical. Además ella misma, la madre, se pasaba horas y horas durante la noche aguardando al marido, y la radio le serviría de distracción. Ah, y también la acompañaría cuando remendara la ropa vieja".

—¿Cenamos?

Así las cosas, en nuestra casa también teníamos una radio. Pero la situación no cambió para nada. Igual que antes, yo seguía con mis juergas, un día sí y otro también. Y en cuanto al bendito aparato, no me había detenido a escuchar su contenido. Incluso cuando trasmitían alguna de mis obras, me olvidaba de escucharla.

Digámoslo en pocas palabras: no abrigaba ninguna expectativa hacia la radio.

Sin embargo, hace unos días, mientras me reponía de un nuevo quebranto, escuché uno de esos programas de radio. Lo escuché desde el principio hasta el fin y me di cuenta de que también aquello era producto de la influencia norteamericana. La situación lúgubre que prevaleció durante la preguerra y la guerra había desaparecido. Era increíble, pero todo se había vuelto alegre y ruidoso: de pronto sonaban las campanas de una iglesia y enseguida se escuchaba el sonido de un koto. Ponían a cada rato discos de música extranjera, clásicos y populares. Se las ingeniaban para que los radioyentes no tuvieran siquiera un minuto de aburrimiento, no existía un mínimo intervalo entre los programas. Así pues, me quedé escuchando el aparato de marras, abstraído, sin pensar en nada, y sin darme cuenta llegó la noche. Ya era tarde y no había podido leer ni una página. A eso de las ocho o nueve de la noche escuché una cosa rara.

Se trataba de un programa novedoso que consistía en la realización de una grabación callejera en la cual funcionarios del gobierno y representantes del pueblo intercambiaban ideas acerca de problemas específicos. Ése era el objetivo de aquella emisión radiofónica.

Las personas se expresaban como si estuvieran molestas y atacaban sin piedad a los burócratas que, mientras soportaban la andanada de insultos, se reían de una manera extraña y un tanto desvergonzada. En realidad, los unos y los otros se enzarzaban en una serie de diálogos inanes e infantiles. (Decían, por ejemplo, que estaban en medio de una muy importante investigación. O bien que para reconstruir Japón hacía falta el esfuerzo mancomunado de pueblo y gobierno. Esa, decían, era la conducta correcta a seguir, ya que ahora vivíamos en un régimen democrático y nos enfrentábamos a una situación extrema y delicada. En consecuencia los distinguidos funcionarios del gobierno exigían de todos la más ferviente colaboración. Y así podían continuar perorando por largo rato). Hubiera dado lo mismo afirmar que aquellos infelices burócratas no habían dicho nada desde el comienzo hasta el fin. La gente del pueblo acabó por enojarse y reaccionó con ataques incisivos contra los funcionarios. Éstos a su vez exageraron sus sonrisas extrañas y malévolas, salpicadas de grotescas carcajadas, y repetían como una asquerosa letanía sus propuestas vacías. Alguien del pueblo, finalmente, se echó a llorar demandando la atención de un funcionario.

Mientras escuchaba aquella algarabía desde mi lecho de enfermo, no pude evitar indignarme. Si yo estuviera en aquel lugar y me pidieran mi opinión, gritaría a viva voz:

—En lo que a mí respecta, no pienso pagar impuestos. Estoy hasta el cuello de deudas. Bebo sake. Y fumo. Esos productos son gravados con impuestos muy altos, y por eso mis deudas no cesan de crecer. Y por si fuera poco, me paso el día de un lado a otro pidiendo dinero prestado, así que no estoy en disposición de pagar impuestos. Además, soy débil y enfermizo, me endeudo para conseguir comida, inyecciones y medicamentos. Y ahora estoy pasando por una muy dura situación en mi trabajo. Sufro por mi empleo, no como ustedes, parásitos, que tienen su sustento asegurado. Sólo pienso en trabajar y creo que me estoy volviendo loco. ¡El sake y el tabaco, así como los manjares que tanto me gustan, son un lujo en el Japón de hoy en día! Y si me dicen que renuncie a ellos, dejará de haber un artista de primera en este país. Eso es lo único que puedo asegurarles, y no crean que con esta cháchara trato de intimidarlos. Desde hace un rato ustedes están hablando de asuntos solemnes, que si el gobierno, que si el Estado, bla, bla, bla, puras tonterías, pues pienso que ese gobierno o ese Estado, que nos está llevando a la ruina, debería desaparecer de una vez por todas. Y nadie va a lamentar su pérdida. Los únicos afectados serán ustedes. Ya que les van a apretar muy duro el cuello. Arrojarán a la basura no sé cuántas decenas de años. Y a sus esposas y a sus hijos no les quedará más remedio que llorar y llorar. No obstante, hace tiempo que hacemos llorar a nuestras esposas e hijos

por culpa de nuestros trabajos. Y conste que no lo estamos haciendo con mala intención, pues a causa del trabajo excesivo no nos queda un minuto de tiempo para atenderlos. Pero, ¿qué significa esa actitud? ¿Nos están diciendo que nos las arreglemos, con esas sonrisas estúpidas pintadas en sus rostros? No jodan. ¿Nos quieren poner la soga al cuello? Oigan, son ustedes unos auténticos desgraciados. ¡Dejen de esbozar esas sonrisas malévolas en sus caras lavadas! ¡Lárguense de una maldita vez! ¿No ven el asco que me dan? Yo no soy miembro de ninguna facción política, ni de derecha ni de izquierda, ni del Partido Socialista, ni siquiera del Partido Comunista. ¡Soy un artista! Métanselo en sus cabecitas. Lo que más detesto es que me tomen por tonto de esa manera tan descarada. Desde el inicio ustedes se han hecho a la idea de que no soy más que un idiota. Se llenan la boca diciendo estupideces sin sentido, creyendo que con palabras huecas pueden calmar a la gente. ¿De verdad creen que los pueden convencer? ¡Digan por lo menos una sola palabra que realmente refleje sus sentimientos! Lo que sienten en realidad…

De mi boca seguían saliendo aquellas palabras soeces y exageradas, brotaban como un manantial de lodo sin que hubiera manera de detenerlas. Yo tenía conciencia de que no eran palabras bonitas y sabía que no suelo ser así, pero la rabia acumulada en mi pecho me había hecho explotar y al final sentía que de mis ojos enrojecidos brotaban gruesas lágrimas.

Sin embargo, en mi casa soy un león y fuera de ella un inocente y tímido gatito. Nada sé de temas económicos, y puedo afirmar que no entiendo ni pizca del asunto de los impuestos. Si por casualidad hubiera estado en aquella grabación callejera, seguro que habría actuado con timidez y me habría sometido a la opinión de los funcionarios.

—No me diga. ¿Así es? Disculpe usted.

Probablemente, el resultado hubiera sido una cosa sin emoción. De todas formas, debo decir que no me había agradado nada la estúpida sonrisa que aparecía como esculpida en los rostros de aquellos funcionarios de mierda. Se me antojaba como la prueba fehaciente de que no tenían la más mínima idea de lo que estaban diciendo. O quizá era la prueba de que ocultaban muy bien lo que querían decir. En fin, que estaban diciendo una sarta de disparates. Si esas réplicas de funcionarios idiotas y risueños eran la realidad de la burocracia, algo debía andar muy mal. Nos ven como si fuéramos unos macacos. Se están burlando de nosotros con descaro. Mientras escuchaba la radio, me dio un ataque de furia, me dominó tanto la rabia que por un momento sentí el impulso de prender fuego a las casas de los malditos funcionarios.

—Oye, apaga esa radio.

No podía aguantar más las carcajadas tontas de los funcionarios. Yo no pagaré impuestos. Mientras esos pillos continúen mofándose de nosotros, no pienso hacerlo. No me importa si me llevan preso. No lo haré mientras sigan simulando que actúan a favor de la ley. Estaba como loco, me habían sacado de quicio. La rabia no me daba tregua, y de nuevo se me saltaron las lágrimas.

A pesar de mi indignada reacción, quiero que sepan que no tengo ningún interés en la política. No me quiero hacer el tonto. No va con mi forma de ser. Simplemente, me parece un fastidio. Mi visión del mundo apunta siempre hacia el "hogar" de los humanos.

Esa noche me tomé el tranquilizante que me había recetado mi médico unos días antes. Cuando me calmé un poco, decidí dejar de pensar en la actual situación política y económica de Japón. Y me dediqué a imaginar cómo sería la forma de vida de esos distinguidos funcionarios gubernamentales.

Esas risas tontas no son necesariamente objetos de burla que pretendan despreciar a la gente. No, no se trataba de eso. Eran risas para preservar su propia integridad y su posición social. Con ellas se protegían y eludían los severos ataques de sus enemigos. Es decir, eran risas camufladas.

Y, mientras me quedaba dormido, aquella fantasía comenzó a desarrollarse de la siguiente manera:

Después del debate callejero, el funcionario se sintió tranquilo y se secó el sudor. Más tarde, con el rostro un tanto congestionado, decidió regresar a su despacho.

—¿Cómo ha ido todo?

Uno de sus subordinados le había lanzado la pregunta, y él le mostró una sonrisa forzada.

—Mira, ya estoy harto— respondió.

Otro de sus subordinados, que había estado en el lugar del debate, intervino con ánimo de adularlo.

—No, no. ¿Por qué dice eso? Usted logró dar una respuesta certera y apropiada en medio de aquel caos.

—La palabra 'respuesta' (taito) en ideogramas chinos significa también 'espada' o 'sospechosa' —dijo con una sonrisa sesgada, aunque por dentro pensaba que no era para tanto, que el episodio no había sido tan molesto.

—No es nada gracioso —agregó—. De hecho, la estructura de mi cerebro es distinta a la naturaleza de tales interrogantes. ¿Acaso han olvidado que somos un gran ejército de…

El subordinado se dio cuenta de que lo había adulado demasiado e intentó cambiar de tema:

—¿Cuándo van a transmitir la grabación de hoy, señor?

—No lo sé.

Él lo sabe, pero le conviene decir que no, para que no lo vean como una persona complaciente. Puso entonces una cara seria, como si ya se hubiera olvidado de los sucesos de hoy. Luego dio inicio a sus labores habituales con un dejo de pereza.

—No importa, estaré a la espera de la transmisión.

De nuevo, el subordinado lo había adulado, esta vez en voz baja. Pero era mentira que esperara la transmisión del programa con ansiedad. De hecho, la noche de la emisión saldría a tomarse unos tragos de pésima calidad en un bar de mala muerte, y mientras estuvieran trasmitiendo el programa del debate callejero, él estaría vomitando.

El único que aguardaba con verdadera emoción el programa de radio era el mismo funcionario que había participado en la grabación. Y también su familia, por supuesto.

Finalmente, llegó la noche de la transmisión. Ese día, el funcionario volvería a su casa una hora antes de lo acostumbrado. Y media hora antes del inicio de la emisión del programa, todos los miembros de la familia se reunirían alrededor de la radio sin poder disimular su nerviosismo.

—En unos instantes, a través de esa caja, van a escuchar la voz de su padre —informa la esposa del funcionario, con la hijita más pequeña en sus brazos.

El niño, que estudia primero de secundaria, espera tranquilo y sereno, sentado en el suelo con las manos en las rodillas, el comienzo de la transmisión. Es un chico en verdad hermoso y su rendimiento en la escuela es más que notable. Admira a su padre con todo su corazón.

Inicio de la transmisión.

El padre comenzó a fumar como si nada. Sin embargo, apagó de inmediato el cigarrillo. No se había dado cuenta de que estaba apagado y le dio de nuevo otra calada, luego lo dejó como abandonado entre sus dedos. La reproducción de su intervención lo satisface más de lo esperado. No había ningún error, seguro que tendría una gran aceptación entre sus superiores. Había resultado todo un éxito. Además, se estaba transmitiendo a lo largo y ancho de Japón. Observó los rostros de los miembros de su familia. En todos brillaba el orgullo y la satisfacción.

La felicidad de la familia. La paz del hogar.

Era la máxima gloria de la vida.

No se trataba de una ironía ni de nada parecido. Estábamos ante una escena a todas luces hermosa, pero aguarden un momento:

El proceso de mi fantasía se había detenido momentáneamente. Un

extraño pensamiento se había infiltrado en mi cerebro. La felicidad de la familia. ¿Acaso no es eso lo que todos deseamos? No estoy bromeando. La felicidad de la familia es el máximo objetivo de nuestras vidas y lograrlo sería el mayor goce que podemos imaginar. Probablemente, sea ésta nuestra última victoria.

Sin embargo, aquel maldito me había hecho enojar, incluso llegué a llorar.

La fantasía que había imaginado mientras dormía experimentó un cambio abrupto.

De pronto surgió en mi mente el tema para un nuevo relato. En éste ya no aparece aquel funcionario. Desde el principio, su existencia había sido el producto de mi imaginación mientras me hallaba enfermo.

… Es un hogar completamente feliz y en paz. El nombre completo del protagonista es, digamos, Shuji Tsushima. En realidad ése es mi nombre verdadero, el que aparece en mi acta de nacimiento. Si utilizo un nombre ficticio, existe la posibilidad de que coincida con el de alguna persona y no me gustaría causarle a alguien este tipo de molestia, sería embarazoso para mí que sucediese una confusión semejante, así que para evitar males mayores utilizaré mi propio nombre.

El lugar donde trabaja Tsushima puede estar en cualquier lado. Basta que sea un distinguido funcionario público. Como acabo de hacer mención al acta de nacimiento, vamos a suponer que nuestro personaje es el encargado de las actas en una oficina municipal. Podría ocuparse de cualquier otra cosa, en realidad eso no importa. Ahora que ya tenemos listo el tema, una vez que definamos dónde trabaja Tsushima, podemos ir armando la trama.

Shuji Tsushima trabajaba en una oficina municipal en algún lugar de Tokio. Era el encargado de las actas de nacimiento. Su edad: treinta años. Sonreía siempre. No era apuesto, pero parecía sano, como quien dice, tenía buena pinta. La anciana encargada de repartir las raciones de comida en la oficina había dicho que por el solo hecho de hablar con el señor Tsushima se le olvidaban todos sus sufrimientos. Tsushima se había casado a los veinticuatro años. A su primogénita, que tiene seis años, le sigue un niño de tres. Son cinco los miembros de su familia: los dos niños, su esposa, su anciana madre y él. Y lo más importante, su hogar era feliz. Hasta el momento, en lo que se refiere a su trabajo en la oficina, no había cometido ningún error y se le consideraba un funcionario ejemplar. También era un modelo de esposo y un amantísimo hijo. Y, por supuesto, un excelente padre. No bebía sake y tampoco fumaba. Simplemente no le gustaba hacerlo. Su esposa había vendido todas sus pertenencias en el mercado negro para

comprar las cosas que alegraran a su suegra y a sus hijos. No eran tacaños. Tanto él como su mujer se esforzaban por hacer del hogar un lugar divertido. La familia, originalmente, tenía su domicilio legal en el distrito rural de Kitatama, pero como su difunto padre había sido director de varias escuelas secundarias femeninas, habían cambiado de casa continuamente. Al cabo de tres años de estar trabajando como director de una escuela secundaria en Sendai, el padre enfermó y falleció. Tsushima comprendió que su anciana madre quería volver a su tierra natal, y así, después de liquidar las pertenencias dejadas por su padre, compró en un lugar de Musashino una casa nueva que combinaba estilos japoneses y occidentales. Tenía cuatro aposentos de ocho, seis, cuatro y medio, y tres tatamis respectivamente. Gracias a la ayuda de unos parientes, Tsushima logró encontrar trabajo en una oficina de la ciudad de Mitaka. Por suerte, se libraron de los incendios y desgracias de la guerra, los dos niños engordaron como bolas y la relación entre su anciana madre y su esposa era buena. Él se levantaba al amanecer, se lavaba la cara con agua fresca y se sentía tan bien que, girándose en dirección al sol, aplaudía dos veces con las palmas abiertas, haciendo una reverencia en señal de agradecimiento. Cada vez que pensaba en las sonrientes caras de los miembros de su familia, se prometía seguir haciendo lo que fuera para mantenerlos felices. Para él no representaba ningún esfuerzo llevar la compra del mercado, trabajar en la huerta, cargar agua, cortar leña, leerle cuentos a sus hijos, hacer de caballito para el más pequeño, o jugar con los cubos de madera. Era bueno jugando con ellos, y mientras lo hacía tenía la sensación de que en su hogar siempre soplaban vientos de primavera. En el jardín, más o menos extenso, se cultivaban con esmero las hortalizas, pero su dueño no lo hacía solamente por un fin utilitario, ya que las plantas estaban bien cuidadas durante las cuatro estaciones del año. En el gallinero, ubicado en una esquina de la casa, cada vez que las gallinas de Livorno cacareaban anunciando que habían puesto un huevo, se escuchaban gritos de júbilo. Sin duda alguna, el suyo era un hogar feliz.

Hacía unos días que uno de sus compañeros lo había obligado a comprar dos billetes de lotería. Uno salió premiado con mil yenes, pero como él siempre había sido una persona tranquila, no se excitó ni gritó, y tampoco se lo contó a ninguno de los miembros de su familia ni a sus compañeros de trabajo. Algunos días después, aprovechando que tenía que ir al banco por un asunto pendiente, cobró el premio en efectivo. Como no era tacaño, gastó el dinero para la felicidad de su familia. Era tan buena persona… En su casa había una radio estropeada desde hacía varios años que al parecer no tenía reparación. Durante ese tiempo el aparato había permanecido sobre una mesa como un adorno inútil. Su anciana madre y su esposa se quejaban a

menudo de la presencia de aquel trasto. Se acordó entonces de este asunto, y al salir del banco se encaminó de inmediato hacia la tienda donde vendían radios y, sin vacilar ni un instante y sin remordimiento alguno, compró un aparato nuevo. Ordenó que se lo enviaran a su casa, regresó a la oficina como si no hubiera pasado nada y comenzó su trabajo.

Sin embargo, en su interior bullía de emoción. Imaginaba la sorpresa de su madre y la alegría de su esposa cuando les llegara el aparato. Y se sentía dichoso al pensar que su primogénita, que ya estaba grandecita, cantaría por primera vez escuchando la radio. Se alegraba al vislumbrar la cara inocente y los ojos abiertos de par en par de su hijo pequeño. Y escuchaba con anticipación las carcajadas de felicidad de la familia entera. Al volver a casa les contaría el secreto de la lotería. De nuevo sonrisas y muestras de contento. Ah, quería que llegara ya la hora del regreso. Quería bañarse con la luz de felicidad de su hogar. Sin embargo, el día, hoy, había sido estúpidamente largo.

Por fin. Era la hora del regreso. Comenzó a ordenar los papeles dispersos sobre la mesa.

En ese momento, jadeando de cansancio, llegó una pobre mujer a solicitar un acta de nacimiento. Se asomó delante de la ventanilla.

—Por favor, señor…

—Lo siento, ya hemos cerrado.

Tsushima había respondido con una sonrisa, mostrando aquel gesto que "libraba a cualquiera del cansancio". Acabó de ordenar el escritorio y buscó su maletín con intención de retirarse.

—Por favor, señor.

—Fíjese en el reloj, el reloj.

Tsushima dijo esto de muy buen humor. Y empujó hacia afuera los impresos donde la mujer solicitaba el acta de nacimiento.

—Por favor, señor, se lo suplico.

—Vuelva mañana ¿Sí? Mañana.

El tono de voz de Tsushima era amable.

—Tiene que ser para hoy, si no me meteré en un lío.

Ya Tsushima había desaparecido.

…Debe de haber sido una verdadera tragedia el parto de aquella pobre mujer. Seguro que son muchas las historias que se pueden contar al respecto. Sin embargo, nadie sabrá por qué se quitó la vida, eso ni yo mismo (Dazai) lo sé. A la medianoche de aquel infausto día la mujer se lanzó al canal del río Tama. En una esquina perdida del periódico salió la noticia. No se conocía su identidad y tampoco su edad. Tsushima no tenía ninguna responsabilidad en aquel hecho. Regresó a casa a la hora que tenía que regresar. A decir verdad, ni

siquiera se acordaba de la pobre mujer. Y, como siempre, continuó rompiéndose el lomo trabajando y sonriendo por la felicidad de su hogar.

(Este cuento se me ocurrió mientras estaba enfermo y no podía dormir, pero ahora que lo pienso mejor, el protagonista, Shuji Tsushima, no tiene que ser necesariamente un funcionario. Podría ser un empleado de banco o un médico. No obstante, lo que me hizo imaginar esta historia fueron las risas tontas de los funcionarios del gobierno que escuché por la radio. ¿Cuál sería la causa de semejantes idioteces? ¿Será la "maldad burocrática" su origen? ¿O la idiotez será la esencia misma de la "burocracia"? Al tratar de analizar el asunto, me he topado con un concepto deprimente: el egoísmo del hogar. Y he llegado, finalmente, a una terrible conclusión: la felicidad de la familia es el origen de todo mal.)

(Título original: "Katei no Kôfuko", 1948)

PROMESA CUMPLIDA

Esta es una historia que sucedió hace cuatro años, justo cuando estaba escribiendo un relato llamado “Romanesque”. Ese verano vivía yo en el segundo piso de la casa de un amigo mío en la ciudad de Mishima, ubicada en la región de Izu. Una noche, mientras recorría la ciudad en bicicleta, muy borracho, me caí y me lastimé. Me hice un corte en el tobillo derecho. La herida no había sido profunda, pero como había bebido bastante perdí mucha sangre y salí corriendo a ver a un médico. El doctor que me atendió tenía unos treinta y tres años, era regordete y se parecía a Saigo Takamori. Y estaba casi tan borracho como yo. Apareció en la sala de consulta tambaleándose. Al verlo, me dio mucha risa. Mientras me curaba, no podía aguantar las ganas de reír, pues la situación me resultaba en extremo graciosa. Intenté disimularlo, pero finalmente explotamos al unísono en una sonora carcajada.

A partir de esa noche, nos hicimos amigos. El médico prefería hablar de Filosofía, más que de Literatura. Yo compartía su preferencia. Nuestra conversación se volvió muy amena. El médico tenía una teoría bidimensional primitiva acerca del mundo. Para él, lo esencial era la lucha entre la bondad y la maldad. Sus ideas al respecto eran claras, y eso resultó positivo para mí. Hasta ese momento yo había interiorizado la idea de un solo dios llamado amor, pero al escuchar su teoría sobre la bondad y la maldad, me di cuenta de que había aprendido algo nuevo, algo que había aliviado mi corazón invadido por el pesimismo. Cuando lo visitaba por las tardes, de inmediato ordenaba a su mujer que me diera una cerveza: el médico era la bondad en persona. Ante aquella orden, ella proponía sonriendo que jugáramos una partida de bridge. La mujer era la maldad en persona, así lo sostenía el médico. Yo estaba de acuerdo. La esposa del doctor era pequeña y muy mofletuda como si fuera una máscara de *Otafuku*, sin embargo, su tez era blanca y refinada. No tenían hijos, pero en el segundo piso de la casa vivía el hermano de la mujer, un joven tranquilo que estudiaba en una escuela de comercio en Numazu.

El médico estaba suscrito a cinco periódicos, y me permitía leerlos

casi todas las mañanas. Así, aprovechando mis paseos, los visitaba cada día unos treinta minutos, a veces hasta una hora. Entraba por la puerta trasera, me sentaba en la veranda de una de las habitaciones y leía el periódico mientras tomaba un té frío de cebada servido por la señora. Cuando cogía el diario entre mis manos, el viento soplaba sacudiendo las hojas. A cuatro metros de la veranda, en medio de la yerba verde, fluía un riachuelo de aguas cristalinas. Un camino estrecho corría junto al riachuelo, y todas las mañanas por aquel camino pasaba un muchacho en bicicleta que repartía leche. Cada vez que pasaba nos daba los buenos días. A esa misma hora, una mujer joven venía siempre a recoger medicamentos. Tenía puesto un vestido de verano, ligero, y unos zuecos. Parecía una persona aseada y la había visto reírse varias veces con el médico en la sala de consulta. En ocasiones, él la acompañaba hasta la entrada y casi siempre la alentaba diciendo: “Señora, ya falta poco. No se preocupe”.

Un día, la mujer del médico me explicó el significado de aquel asunto. La joven era la esposa de un maestro de primaria que había enfermado de los pulmones hacía tres años. En estos meses el maestro había mejorado de manera notoria gracias al tratamiento del médico, pero éste le había prohibido a la mujer cualquier tipo de relación íntima con su marido, ya que se encontraba en la etapa más importante de la medicación. La mujer siguió al pie de la letra las indicaciones del doctor, sin embargo, de vez en cuando se quejaba de forma lastimosa y preguntaba hasta cuándo duraría la prohibición. Cada vez que eso sucedía, el médico la alentaba diciéndole, “Señora, ya falta poco”, sin mostrar ningún indicio de compasión.

Al finalizar agosto, fui testigo de un hecho admirable. Una mañana, mientras leía el periódico en la veranda de la casa del médico, su mujer, que estaba sentada a mi lado, me susurró en voz baja: “Mire, parece muy feliz”.

Levanté el rostro. En el estrecho camino de enfrente se distinguía una figura con un vestido ligero, de verano, que parecía flotar en el aire. Y hacía girar con rapidez una sombrilla blanca.

“Hoy en la mañana le concedieron finalmente permiso”, susurró de nuevo la mujer del médico.

Es fácil decirlo, pero tres años es un período muy largo. Yo estaba conmovido. Ha pasado el tiempo y todavía me sigue pareciendo muy bella la imagen de la mujer perdiéndose en la lejanía. Aquello había sido obra de la esposa del médico.

(Título original: “Mangan”, 1938)

HABLEMOS DE MUJERES

> Dicen que los nativos de Fiji son capaces de matar, en un santiamén, a sus amadas esposas y comerse su carne, nada más porque sienten un poco de rencor. También cuentan que los tasmanios entierran a sus esposas difuntas junto con sus hijos. Después de eso viven sin ninguna mortificación. Por otro lado, dicen que algunos aborígenes de Australia llevan a sus mujeres difuntas a la montaña y después de quitarles la grasa la usan como carnada para pescar.

No se debe a una extravagancia mía, ni tampoco es obra de mi locura el que haya presentado en la revista *Wakakusa* (*Brote de hierba*) este tedioso relato, apropiado más bien para personas muy viejas. Tampoco es una muestra de que no me interesen los lectores. Pensé que este tipo de relato sería del agrado de los más jóvenes. Sé muy bien que ellos han alcanzado ya un considerable grado de madurez. Por esa razón recibirán, sin dificultad alguna, la presente narración. Esta es una historia exclusiva para personas que han perdido la esperanza.

El 26 de febrero del presente año, en Tokio, un grupo de jóvenes oficiales intentaron un golpe de Estado. Ese día, sentado frente a la larga estufa de mi casa, yo estaba hablando con un invitado. No sabíamos nada acerca de aquel incidente. Hablábamos sobre las prendas que utilizan las mujeres para dormir.

—No comprendo bien lo que dices. ¿Me lo puedes repetir de una manera más precisa, utilizando la técnica del realismo? Cuando nos referimos a las mujeres, la forma más apropiada de hacerlo es mediante ese estilo. ¿No crees que las mejores prendas nocturnas sean las enaguas largas que se utilizan bajo el kimono?

Estábamos tratando de encontrar la imagen perfecta de la mujer, aquella que guardamos en el fondo de nuestro corazón, la mujer ideal de la que no quisiéramos separarnos nunca jamás. Mi invitado quería estar en ese momento con su amante: una delicada mujer de veintiocho años, que vivía en el primer piso de una casa común y corriente en las afueras de Mukojima, con su hija de cinco años, huérfana de padre. Él suele visitar ese lugar durante el verano, cuando

se celebra la festividad de apertura del río y se lanzan los fuegos artificiales. Le hace a la niña unos dibujos. Traza un gran círculo y lo ilumina con cuidado, utilizando un lápiz amarillo. Le enseña que esa es la luna llena. La mujer se pone un kimono hecho de tela de paño. Es de un tenue color azul pastel. Se lo cierra con un obi floreado con estampas del Monte Fuji.

Después de contarme lo anterior, mi invitado me dijo que ahora me tocaba a mí hablar sobre mi mujer ideal. Contesté sin oponer resistencia y dije lo siguiente:

—Nunca me han gustado los crepés. Son sucios y tienen mala apariencia. Parece que no tenemos los mismos gustos.

—¿Entonces, te gustan los pijamas?

—Tampoco. Da igual que lo lleve puesto o no. Si se pusiera sólo la parte de arriba parecería el personaje de un cómic.

—Entonces, ¿te gustan prendas hechas de tela de paño?

—No, me gusta más una yukata varonil recién lavada. Con un diseño de rayas verticales fuertes. Debe tener un obi delgado de la misma tela, atado de frente como las prendas de judo. Me gustan esas prendas. Pero tiene que llevarlas una mujer que se parezca un poco a un chico.

—Entiendo. Aunque dices que estás hastiado, y lo reiteras a cada momento, te gustan mucho las cosas extravagantes. Eres de los que afirman que los rituales más vistosos son los funerales. Siempre buscas la parte más lujuriosa. Y ¿el peinado?

—No, no me gusta al estilo japonés. Es grasoso e inmanejable. La forma también es sumamente grotesca.

—Ya, admítelo: te gustan los peinados occidentales despeinados. ¿Cómo el de alguna actriz? Entonces, te gustan las actrices exclusivas del antiguo Teatro Imperial.

—No, no es cierto, las actrices no me gustan. No son gran cosa, pero siempre andan presumiendo de que sí lo son.

—No me tomes el pelo. Estamos hablando en serio.

—Sí, lo sé. No me agradan las mujerzuelas de los burdeles. Amar es entregar nuestra vida. No pienso que se trate de un juego de niños.

—No te entiendo. Utilicemos el estilo realista. Supongamos que te vas de viaje: si hacemos que se mueva un poco, a lo mejor encontramos a tu mujer ideal.

—Se trata justamente de lo contrario. No me gustan las mujeres que se mueven. Me fascinan las que parecen estar dormidas.

—Eres tímido, por eso no nos entendemos. Hablemos con calma. Es la única forma. Primero, vamos a suponer que esa mujer tiene puesta la yukata de un hostal, como a ti te gusta.

—Comencemos por ahí, pero mucho antes. Empecemos desde

nuestra partida de la estación de Tokio.

—Entendido. Partamos desde el momento en que prometen encontrarse en la estación de Tokio.

—Una noche antes, le propongo que salgamos de viaje y ella acepta. Le digo que la espero a las dos de la tarde en la estación de Tokio. Ella vuelve a estar de acuerdo. Esa es la forma como llegamos a comprometernos.

—Espera, espera, ¿ella es escritora?

—No, no puede ser escritora. Tengo muy mala fama entre ellas. ¿Qué será mejor? Una pintora un poco cansada de la vida. Una pintora rica, eso puede ser.

—Pero es lo mismo.

—¿De verdad? Entonces… ¿sería una geisha? No importa, lo que realmente cuenta es que sea una mujer que ya no se sorprenda de los hombres.

—¿Habéis tenido algún tipo de relación antes de ese viaje?

—Tal vez sí, tal vez no. Aun suponiendo que la hubiéramos tenido, ese recuerdo es ahora borroso como un sueño. Sólo nos hemos encontrado tres veces en un año.

—¿Adónde viajáis?

—A un lugar que esté a dos o tres horas de Tokio. Unas aguas termales de la montaña.

—No te precipites. La mujer no ha llegado aún a la estación de Tokio.

—El día anterior hicimos un pacto que parecía mentira. A lo mejor no viene, pero una parte de mí siente que va a llegar. Con ese sentimiento de duda, tengo que ir a la estación. No ha llegado todavía. Entonces, decido viajar solo, pero aún así la espero hasta los últimos cinco minutos.

—¿El equipaje?

—Una pequeña maleta. Faltan cinco minutos para las dos, en ese momento crítico me giro de pronto hacia atrás.

—La mujer está de pie, riéndose.

—No se ríe. Está muy seria. “Llegué tarde, perdón”, se disculpa en voz baja.

—Ella intenta tomar tu maleta, callada.

—“No, no es necesario”. Rechazo claramente su ayuda.

—¿Los boletos son azules?

—¿Serán de primera o de tercera clase? Bueno, que sean de tercera.

—Se suben al tren.

—Invito a la mujer al vagón-comedor. El mantel blanco de la mesa,

las flores que están sobre ella, el paisaje que fluye por la ventanilla… todas esas cosas son muy agradables. Bebo una cerveza, tengo una mirada tranquila.

—Le ofreces una cerveza.

—No, le sugiero un refresco.

—¿Es verano?

—Otoño.

—¿Estáis ahí como unos tontos?

—Ella dice: "Gracias". Esa palabra vibra tan sincera en mis oídos, que me conmuevo.

—Llegáis al hostal. Es casi de noche.

—La historia está alcanzando su parte más interesante. Es ya el momento de meternos en la bañera.

—Por supuesto. ¿Entráis juntos? ¿Qué vais a hacer?

—No podemos meternos al mismo tiempo. Yo entro antes. Me baño y regreso a la habitación. La mujer se ha cambiado de ropa. Lleva puesta una bata.

—Lo que sigue luego, deja que te lo cuente yo. Si me equivoco, me lo dices. Más o menos tengo una idea de lo que va a pasar. Tú te sientas en una silla de mimbre que está al lado de la veranda y te fumas un cigarrillo. Seamos generosos, es un Camel. La luz del atardecer alumbra las hojas rojas de los árboles. Después de un rato, la mujer regresa del baño. Toma su pequeña toalla y la extiende en el tendedero cercano a la veranda. Luego se coloca detrás de ti. Observa tranquila lo que estás mirando. Comprende tu sentido de la belleza. Estáis así unos cinco minutos, no más.

—No, un minuto es suficiente. Si fueran cinco, nos deprimiríamos y moriríamos.

—Llega la comida. Incluye una botella de sake. ¿Os la bebéis?

—Espera. Desde que salimos de la estación de Tokio, la mujer sólo ha dicho: "Llegué tarde, perdón". Después de eso no ha dicho nada más. Creo que sería bueno que dijera algo en ese momento.

—No, si en ese punto dice cualquier tontería, puede echarlo todo a perder.

—¿Tú crees? Bueno, entramos en silencio a la habitación y nos sentamos frente a las bandejas de la cena. Es un poco raro, ¿no?

—No tiene nada de raro. Tú puedes estar hablando algo con la camarera. Está bien así.

—No, no es eso. La mujer le pide a la camarera que se retire. Le habla en voz baja, pero con claridad: "Yo me encargo de todo". Lo dice de una manera abrupta.

—Entiendo. Es ese tipo de mujer.

—Luego me sirve el sake con un estilo torpe, como si fuera una

niña. Tiene cara de chica presumida. Mientras sostiene con la mano izquierda el recipiente que contiene el sake, extiende el periódico vespertino sobre el tatami, coloca su mano derecha sobre él y lee.

—En el periódico hay un artículo sobre las inundaciones del río Kamo.

—No, no es así. Es mejor uno sobre el incendio de un zoológico. Cien monos murieron quemados dentro de sus jaulas.

—Es demasiado truculento. ¡No! Creo que lo más natural es que lea el horóscopo de mañana.

—Dejo de beber sake y digo: "Cenemos ya". Ceno con la mujer. En la comida viene incluida una especie de tortilla, un *tamagoyaki*. Me da tristeza y pena. Aparto los palitos y me dirijo al escritorio, como si de repente me hubiera acordado de algo. Extraigo de mi portafolio unas hojas cuadriculadas y comienzo a escribir como un desesperado.

—¿Qué significa eso?

—Es mi debilidad. Si no actúo de esa manera tan pretenciosa, no me puedo involucrar de lleno en este asunto. Es como un karma. Estoy de muy mal humor.

—Estás exaltado.

—No tengo idea sobre qué escribir. Escribo una frase de 47 sílabas. La repito muchas veces. Le digo a la mujer: "De pronto me acordé de un trabajo, quiero terminarlo antes de que se me olviden las ideas. Aprovecha este rato y vete a visitar la ciudad, es muy tranquila y bonita".

—Ya comenzaste a destruirlo todo. No tienes remedio. La mujer acepta. Se viste y sale de la habitación.

—Doy una voltereta y me acuesto. Miro hacia todos lados.

—Ves la sección del horóscopo del diario vespertino. Dice, Uno Mercurio Blanco, según el Feng-Shui: Posponga su viaje.

—Me fumo un Camel, que cuesta tres céntimos cada cigarrillo. Me acomete un sentimiento de satisfacción, y también de gratitud. Siento una gran ternura hacia mí mismo.

—La camarera entra y pregunta dónde vais a dormir.

—Me levanto asustado. "Somos dos, aliste un par de futones", contesto con alegría. En ese momento me apetece tomar un poco más de sake, pero me aguanto.

—Ya es hora de que la mujer regrese. ¿No crees?

—Todavía no. Cuando compruebo que la camarera se ha retirado, comienzo a comportarme de una forma extraña.

—No te vas a escapar, ¿verdad?

—Reviso el dinero que tengo. Tres billetes de diez yenes. También unas monedas. Unos dos o tres yenes.

—No te preocupas. Cuando regresa la mujer, sigues de nuevo

concentrado en el supuesto trabajo pendiente. "¿Regresé muy temprano?", murmura. Parece un poco asustada.

—No le respondo. Sigo trabajando y ella no se altera en absoluto a causa de mi comportamiento. Dice: "Buenas noches". Lo dice en un tono que suena un tanto imperativo. I, ro, ha, ni, ho, he, to. Escribo cada sílaba en cada recuadro de la hoja.

—La mujer te dice: "Me acuesto yo primero". Te da la espalda.

—Chi, ni, nu, ru, wo, wa, ka. Escribo. Después pongo: e, hi, mo, se, su. Luego rompo la hoja cuadriculada.

—Finalmente, te has vuelto loco.

—No tengo remedio.

—¿Te vas a dormir?

—Voy a darme un baño.

—Claro, ya hace un poco de frío.

—Eso no es lo que me preocupa. He comenzado a sentirme confundido. Me quedo como un idiota una hora entera dentro de la bañera. Cuando salgo, estoy aturdido. Parezco un fantasma. Al regresar a la habitación, la mujer ya está dormida. En la cabecera del futón hay una lámpara eléctrica encendida.

—¿La mujer ya se ha dormido?

—No, no se ha dormido todavía. Tiene los ojos bien abiertos. Y la cara pálida. La boca apretada. Me tomo unos somníferos y me meto en el futón.

—¿Entras en el suyo?

—No, no. Han pasado cinco minutos desde que me quedé dormido. Me despierto sin hacer ruido. ¡No! Todo lo contrario, lo hago abruptamente.

—Estás llorando.

—No, estoy enojado. Mientras permanezco de pie, observo de reojo a la mujer. Ella está rígida dentro de la colcha. Al verla de esa manera, desaparece de pronto mi malestar. Saco un libro de mi portafolio. Se trata de *La sonrisa sardónica* de Nagai Kafu. Me meto de nuevo en el futón y me coloco de espaldas a la mujer. Me concentro en la lectura del libro.

—¿Kafu? ¿No es un poco presuntuoso?

—Entonces, *La Biblia*…

—Entiendo tus sentimientos.

—¿Quieres que lea un libro antiguo con ilustraciones, un *kusazoshi*?

—Oye, la elección del libro es muy importante. Pensémoslo con más calma. Sería mejor uno sobre fantasmas. *Los Pensées* son un poco pesados. Un poemario de Sato Haruo es casi lo mismo. Debe de haber algo mejor.

—¡Ya está! Se me acaba de ocurrir: la antología de mis propias obras.

—Elegiste un libro muy triste.

—Comienzo a leerlo desde el prefacio. Lo leo a fondo, sin parar. Tengo un único sentimiento en mi mente: por favor, quiero la salvación.

—¿La mujer tiene marido?

—Comienzo a escuchar un sonido como de agua fluyendo a mis espaldas. Siento escalofríos. Aunque es un sonido tenue, me parece que me está quemando la columna vertebral. La mujer se da la vuelta sin que me dé cuenta.

—¿Y qué pasa?

—Me dice que nos quitemos la vida. La mujer también…

—No sigas, por favor. Eso que cuentas no es ninguna fantasía.

La conjetura de mi invitado había sido acertada. Al atardecer del día siguiente, intentamos suicidarnos. No era una geisha ni una pintora. Era una mujer de origen humilde que había trabajado en mi casa.

La mujer murió mientras permanecía acostada. Yo no pude quitarme la vida. Han pasado siete años desde entonces y todavía sigo vivo…

(Título original: “Mesu ni tsuite”, 1936)

FUSHIN'AN

—EL PROFESOR ÔSON Y LA CEREMONIA DEL TÉ—

Estimado:

¿Cómo te trata el calor del verano?

Aprovecho esta misiva veraniega para informarte de otra desdicha acaecida a este pobre viejo. He estado pensando últimamente en practicar de nuevo el arte de la ceremonia del té. Digo de nuevo, aunque suene pretencioso, para que no se crea que me esté sacando una carta de la manga. Es probable que este asunto sea causa de una risa sardónica de tu parte, estimado e inteligente amigo. Pues te lo había ocultado: desde niño me aficioné a la ceremonia de té. Mi padre, Magozaemon, me la enseñó. Heredé sus enseñanzas, pero durante todos estos años, aunque me cause una inmensa tristeza admitirlo, no logré perfeccionar mis conocimientos por falta de talento. También, debo reconocerlo, no empleé el mayor esfuerzo. No me esmeré nada, era un completo holgazán. Mi padre, e incluso yo mismo, nos sorprendimos ante mi manifiesta incapacidad. Después de la muerte de mi progenitor, aunque hubiera querido insistir en el aprendizaje de aquel arte, la verdad es que no encontré a nadie que me pudiera instruir. Tampoco sabía qué rumbo seguir. Lo pude haber intentando pero mi espíritu estaba ya alejado del tema. Al final, vendí los utensilios heredados de mis antepasados. Mi relación con la ceremonia de té se había roto, pero con el correr de los años he reflexionado acerca de la naturaleza de mis acciones. Y así, he estado practicando en secreto la ceremonia del té y de forma autodidacta he logrado encontrar los secretos de este arte. Estoy sumamente complacido.

En el momento en que se creó la Tierra, nadie se preguntaba cuál era la diferencia entre la Corte y el pueblo. Si cada uno se concentraba en los oficios asignados por el Cielo, cada quien podía recibir la riqueza necesaria, pero si todos lo tomaban como un juego, aquello resultaba perjudicial para la supervivencia. Era contrario a la naturaleza. Ahora bien, los

pasatiempos habían sido un artilugio refinado, un invento de la nobleza. Se parecían al sonido que hacen con la garganta los animales inferiores al comer. Seguir al gran maestro adonde quiera que vaya; tocar la flauta y los instrumentos de cuerda declamando poesía; practicar el go; hacer arreglos florales o bailar las danzas tradicionales. Se pensaba que tales pasatiempos tenían que ver con los grandes espíritus que crearon la Tierra. Aun suponiendo que fuera cierto, la brecha entre los ricos y los pobres impedía que lograran entablar una auténtica amistad. Ante esta situación, la ceremonia del té era única. Podía evitar que en las conversaciones se perdiera el respeto. Eliminaba la extravagancia, ya que en ella se servía bebida y se la acompañaba de comida. Permitía hacer sentirse bien a nuestros invitados.

En el pasado, cuando había guerras y todos estaban ocupados preparándose para la batalla, incluso en en los momentos de más tensión, preparar un té permitía calmar el alma de los más valientes. Se decía que los que ayer habían querido vengarse, después de tomar un poco de té, al día siguiente habían olvidado los agravios y consideraban como hermanos a los que antes odiaban con furor. La ceremonia del té permitía actuar de manera propia y correcta. Antaño, los que se caracterizaban por su conducta extravagante decían que si alcanzaban a comprender este arte, podían apaciguar su ser. Olvidaban su soberbia y pedantería y mantenían amistades duraderas. Además, la ceremonia del té evitaba que uno se volviera adicto a los placeres sensuales y rompiera con el orden familiar. Por eso, tanto los aristócratas y los señores feudales, como los guerreros con grandes ambiciones, aprendían este arte. Así está escrito en los libros.

La ceremonia del té comenzó en los inicios del shogunato de Kamakura. La teoría más aceptada dice que los bonzos de China, provenientes de las Cinco Montañas, fueron los que difundieron este arte. En los comienzos del medioevo japonés, el clan de los Ashikaga convocó en Kioto a Dōyō Sasaki y a otros nobles, y organizaron una sesión de té. Así aparece registrado en los libros de historia, pero puede que se trate de meras distorsiones. Tal vez fuera una forma de presumir, comiendo y bebiendo cosas exóticas, sin que se tratara de una verdadera ceremonia del té. Fue realmente en la época de Yorimasa cuando Jukō estableció por primera vez el uso de los utensilios y la forma cómo debería ser servido el té. Le trasmitió las enseñanzas a Shōō y éste a su vez enseñó a Senno Rikyū. Así está escrito en los libros.

Rikyū se convirtió en sirviente de Toyotomi Hideyoshi y organizó sesiones de té. En aquella época, las ceremonias se llevaban a cabo en la Corte Imperial. Aunque las acaudaladas familias competían por el gusto de saborear el té, el objetivo principal de las ceremonias consistía en mostrar y enorgullecerse de las exóticas cerámicas. Organizaban eventos en los salones de elegantes mansiones con techo de paja e intercambiaban con esmero cerámicas de distintas texturas, tanto nuevas como usadas. Tenían como principio lo simple, se entrenaban para lograr la pureza en este arte. Aunque el rito de intercambio entre el dueño de casa y los invitados se había simplificado, éste seguía manteniendo su refinada elegancia. Los ricos no se volvían más presuntuosos ni los pobres se mostraban indecentes, cada uno podía disfrutar y experimentar los grandes secretos del otro. Aun bajo esta guerra feroz que estamos viviendo, la ceremonia del té sigue siendo nuestro pasatiempo predilecto.

En los últimos años, al haber estado cultivando este arte he comprendido de forma abrupta sus más profundos secretos. Y no quisiera guardármelos sólo para mí. Pasado mañana, a las dos de la tarde, este pobre viejo ha invitado a dos o tres amigos jóvenes a una íntima ceremonia del té. Sé que se trata de un evento humilde, pero quisiera que nos acompañaras también. Las aguas no se hacen turbias ni las corrientes fuertes para tus aspiraciones artísticas. Además, esta nueva experiencia te será de utilidad. Espero que nos acompañes y que vengas preparado en cuerpo y alma. Estoy seguro de que no será una pérdida de tiempo para ti. Espero de todo corazón tu presencia.

Respetuosamente, te mando un saludo.

Recibí esta carta del famoso profesor Ōson este verano. ¿Quién es el profesor Ōson? Ya anteriormente he hablado sobre él. No pienso volver a repetirlo, pero no sería exagerado decir que se trata de un triste idealista. Para nosotros, los más jóvenes, ha sido siempre una excelente fuente de enseñanzas, aunque muchas veces cometa errores.

Bueno, en fin, que yo había recibido una invitación para tomar té con el profesor Ōson. Aunque se trataba de una invitación, había que tomarla como una orden. De una manera convincente me estaba obligando a ir. No me podía negar, así que no me quedaba otra alternativa que acudir a la cita.

Sin embargo, yo era un pueblerino sin remedio, jamás en mi vida había estado en una ceremonia del té y no sabía qué demonios se hacía en tales circunstancias. A lo mejor, el profesor Ōson había invitado a un tipo sin modales como yo para ridiculizar cada uno de

mis actos y regañarme cada vez que me portara de forma incorrecta. Muy probablemente, me quería instruir. No podía perder más tiempo. Después de leer la carta, salí rumbo a la casa de un refinado amigo mío que vivía cerca.

—Oye, ¿no tendrás, por casualidad, un libro sobre la ceremonia del té? —con frecuencia pedía prestado libros a mi amigo.

—¿Ahora quieres uno sobre el té? Probablemente tengo uno. Lees sobre muchas cosas, ¿verdad? Y ¿por qué ahora te interesas en el té? —dijo mi amigo con gesto dubitativo.

Salí de casa de mi amigo con cuatro libros sobre el tema, entre ellos la *Guía sobre la ceremonia del té* y *Las reglas de los invitados en la ceremonia del té*. De vuelta a casa, los leí de cabo a rabo. La ceremonia del té y el espíritu japonés; el estado de ánimo propiciado por el sabor de lo simple y la quietud; el origen de la ceremonia del té; la ceremonia del té de Jukō, Shōō, Rikyū. Me di cuenta que esto de la ceremonia del té era muy complicado. El cuarto del té, el jardín de la casa del té, los utensilios para el té, el kakemono, el menú del almuerzo. A medida que leía, me iba interesando más y más. Yo había pensado que en las sesiones del té se tomaba un trago de aquel líquido amargo de una manera mística, pero parecía que no era así.

Se sirven diversos platos. También hay sake. La verdad es que no se me habría ocurrido pensar que pudiéramos comer con tanto lujo y ostentación en estos tiempos de guerra. Además, no quería ser grosero, pero dado que el profesor Ōson carecía de recursos monetarios, no se podía esperar que en la ceremonia se sirviera un apetitoso banquete. A lo sumo probaríamos una taza de matcha, que es un té verde de lo más corriente. Pero, en fin, había sido divertido leer sobre el menú. Bueno, ahora lo que me quedaba por estudiar eran las reglas de los invitados a la ceremonia del té. Esta era la parte más importante para mí. No podía cometer un error grave en este punto. Tenía que tenerlo todo bien claro, así que debería investigarlo a fondo para evitar las recriminaciones del profesor.

Antes que nada, una vez que uno ha sido invitado, lo más educado es agradecer de inmediato la invitación. La norma dice que una vez que llegamos a la casa del organizador, debemos agradecer la invitación, pero también es posible hacerlo mediante una carta. No obstante, en esa carta de agradecimiento se tenía que expresar sin falta, si uno participaría o no en la ceremonia. En caso de hacerlo, se deberían reiterar las palabras “sin falta”. No se podían olvidar. Esas dos palabras habían sido las enseñanzas secretas de Rikyū en *Las reglas de los invitados*… Remití entonces, por correo expreso, una carta de agradecimiento al profesor. Escribí con trazos demasiado grandes “sin falta”, pero luego me di cuenta de que no era necesario escribir con letras de ese tamaño.

Pasemos ahora a las reglas del día de la ceremonia. Primero, los invitados se reúnen a las puertas de la casa del anfitrión y se designan los lugares en donde cada uno se debe sentar. Todo esto hay que hacerlo en completo silencio, no se puede hablar en voz alta ni reírse como un idiota. Luego, el anfitrión llama a los invitados y bajo su guía se internan en el lugar donde van a tomar el té. Esto hay que hacerlo mostrando cierto temor. Al entrar, lo primero que se debe hacer es observar detenidamente la estufa y el caldero, manifestando nuestra admiración con algunos suspiros. Acto seguido nos arrodillamos delante del tokonoma y contemplamos de arriba abajo el kakemono, suspirando profundamente, y en voz baja exaltamos las cualidades de aquella obra de arte, pero esta adulación no debería parecer fingida, debería sonar natural.

Posteriormente, los invitados se dan la vuelta en dirección al anfitrión y, sin rastros de sonrisa y con la expresión de haberlo comprendido todo, preguntan el origen del kakemono. Esto produce una alegría desbordante al anfitrión. Se deben evitar preguntas insidiosas como ¿dónde lo compró?, ¿cuánto le costó?, ¿no será acaso una falsificación?, ¿se lo pidió prestado a alguien? Si se le hace alguna pregunta necia, mostrando nuestras sospechas, el anfitrión se sentirá muy molesto. No debemos olvidarnos de elogiar la estufa, el caldero y el tokonoma. Esto es de gran importancia. Aquellos que olvidan hacerlo no son considerados dignos de ser invitados a la ceremonia del té, y quedan delante de todos como unos idiotas redomados.

En el verano, en vez de una estufa se suele usar una especie de tina de baño, pero no una convencional, sino de grandes dimensiones. Digamos, una elegante estufa portátil. Igualmente, no se debe olvidar suspirar al contemplar la tina, el caldero o el tokonoma. Luego sigue la inspección del proceso de colocación del carbón. Hay que acercarse y ver con interés cómo el anfitrión coloca la ceniza en la estufa, y de nuevo celebrarlo con un profundo suspiro. En el pasado, había algunos que exageraban y se ponían de rodillas, pero aquello resultaba demasiado ostentoso y artificial, y se ha dejado de hacer. Basta con suspirar. Después se elogiaba el recipiente del incienso. Entonces se servía la comida y el sake, pero creo que el profesor Ōson esquivará esta parte y nos arreglará con el matcha. En estos tiempos de guerra no debemos esperar muchos lujos.

Estoy seguro de que el profesor está planeando organizar una reunión de té lo más modesta posible y así nos impartirá de nuevo una enseñanza estricta y útil a los que somos más jóvenes que él. En consecuencia, no profundicé en cómo se preparaba la comida en la ceremonia del té y pasé directamente a estudiar la manera en que se debe tomar el matcha. Sin embargo, al finalizar, sentí que algo estaba mal. Y mi corazonada se haría realidad. La reunión resultaría

demasiado modesta, trayendo también un gran alboroto.

El día de la sesión de té salí de mi casa, llevando puestos el único par de calcetines azul marino que poseía. Aunque mi vestimenta era humilde, tenía que llevar los calcetines nuevos. Eso estaba escrito en las reglas para los invitados a la ceremonia del té. Descendí en la estación de Asagaya. Cuando salía por la puerta sur, alguien me llamó por mi nombre. Observé a dos estudiantes que permanecían de pie. Eran discípulos del profesor Ōson, ambos estudiaban en la Facultad de Humanidades y sus rostros me resultaban familiares.

—Hola, ¿también a ustedes los han invitado? —saludé.

—Sí —el chico más joven, llamado Seo, asintió con la cabeza. Tenía mal aspecto. Parecía como si alguien lo hubiera regañado—. Estamos metidos en un lío tremendo.

—Otra vez nos van a sermonear y a regañar ¿no crees? —intervino al borde del llanto Matsuno, que al graduarse este año en la universidad tenía pensado ingresar a la Marina—. ¿Por qué una ceremonia del té? Le ha dado de nuevo por una cosa sin sentido, no lo comprendo.

—No, no hay problema— dije. Quería darles ánimo a estos deprimidos estudiantes universitarios—. No hay de qué preocuparse. Yo ya vine preparado, investigué todo este asunto de antemano. Y si hacen lo que yo haga, no habrá ningún problema.

—¿Es verdad eso? —parecía que el joven Seo hubiera recuperado un poco el ánimo—. Para serle franco, lo estábamos esperando porque usted es nuestra única salvación. Estábamos convencidos de que también lo habían invitado.

—Pues, sí. Pero no confíen demasiado en mí. Este asunto me genera también una serie de dudas.

Los tres sonreímos desganados.

El profesor se encontraba como siempre en el chalet. Esta pequeña construcción anexa tenía dos habitaciones, una de seis tatamis que daba hacia el jardín y otra de tres, y el profesor las utilizaba a su gusto. Su familia estaba siempre en la casa principal y aunque nos traían de beber matcha, el té más vulgar, y calabazas cocidas, casi nunca veíamos sus rostros.

Ese día, el profesor Ōson estaba acostado en la habitación de seis tatamis, leía y llevaba puesto un fundoshi: unos calzoncillos que dejaban las nalgas al descubierto. Al ver que los tres caminábamos temerosos cerca de la veranda, se levantó abruptamente.

—Ah, ya llegaron. Hace calor, ¿no? Suban y entren. Quítense la ropa, si están desnudos se sentirán más frescos —Pensamos que el profesor se había olvidado de la sesión de té.

Sin embargo, no nos confiamos. A lo mejor la mente del profesor

maquinaba algún plan que no podíamos comprender. Nos pusimos en fila frente a la veranda, y sin decir palabra hicimos una gran reverencia. El profesor, por un momento, pareció enojado, pero no le hicimos caso y nos colocamos delante de la pequeña entrada de la casa de té. Recorrí con la mirada el cuarto entero y no divisé ni la tina ni el caldero. Aquella era la habitación de siempre. Me quedé un poco confundido. Alargué el cuello y fisgoneé hacia el cuarto de tres tatamis y observé que en un rincón había una estufa portátil casi rota, sobre ella se podía ver una tetera de aluminio sucia y cubierta de hollín. Pensé que aquel era el espacio dedicado a la ceremonia del té. Avancé de rodillas sigilosamente en dirección al cuarto, y los estudiantes, con gran nerviosismo, me imitaron. Nos sentamos uno al lado del otro y pusimos nuestras manos sobre el tatami. Miramos detenidamente la estufa portátil y la tetera. A los tres, al unísono, se nos escapó un suspiro.

—No tienen que hacer eso —dijo el profesor con tono de enfado. Sin embargo, como desconocíamos sus secretas intenciones, no podíamos confiarnos.

—Y ¿este caldero? —cuando quise indagar acerca de su origen, no supe cómo hacerlo—. Es un trasto viejo que ha utilizado durante mucho tiempo, ¿verdad? —sólo atiné a decir esta estupidez.

—No digas tonterías —el profesor ya se estaba empezando a enojar.

—Pero, se ve que tiene historia…

—Evita esas adulaciones idiotas. Lo compré en la ferretería que está frente a la estación, hace unos cuatro o cinco años, me costó dos yenes. ¿A quién se le ocurre ensalzar un perol como éste?

Había algo raro en todo esto, no se correspondía con lo que había leído en el manual. Sin embargo, insistí en seguir las enseñanzas de la *Guía sobre la ceremonia del té*.

Después de contemplar el caldero, inspeccioné el tokonoma. Nos reunimos frente al kakemono del tokonoma del cuarto de seis tatamis. Como siempre, ahí había un poema del profesor Issai Satō. Parecía que era el único que el profesor Ōson tenía. En voz baja declamé los versos del kakemono:

Vicisitudes del frío y del calor, respiración del Cielo y de la Tierra.
Sufrimiento y placer, glorias y fracasos, respiración de la vida.
Existen en los virtuosos, pero no os sorprendáis si de pronto existen en otros.

Hacía unos días que el profesor me había enseñado a leer aquellos versos. Y en esta ocasión lo pude hacer sin ninguna dificultad.

—Es un excelente poema —dije sin demasiada convicción—. También el grabado es de admirar.

—¿Qué estás diciendo? Tú mismo dijiste la vez pasada que se trataba de una falsificación y lo despreciaste.

—Lo hice, ¿en serio? —me puse rojo como un tomate.

—Vinieron a tomar té ¿no? —el profesor cambió de tema, abruptamente.

—Sí, así es.

Nos quedamos de pie en un rincón del cuarto.

—Bueno, comencemos —el profesor se incorporó y acto seguido se dirigió al cuarto de tres tatamis, y cerró la puerta corrediza.

—¿Y ahora, que será lo que hará? —preguntó Seo en voz baja.

—Yo tampoco lo sé con exactitud —ya que todas las reglas habían sido trastocadas, yo, al igual que mis dos compañeros, me hallaba sumido en la más completa confusión—. Si se tratara de una ceremonia normal, se observaría cómo el anfitrión pone las cenizas en la estufa, y después contemplaríamos el incensario. Luego viene la comida y el sake, y entonces…

—¿Sirven sake también? —Matsuno puso una cara feliz.

—Sí, pero dada la situación que atravesamos, creo que esa parte se elimina, y apenas nos ofrecerán un poco de matcha. Veamos entonces las técnicas de preparación del té del profesor—. No tenía ninguna confianza en mis palabras.

“Yabo, yabo”. Del cuarto contiguo brotaba un sonido extraño. Se parecía al ruido que hacemos cuando mezclamos el té con un batidor de bambú, pero este resultaba demasiado áspero y violento. Afiné el oído.

—Escuchen —dije—, parece que ya comenzó la preparación del té, pero ¿no creen que hay algo raro? En principio, la deberíamos ver todos.

Yo estaba perdiendo la paciencia. La puerta corrediza había sido cerrada por completo. ¿Qué demonios estaba haciendo el profesor? Nada más se escuchaba sin cesar aquel sonido: “Yabo, yabo”, que por momentos se mezclaba con los quejidos del profesor: “¡Umm, umm, umm!”. Estábamos preocupados, no era para menos, y nos pusimos de pie.

—¡Profesor! —grité en dirección a la puerta corrediza—. Queremos ver cómo prepara el té.

—No se les ocurra abrir la puerta… —respondió el profesor con voz gutural, como pedregosa, y llena de pánico.

—¿Por qué?

—Esperen, que ya les llevo el té —habló en un tono aún más fuerte —. ¡No deben abrir la puerta!

—Pero está gruñendo —yo quería deslizar la puerta corrediza y ver qué estaba sucediendo en aquel cuarto. Intenté hacerlo con delicadeza y me di cuenta de que el profesor la estaba sosteniendo para que no se pudiera abrir.

—¿No se abre? —preguntó Matsuno, que al querer entrar en la Marina presumía ya de sus habilidades, y avanzó—. Déjeme intentarlo.

El joven Matsuno tiró con fuerza de la puerta, mientras el profesor se empeñaba en sostenerla desde adentro. Aunque cedía un poco, se cerraba de nuevo. En medio del forcejeo, la puerta se salió de sus goznes y nos cayó encima con gran estruendo, como una avalancha de nieve. El profesor esquivó la caída moviéndose hacia la pared y derribando la estufa portátil. La tetera se derramó y el cuarto se llenó de vapor.

—Achichichichichi —gritó el profesor y como un loco comenzó a bailar la danza del desnudo. Apagamos el fuego de la estufa caída. "¿Profesor, está usted bien? ¿No está herido?", le preguntamos. En el centro de la habitación de seis tatamis, el profesor, en fundoshi y con las piernas cruzadas, intentaba refrescar su cuerpo resoplando como un caballo.

—Ha sido una terrible ceremonia del té. Son ustedes brutos e irrespetuosos —manifestaba de mal humor.

Después de limpiar la habitación más pequeña, nos sentamos temerosos delante del profesor y en coro le pedimos disculpas.

—Profesor, como a usted le había dado por gruñir, nos preocupamos… —quería yo encontrar alguna justificación a nuestra conducta. El profesor continuó en tono de queja:

—Um, parece que mi técnica de la ceremonia del té no ha sido la mejor. Aunque mezclé el té con el batidor de bambú, no hacía buena espuma. Lo repetí cinco o seis veces, pero por más que lo intentara no pude lograr mi propósito.

El profesor había mezclado con todas sus fuerzas el té con el batidor, y cada vez que fracasaba lo arrojaba en una jarra que había en medio del cuarto, donde estaba colocado un lavamanos lleno de matcha. De ahí que las paredes estuvieran salpicadas con el verde de aquel té. Todo un desastre, un estropicio enorme. Y así el misterio se había resuelto. El profesor se veía obligado a mantener la puerta cerrada para evitar que fuéramos testigos de sus intentos fallidos. Comprendí entonces el sufrimiento mental que había experimentado. Pensé también que con aquella técnica tan pobre había sido una temeridad por parte del profesor habernos invitado a una ceremonia del té. ¿En dónde habían quedado quellas palabras que nos dijo?: "… permite hacer sentir bien a nuestros invitados". Es cierto que los idealistas son pésimos cuando quieren llevar a la práctica sus ideales.

Todo lo que hace el profesor Ōson está equivocado, todo le sale mal, siempre comete errores estúpidos. Sin embargo, al organizar esta sesión quería experimentar en carne propia el poema de Rikyū: “En la ceremonia del té, hay que hervir el agua, preparar el té y tomarlo, eso es todo”. Esa imagen de un tipo vestido apenas con un fundoshi estaba en “Las Siete máximas” de Rikyū.

En el verano, fresco.
En el invierno, caliente.

Por aquella razón, el profesor quiso vestirse de esa forma tan fresca, para mostrarnos las sencillas enseñanzas de Rikyū, pero la cadena de errores que cometió había convertido la ceremonia del té en un auténtico desastre. ¡Qué pena!

Varios días después, recibí esta carta del profesor Ōson:

> La ceremonia del té es innecesaria. Cuando te dé sed, simplemente corre a la cocina y sirve agua de la jarra y tómala con gusto. Lo mejor es hacerlo como las vacas. Ésos son los secretos y reglas de la ceremonia del té de Rikyū.

(Título original: “Fushin’an”, 1943)

LA ESTUDIANTE

Es increíble la sensación que experimento al despertar por la mañana. Se parece a lo que siento cuando juego al escondite. Me oculto dentro del oscuro clóset, agachada y quieta. De pronto, Deko abre la puerta corrediza. La luz del sol alumbra enseguida, al tiempo que Deko dice en voz alta: "¡Te encontré!". Ese deslumbramiento. Ese lapso delicioso mientras el pecho me palpita a mil por hora y me arreglo la parte delantera del kimono. Ese momento en que salgo con fingida timidez del clóset y siento de súbito como una especie de rabia. Ese sentimiento es similar al despertar. No, no lo es. Es otro tipo de decepción. Es parecido al momento en que abro una caja y dentro hay una más chica, luego hay otra más pequeña y al abrirla hay de nuevo otra cajita. La abro de nuevo. Abro siete, ocho y al final aparece una diminuta caja del tamaño de un dado. Abro ésta con cuidado y dentro no hay nada. Sólo el vacío. Esa impresión se acerca más a lo que comencé a decir antes. Mentimos al afirmar que abrimos de inmediato los ojos al despertar. En mi caso, por ejemplo, al comienzo veo todo turbio, turbio, luego me hundo en una especie de sustancia viscosa, y poco a poco emerjo a la superficie. Finalmente, voy cediendo y me despierto. Siento que las mañanas son insoportables. Brotan de mi pecho muchas y muchas cosas. Intolerables. No las aguanto, juro que no las aguanto. Son las partes más horribles de mí. Mis piernas están exhaustas y ya no quiero hacer nada. ¿Será porque no he dormido profundamente? Eso de que las mañanas son saludables, es una falacia. Las mañanas son grises. Siempre y siempre iguales. No tienes idea de lo anárquicas que pueden ser. Dentro de mi lecho, al despertar, me siento siempre pesimista. Deprimida. Sólo veo cosas horribles que me producen un profundo arrepentimiento. Permanezco quieta, como tiesa y por un momento mi pecho se cierra y me retuerzo.

Las mañanas son horribles.

—Papá —lo llamo en silencio. Me levanto feliz, pero con algo de vergüenza y rápidamente recojo el futón. Dije ¡aúpa! en el momento de recogerlo. Me di cuenta al instante. Hasta ese momento no había pensado que pudiera pronunciar una palabra tan prosaica como

“aúpa”. Eso lo suelen decir las ancianas. ¡Qué asco! ¿Por qué me habría salido una expresión así de ramplona? Parece que en alguna parte de mi cuerpo se oculta una condenada anciana. ¡Qué vergüenza! Tendré que andar con cuidado de ahora en adelante. Es como si caminara todo el tiempo de una manera vulgar, haciendo sentir mal a la gente, y de pronto soy yo misma la que se da cuenta de eso. Me he deprimido mucho.

Por la mañana siempre desconfío de mí misma. Me siento frente al espejo, vestida con mi camisón. Al fijar la vista en el espejo, sin mis lentes puestos, veo con calma que mi rostro está un poco borroso. Lo que más odio de mi rostro es tener que usar lentes, pero aun así poseen algunas cualidades que las demás personas no tienen por qué saber. Me gusta quitármelos y mirar a lo lejos. Todo se percibe borroso, me siento como en un sueño, como si estuviera contemplando un calidoscopio, es magnífico. No se ve nada sucio. Sólo se destacan las cosas grandes y los colores fuertes se distinguen con frescura, sólo entran a mis ojos las luces. También me agrada quitarme los lentes y mirar a las personas. Veo las caras de mis semejantes, todas cándidas, bellas, sonrientes. Además, pienso que, cuando no los llevo puestos, jamás reñiría con la gente, ni siquiera diría malas palabras. Simplemente, permanezco callada y mirando como una tontita. Y al pensar que la gente me verá en ese momento como una buena persona, me siento aliviada, me dan ganas de dejarme mimar. Mi alma se vuelve tenue y candorosa…

Los lentes… si me los pongo, desaparece la forma de mi cara. Obstruyen todas las expresiones que brotan de ella: lo romántico, la belleza, lo agitado, las debilidades, la inocencia, la tristeza. Además, aunque se trate de una cosa graciosa, tampoco podemos charlar con la mirada.

Los lentes son como fantasmas.

Dado que siempre me odio cuando tengo puestos los lentes, pienso que lo más hermoso de mi cuerpo son mis ojos. Aunque no tuviera nariz, aunque mi boca permaneciera oculta, al ver mis ojos me lleno de contento. Si yo tuviera unos ojos que me hicieran vivir una vida hermosa, estaría satisfecha. Sin embargo, la única virtud de mis ojos es que son grandes, no hay remedio. Al mirarlos fijamente, me siento desencantada. Hasta mi madre dice que son aburridos. Como dicen por ahí, son ojos sin luz. Me decepcionan. Son así. Nada que hacer. ¡Qué calamidad! Cada vez que me veo en el espejo, pienso que quisiera tener ojos transparentes. Que fueran como un lago azul. Unos ojos que contemplaran un cielo enorme mientras permanezco acostada en la verde pradera. Ver a veces pasar una nube. Contemplar con nitidez hasta la sombra de los pájaros. Quisiera encontrarme con muchas personas que tengan bellos ojos.

Desde esta mañana es mayo, tan solo de pensarlo me siento un poco exaltada. La verdad, estoy feliz. Pienso que ya el verano se acerca. Al salir al jardín, mi mirada se fija en las flores de las fresas. Es extraño el hecho de que mi padre haya muerto. Es complicado comprender que alguien al morir desaparezca. Es difícil de entender. Siento nostalgia por mi hermana mayor, por las personas con las que rompí nuestra amistad, por las que hace tiempo que no he vuelto a ver. Pero la mañana es algo que pertenece al pasado, las personas con las que he soñado tienen ya un olor a arroz cocido, los recuerdos se impregnan con ese aroma, no lo soporto.

Japi y Pob (como es un perro triste e infeliz lo llamo Pob) llegan corriendo, entrecruzándose. Los pongo en fila, pero resulta evidente que Japi es mi consentido. Su blanca pelambre relumbra como el sol. Pob siempre está sucio. Mientras acaricio a Japi sé que Pob pone cara de llanto. También sé que se siente maltratado. Es tan triste que no lo soporto. Como es tan pobre y desdichado, no lo puedo aguantar, y es por eso que le hago maldades adrede. Pob tiene todo el aspecto de un perro callejero, no sabemos cuándo se lo llevará el cazador de perros. Como tiene una pata lisiada, probablemente intentará huir lentamente. ¡Vete rápido hacia lo más profundo de las montañas! A ti nadie te va a querer, deberías morirte lo antes posible. Soy alguien que no sólo le hace cosas dañinas a Pob sino también a las personas. Las pongo en aprietos, las provoco. En serio, soy una chica desagradable. Me siento en la veranda mientras acaricio la cabeza de Japi y contemplo las hojas verdes que entran en mi ángulo de visión. Mis sentimientos desaparecen, siento deseos de tirarme al suelo.

Me dan ganas de llorar. Aspiro profundamente y hago que mis ojos enrojezcan. Pensé que me saldrían algunas lágrimas. Lo intenté pero fue inútil. A lo mejor me he convertido en una mujer sin lágrimas.

Desisto y comienzo a limpiar mi cuarto. Mientras limpio, canto “Okichi, el chino”. Miro un momento a mi alrededor. Normalmente estoy absorta en Mozart o en Bach, pero me parece gracioso que haya cantado esa canción. Ahora, cuando recojo el futón digo ¡aúpa! y al tiempo que continúo limpiando no dejo de cantar “Okichi, el chino”, ya no tengo remedio. Si sigo así, no sé que vulgaridad diré cuando duerma, me aflige nada más pensarlo. Pero, no sé, de pronto me ha dado por reír, dejo de barrer, aparto la escoba y río a solas.

Me pongo la ropa interior nueva que terminé de coser ayer. En la parte correspondiente al pecho bordé una pequeña rosa blanca. Cuando me vista, no se verá este encaje. Nadie podrá saberlo. Me siento orgullosa.

Mamá salió temprano esta mañana. Estaba ocupada preparando el compromiso matrimonial de quién sabe quién. Desde que yo era una niña pequeña he visto cómo se esfuerza por ayudar a las personas, ya

estoy acostumbrada, pero no dejo de sorprenderme al observarla afanándose de aquí para allá. Estoy muy impresionada. Papá estaba todo el tiempo estudiando y mi madre tenía que hacer también de papá. Él se mantenía alejado de la vida social, pero mamá organizaba reuniones que daban gusto, con las personas que quería. Los dos tenían temperamentos diferentes, pero parecía que se respetaban mutuamente. Formaban una bella y apacible pareja, no existía nada deplorable entre ellos. Soy una insolente, una insolente.

Me quedé sentada, como embobaba, viendo el bosquecillo de enfrente mientras se calentaba la sopa de miso. Siento que desde hace mucho tiempo repito esta costumbre de estar sentada en la puerta de la casa en la misma posición y pensando lo mismo, viendo el mismo bosquecillo. Incluso, llegué a sentir que esta costumbre perduraría en el futuro. Que podía estar repitiendo ese acto en el pasado, en el presente y en el futuro. Este tipo de cosas me ocurren a menudo. Estoy sentada en mi cuarto hablando con alguien. Mis ojos se fijan en la esquina de la mesa y permanecen así sin moverse. Mis labios sí se mueven al ritmo de la conversación. En esos momentos experimento una extraña ilusión óptica. No me acuerdo cuándo ocurrió esta situación por primera vez. Pero después, mientras hablaba acerca de las mismas cosas, también me quedé mirando la esquina de la mesa. Siento que en el futuro me ocurrirá algo similar. No importa si estaré caminando por algún sendero en una provincia lejana, con seguridad recordaré haber pasado por ahí. No importa si en el camino arranco la hoja de una habichuela, pues sabré que en el pasado hice algo similar. Y en el futuro caminaré y caminaré y continuaré arrancando hojas de habichuela, de eso estoy segura. Asimismo, me ha ocurrido lo siguiente. Un día estaba metida en la bañera y de pronto vi una mano. De ahora en adelante, aunque pasen muchos años, cuando esté dentro de una bañera me acordaré seguramente de haber visto abruptamente una mano. Eso es lo que pienso ahora. Nada más de pensarlo, me deprimo. De la misma manera, una tarde cuando estaba vaciando arroz en un tazón de madera, aunque parezca exagerado decir que estaba inspirada, sentí que algo pasaba recorriendo velozmente mi cuerpo. ¿Cómo decirlo? Quisiera decir que fue como una especie de parálisis del entendimiento, pues eso fue lo que me sobrevino. Mi pecho y mi cabeza, todas las partes de mi cuerpo se volvieron invisibles, sentí que podía seguir viviendo con la serenidad de una nube. Permanecí callada, sin hacer ningún ruido, me sentía flexible como una rama de bambú, sentía que me había transformado en una ola bella y ligera. Nada de lo que experimentaba en ese momento tenía relación con la trascendencia o con lo que se conoce como metafísica. Pensaba que la idea de vivir como un gato ladrón, que se mueve subrepticiamente en silencio total, era una soberana tontería,

algo horrible de verdad. ¿Será que si me siguen invadiendo este tipo de sentimientos me convertiré en una posesa, poseída por la divinidad? En Cristo, pero un Cristo femenino. Eso es una insolencia.

Sin embargo, como dispongo de mucho tiempo libre y no tengo por qué preocuparme de mi manutención, a diario, al andar por ahí como una tonta, pienso que esas cosas salen a la superficie de la mente como rostros de fantasmas.

Desayuno sola en el comedor. Es la primera vez en este año que como pepinos. Del verde de los pepinos surge el verano. El sabor amargo de los pepinos de mayo hace sentir mi pecho vacío, me hace sentir como en el Infierno, me invade una tristeza repentina. Cuando como sola en el comedor, me dan unas ganas locas de salir de viaje. Quiero subirme a un tren. Leer un diario. Aparece entonces la foto del primer ministro Konoe. ¿El señor Konoe es un hombre apuesto? A mí no me gusta ese rostro. El problema está en la frente. La sección más divertida de los diarios es aquella donde se reseñan libros. ¿Cobrarán cien, o acaso doscientos yenes, por publicar una palabra o una frase? Todos se esfuerzan. Por cada palabra, por cada verso, se rompen la cabeza a fin de lograr el máximo de ganancia. Son admirables, como si los hubieran exprimido. Deben de ser pocos los textos de este mundo que cuesten tanto dinero. Saberlo me hace sentir bien, me llena de júbilo.

Termino de desayunar y cierro la casa. Salgo rumbo a la escuela. Hoy no lloverá, qué alivio, pero como estaba empeñada en salir con el paraguas que ayer me regaló mi mamá, pues me lo traje. Este paraguas lo utilizó mi madre hace mucho tiempo, en sus años juveniles. Me siento muy orgullosa de llevar conmigo un paraguas tan elegante. Quisiera caminar por las calles de París con él. Estoy segura de que cuando termine la guerra, este viejo paraguas de ensueño y estilo occidental se pondrá de moda. Seguro que combinaría bien con un bonete. Y con un kimono de mangas largas, color rosa, de cuello abierto. Tendría puestos entonces unos largos guantes de encaje tejidos en seda negra, y al ancho sombrero lo adornaría con una hermosa violeta morada. Y cuando todo haya reverdecido iré a comer a un restaurante de París. Melancólica, apoyaría la mejilla en mi mano, y mientras observo cómo pasa la gente allá afuera, alguien tocaría suavemente mi hombro. De pronto, sonaría una bella música, es el *Vals de la Rosa*. Ah, qué genial, qué gracioso. La verdad es que sólo voy por la calle con un raro y viejo paraguas de mango largo. Soy tan miserable que hasta doy pena. Soy la pequeña vendedora de cerillas de Andersen. Arranquemos pues unas yerbas y sigamos.

Al salir, arranco unas yerbitas que crecen frente a la puerta de mi casa. Hago este trabajo voluntario para ayudar a mi madre. A lo mejor, hoy me sucede algo extraordinario. Aunque las yerbas sean

todas iguales ¿por qué me dan ganas de arrancar algunas y otras no? Hay yerbas bonitas, y otras que no lo son, aunque no haya diferencias sustanciales entre ellas. ¿Por qué estarán divididas de esa manera? Las adorables y las odiosas. No existe una razón. Pienso que el gusto y el odio de las mujeres carecen de fundamento. Después de terminar mi pequeña labor de apenas diez minutos, me apresuro a ir a la estación. Mientras paso por los senderos entre los huertos, me acometen unas ganas locas de dibujar. En ese lapso atravieso el caminito boscoso del santuario shintoísta. Es un atajo que he descubierto sola. Al andar por aquella senda, de pronto fijo mi atención en la zona baja y veo que han crecido unas espesas y densas matas de trigo. Ah, al verlas tan verdes me doy cuenta de que también este año han venido los soldados. El año pasado se presentaron con sus caballos y descansaron dentro del bosque del santuario. Cuando pasé por este lugar, el trigo estaba crecido igual que hoy. Luego dejó de crecer. Este año, de los baldes de los caballos de los soldados se escurrirá de nuevo el agua para hacer crecer las matas de trigo. Pero crecerán raquíticas, y como el bosque es tan oscuro no recibirán la suficiente luz del sol. Pobrecitas, crecerán un poco y luego morirán.

Al sortear el caminito del bosque, antes de llegar a la estación, coincido con cuatro o cinco obreros. Como siempre, me lanzan piropos soeces, palabras que no me atrevo a pronunciar. Estaba confundida y no supe qué hacer. Quería rebasarlos e irme lejos, muy lejos. Sin embargo, para lograr mi propósito tenía que pasar en medio de ellos. Y eso es peligroso. Me quedaba aún otra opción, permanecer de pie en silencio y aguardar hasta que se alejaran, esperar a que estuvieran lejos, pero eso requería de mucho valor. Dado que los obreros lo tomarían como una ofensa, corría el riesgo de que se enojaran. Entonces mi cuerpo comenzó a irritarse y me dieron ganas de llorar. Como me daba vergüenza que me vieran llorando, intenté sonreír. Y lentamente fui pasando por detrás de ellos. Luego ya no sucedió nada, pero mi sentimiento de rabia no desapareció aun cuando ya me encontraba en el tren. Querría convertirme lo más pronto posible en una persona fuerte y pura para poder enfrentar con decisión este tipo de situaciones estúpidas.

Como había un asiento vacío cerca de la entrada del vagón, puse sigilosamente mis cosas encima, me acomodé un poco el doblez de mi vestido y cuando me dispuse a sentarme, un hombre que llevaba puestas unas gafas apartó mis cosas y se sentó.

—Oiga, ese sitio lo encontré yo primero —dije, pero el hombre desplegó una sonrisa forzada y sin inmutarse comenzó a leer el periódico. Ahora que lo pienso, no sé cuál de los dos era el imprudente. A lo mejor era yo.

Sin más remedio, coloqué el paraguas y mis cosas sobre la rejilla,

me agarré a la barra y como de costumbre me dispuse a leer una revista. Mientras iba pasando las páginas con mi mano libre, me puse a pensar.

Si me quitaran el hábito de leer, dado que no tengo otro tipo de experiencia, lo más seguro es que me sentiría tan mal que me daría por llorar. Mi dependencia de la información que aparece en los libros es brutal. Leo un libro y me involucro en su contenido, confío en lo que dice, lo asimilo y comparto todos esos conocimientos, los introduzco en mi propia vida. Además, cuando paso a leer otro libro, en un santiamén puedo cambiar de opinión sin inmutarme siquiera. Tomar las ideas ajenas y rehacerlas, apoderarme de ellas como si fueran mías, esa facultad, esa actitud tramposa constituye mi único talento. Me detesto cuando me veo practicando este tipo de comportamiento, que no es más que una forma de engaño, una vil estafa. Si todos los días llevara la cuenta de mis errores, de las cosas que me dieran vergüenza, a lo mejor sería un poco más precavida. No obstante, a pesar de los errores y equivocaciones, estoy segura de que si logro razonar de la manera adecuada podré superarlos. Mientras tanto, y como último recurso, me haré la tonta. (He leído estas palabras en algún libro.)

Sinceramente, no sé cuál es mi verdadero yo. En el momento en que no tenga un libro, cuando no pueda encontrar uno que me sirva como ejemplo a imitar, ¿qué demonios haré? Estaré indefensa, en una situación de parálisis total. A lo mejor ni siquiera podré reflexionar y me limitaré a sonarme la nariz. No voy a llegar a ninguna parte si continúo día tras día pensando cosas como éstas en el tren. En mi cuerpo ha quedado un resto de rabia que me impide respirar. Tengo que hacer algo, debo hacer algo. ¿Cómo podré lograr encontrarme? Pienso que la autocrítica no ha surtido ningún efecto. Me doy cuenta de las cosas odiosas, de mis debilidades, pero después de lamentarme me consuelo a mí misma. Soy tolerante con mis múltiples carencias y así el remedio puede ser peor que la enfermedad. Cuando llego a este tipo de conclusiones, me doy cuenta de que la autocrítica no me conduce a ninguna parte. De hecho, es mejor no pensar en nada.

El titular de esta revista dice: “Los defectos de las mujeres jóvenes”. Muchas personas han escrito sobre el tema. Mientras leo el artículo siento como si estuvieran hablando de mí y me da vergüenza. Aunque depende mucho de la persona que escribe, pienso siempre que son unos idiotas. Escriben puras tonterías. Los que aparecen en las fotos con aspecto de dandis, escriben sobre temas dandis. Me resulta tan divertido que no puedo dejar de reír. Los religiosos escriben siempre sobre asuntos de fe. Los educadores, de principio a fin están hablando de obligaciones y deberes. A los políticos les ha dado por citar poemas chinos. Los escritores son unos presumidos y adornan sus

artículos con palabras rimbombantes. Son todos unos pretenciosos.

No obstante, todos en algún momento han dicho cosas bastante certeras. Que no tenemos individualidad. Que carecemos de profundidad. Que estamos muy alejadas de la esperanza, más lejos todavía de una necesaria ambición. Es decir, que no tenemos ningún ideal. Aunque seamos críticas, somos incapaces de aplicar con entusiasmo y decisión cualquier aspecto crítico a nuestras propias vidas. No reflexionamos. No tenemos una verdadera conciencia ni amor propio, somos imprudentes. Aunque actuemos con coraje y valentía, no está claro si vamos a asumir nuestra responsabilidad ante los posibles resultados. Actuamos conforme a nuestro estilo de vida, somos expertas en arreglárnoslas de cualquier manera, pero no tenemos un verdadero y fuerte amor hacia nosotras mismas ni hacia lo que nos rodea. No sabemos cuál es el significado de la modestia. Todo es una vulgar imitación. Hemos perdido el sentido de lo que es la esencia del "amor" humano. Aunque nos hagamos las refinadas, carecemos de elegancia. En el escrito aparecían otros temas. Mientras leía me iba tropezando con asuntos que me hacían lanzar expresiones de asombro. No podía negarlo.

Sin embargo, sentí que todos aquellos escritos rezumaban optimismo. Esas personas se habían abstraído de sus sentimientos cotidianos y escribían nada más por escribir. "El verdadero sentido", "la esencia verdadera", había muchos adjetivos de ese tipo, pero no estaba expuesto claramente el significado del "verdadero" amor o de la "verdadera" conciencia. A lo mejor lo saben. Entonces, deberían ser más concisos y decirnos simplemente: vayan por la izquierda o por la derecha. Sería muy bueno si nos lo dijeran con autoridad. Como hemos perdido la brújula de la expresión amorosa, en vez de decirnos, no hagan eso o aquello, deberían decirnos con fuerza hagan esto o aquello. Todas nosotras obraríamos de esa manera. ¿Es que nadie tiene la convicción y la valentía para hacerlo? A lo mejor, las personas que han expuesto sus criterios en estos escritos no siempre tienen una opinión que ofrecer en todo momento y en cualquier ocasión. Nos regañan porque carecemos de una apropiada esperanza y de una profunda ambición. Entonces, en caso de que aspiremos a un ideal correcto, ¿hasta dónde nos protegerían? ¿Estarían esas personas dispuestas a guiarnos?

Aunque sea vagamente, sabemos dónde está el mejor lugar hacia el cual debemos ir, el hermoso lugar donde queremos estar, el lugar donde podremos crecer. Pensamos que debemos tener una vida buena. Entonces, me atrevo a afirmar que sí tenemos una idea correcta acerca de la esperanza y la ambición. Queremos tener una fe inamovible, aun cuando vivamos deprisa. Sin embargo, si aspiramos a cumplir esos deseos en nuestra juventud, ¿cuánto esfuerzo necesitaremos para

lograrlo? También hay que tener en cuenta la forma de pensar de nuestros padres y hermanos mayores (estoy diciendo cosas un tanto anticuadas, pero no menosprecio para nada la experiencia de las personas que nacieron antes que yo ni la de los ancianos ni la de las personas casadas: todo lo contrario, las valoro dos, qué digo, tres veces más que la mía propia). Tenemos que considerar también las relaciones con nuestros familiares, en particular con quienes mantenemos lazos permanentes. Y, por supuesto, están nuestros amigos y conocidos. Y la "sociedad", que nos empuja siempre con gran fuerza. Pensar y reflexionar sobre estos aspectos no debería conducirnos a adoptar decisiones que fortalezcan nuestra individualidad. No debemos lucirnos mucho, lo mejor y más inteligente sería que camináramos por el mismo sendero que las personas normales. Lo siento, no puedo evitar pensar de esta manera. Creo que es muy cruel que un tipo de educación aplicada a un pequeño grupo se la quieran inculcar a todos. La educación en la escuela y las reglas de la sociedad son radicalmente diferentes, me he dado cuenta de este hecho a medida que voy creciendo. Quienes sigan al pie de la letra tales enseñanzas saldrán perdiendo siempre. Les dirán que son raras. No tendrán éxito y permanecerán en la pobreza. ¿Habrá una sola persona que no diga mentiras? Si existe alguien así, estará destinada al más rotundo fracaso. En mi familia hay una persona que vive correctamente, posee una fe inquebrantable y anda en busca de un ideal. Se empeña en encontrar el verdadero sentido de la vida, pero todos a su alrededor dicen cosas malas de él. Lo ven como un idiota. Si supiera que a mí me están tratando como a una imbécil, que estoy perdida, no podría mantener mis convicciones, no sería capaz de volverme en contra de mi madre y de los demás. Eso sería horrible. Cuando era muy pequeña y mis sentimientos contrastaban totalmente con los de los demás, le pregunté a mi madre:

—¿Por qué…? —en ese momento mi madre resolvió el asunto a su manera y no pudo evitar enojarse. Dijo que yo era como uno de esos vagos que no servían para nada. Parecía estar muy triste. También le pregunté a papá. Reaccionó riendo en silencio, como apenado. Y luego le dijo a mamá: "Es muy descarada esta niña". Al ir creciendo, me volví tímida. Incluso cuando me confecciono ropa al estilo occidental, me preocupa lo que dirá la gente. Amo en secreto mi individualidad, sé que debo amarla, pero me da miedo expresarlo abiertamente. Debo ser una chica que actúe con corrección para que la gente esté satisfecha. Cuando estoy en un sitio reunida con muchas personas me comporto como un ser cicatero y mezquino. Digo cosas que no quiero decir, cosas que están totalmente alejadas de mis sentimientos, digo y digo mentiras. Creo que actuar de semejante manera me reporta alguna ventaja y obtengo mejores resultados. Es detestable. Pienso que

ya debería llegar el tiempo de cambiar abruptamente mi moral. Si eso sucediera, esta miserable situación no tendría sentido para mí y tampoco para los demás. Ya no tendría que experimentar a diario esta existencia llena de congoja.

Pero ¡qué veo! Se ha desocupado aquel asiento. Bajo de prisa mis pertenencias y el paraguas de la rejilla y me deslizo rápidamente en el asiento. A mi derecha viaja un estudiante de secundaria, a mi izquierda una señora que lleva un niño a su espalda y tiene puesto uno de esos abrigos amplios llamados *nenneko*, que la cubre a ella y a su bebé. A pesar de su edad se ha maquillado con esmero y lleva un peinado a la moda. Su rostro bonito pero en la parte delantera del cuello se le notan unas arrugas muy pronunciadas. Qué vergüenza, me resulta tan desagradable que me dan ganas de golpearla. Es curioso cómo los humanos pensamos cosas tan diferentes cuando estamos de pie o sentados. Cuando estamos sentados pensamos cosas sin energía, que no sirven para nada. En el asiento que está frente al mío reposan, como atontados, cuatro o cinco oficinistas de la misma edad y que llevan atuendos similares. Andarán por los treinta años. Todos me producen asco. Los ojos turbios. Carecen de espíritu. Sin embargo, si en este momento alguno de ellos me ofreciera una sonrisa, tan sólo con un gesto como ese me cautivaría y quién sabe si acabaría casándome con él. Para poder decidir nuestro futuro, a las mujeres nos basta sólo una sonrisa. ¡Qué horrible! Es tan misterioso. Voy a tener cuidado. Esta mañana estoy pensando cosas muy raras. Desde hace dos o tres días mis ojos se han fijado en el rostro del jardinero que viene a arreglar el jardín de nuestra casa, no he podido sacármelo de la cabeza. Por donde se le mire, no es más que un individuo de lo más ordinario, pero la forma de su cara es distinta. A lo mejor estoy exagerando, pero posee el rostro de un pensador. Como tiene la tez morena, se ve un poco arrogante. Tiene bonitos ojos. Cejas muy juntas. Su nariz respingona combina con el color oscuro de su piel, y hace que parezca una persona de fuerte voluntad. Sus labios están muy bien delineados. Las orejas, un poco sucias. Las manos nos llevan al extremo opuesto, pues son las propias de un jardinero. Pero ese rostro bronceado y el sombrero negro de fieltro… es una pena que sea jardinero. Tres o cuatro veces le he preguntado a mamá si ese señor había sido desde el comienzo jardinero, y siempre me regaña. La tela en la que envuelvo mis cosas me la regaló mi madre justo el día que vino por primera vez el jardinero. Como estábamos limpiando la casa, también vinieron el fontanero y el encargado de cambiar el tatami. Mamá estaba arreglando el estudio y encontró esa bonita tela y me la dio. Es un objeto bello y muy femenino. Me parece tan linda que creo que es una lástima atarla y usarla como un bolso. Así como ahora estoy, sentada, la coloco sobre mis rodillas y la observo en secreto. La

acaricio. Quisiera que la gente del tren la viera, pero nadie se percata de su existencia. Si alguien se diera cuenta, aunque fuera por un instante, de lo bonita que es esta tela, sería capaz de casarme con esa persona. Cuando me dejo llevar por mis instintos, me dan ganas de llorar. El poder del instinto es una fuerza que no podemos modificar con nuestra voluntad. Cada vez que pienso en esta idea me siento como si estuviera desquiciada. ¿Qué debo hacer? Me lleno de dudas y confusión. No puedo negarlo ni afirmarlo, simplemente parece como si una cosa grande, muy grande se posara sobre mi cabeza. Y me sonsacara con cinismo y alevosía. Al permanecer en este estado experimento un sentimiento de satisfacción, pero también otro de estupor y tristeza. ¿Por qué las mujeres no podemos estar satisfechas con nosotras mismas y amarnos eternamente? Creo que es una gran desgracia comprobar cómo el instinto carcome mis sentimientos y mi razón. Cada vez que me olvido un poco de mí misma, me deprimo sin remedio. Me dan unas ganas inmensas de llorar al saber que incluso yo poseo instintos. ¡Mamá! ¡Papá!, siento deseos de gritar. Sin embargo, como sé que la verdad puede estar presente en los lugares que detesto, una nueva frustración se genera en mi interior.

Ya estamos en Ochanomizu. Al bajar al andén sentí que resbalaba, pero me hice la tonta. Aunque intenté recordar lo que había estado pensando un momento antes, no lo pude lograr. Me dispuse a reanudar mi reflexión retomándola en el instante donde la había interrumpido, pero mis esfuerzos resultaron inútiles. Estaba vacía. En momentos como éste puedo hacer abstracción de mis sentimientos, incluso de cosas molestas y vergonzosas, pero con el paso del tiempo no logro acordarme de nada, como si nada hubiera sucedido. Me resulta divertido eso que llamamos el ahora. Aunque lo intentemos retener en nuestras manos, el ahora, ese ahora sale volando hacia lo lejos, y viene uno nuevo a ocupar su lugar. Mientras subía paso a paso la escalera que conduce al puente, pensé "¡Qué demonios! Qué estupidez. A lo mejor, soy una persona feliz".

La profesora Kosugi está bellísima esta mañana. Se parece a la linda tela de envolver que traje hoy. A la profesora el color azul le sienta a las mil maravillas. El clavel rojo que lleva en su pecho resalta su hermosura. Si no fuera tan "artificial", sería una de mis profesoras predilectas, pero ella no es más que pura pose. Se esmera demasiado en acicalarse, supongo que el esfuerzo la deja exhausta. Y por añadidura, su personalidad es en extremo complicada. Tiene demasiados secretos. Aunque su espíritu es oscuro, se empeña en parecer alegre. Sin embargo, es una mujer muy atractiva. Resulta un desperdicio que dedique su tiempo a la enseñanza en una escuela. Aunque su popularidad en la clase ha disminuido, sigo encantada con ella. La imagino como una señorita de alcurnia que vive en un viejo

castillo oculto entre montañas o a la orilla de un precioso lago. Creo que la he adulado demasiado. ¿Por qué las charlas de la profesora Kosugi resultan siempre tan serias? ¿Será acaso que está mal de la cabeza? La idea me pone triste. Desde hace un rato nos ha estado hablando y hablando acerca del nacionalismo, pero ese es un tema manido que ya nos tiene hartos. Cualquier persona siente amor hacia el lugar donde ha nacido. Qué aburrido. Me recuesto en el pupitre y apoyo mi cabeza en mi mano, contemplo el paisaje que se vislumbra a través de la ventana. ¿Será quizá por el fuerte viento que las nubes se ven tan preciosas? En un rincón del jardín han florecido cuatro rosas: una amarilla, dos blancas, una rosada. Mientras me dedico a contemplarlas siento que los humanos poseemos cualidades realmente buenas, eso pienso. Hemos sido los humanos quienes hemos percibido la belleza de las flores. También, los que aman las flores son los humanos.

A la hora del almuerzo se cuentan siempre historias de fantasmas. Cuando Yasubee nos contó uno de los siete misterios de la Escuela Número Uno, el titulado “La puerta que no se podía abrir”, todas acabamos gritando como locas. Se trata de un cuento donde no aparecen espectros, más bien se abordan cuestiones psicológicas, pero el manejo eficaz de ese recurso lo hace muy atractivo. Como había gritado tanto, aunque acababa de comer, sentí de nuevo hambre. Le pedí a la señora “Pan de judías” que me diera un caramelo. Luego volví a concentrarme por un buen rato en las historias de terror. Los cuentos de fantasmas generan siempre una gran curiosidad. ¿Será una especie de sublimación, un estímulo para la mente? Y aunque no lo fuera, la historia del político Fusanosuke Buhara me parece de lo más incitante y divertida.

En la clase de arte de la tarde, salimos todas al patio. Nos dedicamos a tomar lecciones de dibujo. ¿Por qué el profesor Itō me pone en aprietos sin ninguna razón? Hoy me dijo que fuera su modelo para uno de sus dibujos. El viejo paraguas que traje esta mañana tuvo una gran acogida en la clase. Como todas andaban alborotadas con el dichoso paraguas, el profesor Itō se enteró y me pidió que posara con él al lado de los rosales en la esquina del patio. Dijo que mandaría su dibujo a competir en una exposición. Acepté ser su modelo sólo por treinta minutos. Me siento satisfecha cuando sirvo de ayuda a las personas. Sin embargo, me fastidia estar frente al profesor Itō, a solas con él, quiero decir. Su conversación es bochornosa y llena de argumentos desatinados, no sé si es porque piensa demasiado en mí, pero cuando está dibujando no habla de otra cosa. Es una lata, hasta me da flojera contestarle. No es capaz de expresarse correctamente. Está siempre riendo y a pesar de que es todo un profesor a menudo se muestra como una persona muy tímida. Hay algo en él que no es nada

claro, que me da ganas de vomitar. “Al verla me acuerdo de mi hermana muerta”, dice. De verdad no lo soporto. Tal vez sea una buena persona, pero gesticula demasiado cuando habla.

A propósito de gestos, yo tampoco me quedó atrás, dispongo de muchos. Son pícaros e intento sacar provecho de ellos. Lo digo en serio, soy demasiado presumida, y esa actitud me trae problemas. “He abusado de mis imposturas, soy un monstruo mentiroso presa de mis poses”. Eso he dicho, pero se trata también de una pose, quizá por esa razón no puedo moverme. Aunque permanezca tranquila haciendo de modelo para el profesor, ruego con todo mi corazón: “Quisiera ser natural, ser más sincera”. ¡Debería dejar de leer libros! Renunciar a esa sarta de ideas abstractas, a esa forma tan pedante de presumir, que no es más que la exhibición de un montón de cosas sin sentido. Desdén, todo es pura indiferencia. Aunque no tenga un objetivo en mi vida, debería ser más optimista, más constructiva. Me preocupa vivir en la contradicción, pero me digo a mí misma: lo tuyo no es más que sentimentalismo. Te halagas a ti misma, eres tolerante con tu manera de ser. Piensas que eres una persona muy valiosa. Ah, el dibujo del profesor no será elegido para la exposición, me ha utilizado como modelo, a mí que soy una persona con el alma sucia. Seguro que ese dibujo no es nada bello. Aunque no sea tan malo, sigo viendo al profesor Itō como un tonto redomado. El idiota no sabe siquiera que en mis prendas íntimas hay bordada una bella rosa.

Permanecer callada, en la misma posición, me ha generado el deseo irracional de poseer dinero. Diez yenes serían más que suficiente. El libro que más quiero leer es *Madame Curie*. También pienso de pronto que mi madre debería vivir muchos años. Ser la modelo del profesor me genera mucha angustia. He quedado hecha polvo.

Al terminar las clases, voy a escondidas con Kinko, la muchacha del templo budista, a que nos peinen en “Hollywood”. Al ver cómo ha resultado mi peinado, me deprimo pues no era así como lo quería. No importa como lo mire, no soy nada bonita. Llegué a sentirme miserable. Mi depresión se agudizó. Me arrepiento de haber venido a este lugar para que me peinaran, me siento como una sucia gallina. Pienso que la decisión de venir fue una manera de menospreciarnos. La “señorita templo” está muy emocionada…

—Ahora mismo me entrevistaría con alguien y me casaría —dijo esa tontería, y enseguida alguna idea se le metió en la cabeza y comenzó a alucinar, pensaba que realmente estaba en una entrevista matrimonial.

Preguntó con convicción:

—¿Qué color de flor debería ponerme con este peinado?

¿Qué tipo de *obi* debería usar con el kimono?

En serio, es una persona cándida que no piensa en nada.

—¿Con quién te vas a entrevistar? —pregunté riéndome.

—Con el chico de la tienda de pasteles de arroz —me contestó presumiendo, como si hablara en serio. Sorprendida, le pregunté por qué había dicho eso. Me dijo que el mejor esposo para la hija de un sacerdote budista era un tipo como aquél, pues así ella podría asegurarse de comer toda su vida. Yo no salía de mi asombro. Kinko carece de personalidad, pero es una chica muy femenina. En las clases se sienta a mi lado, pero eso no significa que se haya convertido en mi amiga. Sin embargo, la "señorita templo" jura que soy su mejor amiga, y se lo cuenta a todas. Es una chica ingenua. Cada dos días me escribe una carta, se preocupa por mí, estoy agradecida por esos detalles, pero hoy estaba en extremo perturbada, la verdad fue que me dieron náuseas. Me despedí de la "señorita templo" y subí al autobús. No sé, no sé, pero de nuevo me invade la depresión. Dentro del autobús observo a una mujer desagradable. Lleva puesto un kimono con el cuello sucio, y su cabello rojizo sujeto con una peineta es un desastre. También sus manos y sus pies se ven sucios. Y está quemada por el sol, tiene cara de andar enojada, y no se podría afirmar con certeza si es hombre o mujer. Y… Ah, me hace sentir molesta. Su barriga se ve como inflada. ¡Qué fea! A veces se ríe sola. ¡Gallina! Soy igual que ella, en nada me diferencio de ella. Voy en secreto hasta "Hollywood" para que me peinen.

Me hace recordar a la señora que estaba a mi lado en el tren esta mañana, la que se maquillaba en exceso. Ah, ¡qué sucio! ¡Qué sucio! Odio ser mujer. Como soy mujer sé muy bien lo que es la suciedad femenina. Es tan horrible como cuando alguien hace crujir los dientes. Es como si ese aroma a humedad de los peces japoneses impregnara tu cuerpo, y aunque te laves y te laves no se te quita, y así todo el día estás exudando ese olor, ese olor a hembra. Mientras pienso de esta manera me acuerdo de otras cosas, y es por eso que siempre he querido morir joven. De pronto me dan ganas de enfermar, de que me ataque una dolencia terrible que me haga sudar a chorros hasta quedar en el puro hueso. Así, quizá, lograría purificarme por completo. Mientras siga viva no podré escapar a mi destino. Creo que he logrado comprender el verdadero significado de la religión.

Al bajar del autobús siento un poco de alivio. Parece que los transportes no me hacen bien. En su interior el aire es caliente y húmedo, no lo soporto. A nivel del suelo me siento mejor. Cuando camino, el contacto con la tierra me reconcilia conmigo misma. Parece que soy un poco atolondrada. Soy como una libélula que vuela de aquí para allá sin ninguna preocupación. Mejor regreso, pero qué será lo que veré a la vuelta. "Veré las cebollas de los huertos / me regresaré porque croan las ranas", comienzo a cantar en voz baja. "¡Qué niña

tan ociosa!" digo entre dientes. Me irritan estos hierbajos que sólo saben crecer y crecer. Debería convertirme en una chica de provecho, pienso en silencio.

Como estoy acostumbrada a ver a diario el camino vecinal que me lleva a casa, ya no le encuentro mucha gracia. Aquí simplemente hay árboles, caminos y huertos. Hoy voy a simular que soy una extranjera que ha venido por primera vez a este vecindario. Soy la hija de un vendedor de sandalias de las inmediaciones de Kanda y ésta es la primera vez en mi vida que piso una tierra extraña. Entonces, ¿cómo vería yo este barrio? Pensaría probablemente que es maravilloso, o que da lástima. Pongo cara seria y miro adrede a todas partes exagerando mis movimientos. Cuando pase por el camino bordeado de árboles, levantaré la vista para contemplar las verdes ramas. En voz baja exclamaré: "¡Vaya, vaya!", y cuando pase por el puente me detendré para observar el riachuelo, que reflejará mi rostro en su limpia superficie. "Guau-guau", imitaré los ladridos de un perro. Cuando vea los huertos lejanos, entrecerraré los ojos como si estuviera fascinada por aquella visión y murmuraré: "qué bien, magnífico", y luego suspiraré. Más tarde descansaré un rato en el santuario shintoísta. Como el bosque del santuario es oscuro, me levantaré de pronto y encogiendo los hombros gritaré: "Uy, qué miedo". Atravesaré el bosque a toda prisa y al ver las luces allá afuera fingiré que estoy muy sorprendida. Mientras camino absorta por estas veredas vecinales, por la razón que sea me invade la soledad. Finalmente, me sentaré a orillas del camino. Sentada aquí, sobre la hierba, todo aquel sentimiento de excitación que había imaginado se enfría y desaparece, se extingue por completo como el ruido de las cosas al caer. De inmediato vuelvo a estar seria. Y bajo el silencio que colma el ambiente me tranquilizo y pienso en el sentido de mis últimas acciones. ¿Por qué durante estos días me he estado comportando tan mal? ¿De dónde proviene la angustia que me embarga? Ando siempre temerosa de algo. Hace poco alguien me dijo:

—Te estas volviendo cada vez más vulgar.

A lo mejor tenía razón. Es cierto que no estoy bien. Me he transformado en una tonta sin remedio. No, no debo ser así. Soy débil, muy débil. Estuve a punto de lanzar un alarido. ¡Qué hago! No debo esconder mi cobardía tras esos gritos. Tengo que hacer algo. A lo mejor estoy enamorada. Me acuesto de espalda sobre la verde grama de la pradera.

—Papá —intento llamarlo—. ¡Papá, papá!

El cielo del atardecer es hermoso. Las nubes, color de rosa. La luz del atardecer impregna las nubes, las tiñe con ese delicado y suave color rosado. Las nubes se deslizan con lentitud, se esconden entre las ramas de los árboles, avanzan por los senderos, envuelven la pradera,

ciñen mi cuerpo con suavidad. La pálida luz alumbra tenuemente cada uno de mis cabellos, se posa como una dúctil caricia sobre mi piel. Más allá de todo eso, este cielo es de una belleza colosal. Por primera vez en mi vida quisiera inclinarme y hacer una profunda reverencia delante de este cielo. Ahora tengo motivos suficientes para creer en Dios. ¿De qué color será el tono de este cielo? ¿Rosa? ¿Fuego? ¿Arco iris? ¿Alas de ángel? ¿Gran catedral? No, no es así. Es mucho más, es divino.

—Quiero amar a todos —pensé que se me saldría una lágrima. Mientras contemplo fijamente el cielo, éste va cambiando poco a poco. Con lentitud se va tornando azuloso. Ah, suspiro, me dan ganas de desnudarme. Nunca había visto que los árboles y la hierba fueran así de trasparentes. Alargo la mano y rozo con delicadeza la hierba.

Quisiera vivir bellamente.

Al regresar a casa descubro que tenemos visita. Mi madre ya está de vuelta. Como siempre, se escuchan risas ruidosas. Cuando estoy a solas con mamá, ella no hace ningún tipo de ruido al reír. Sin embargo, cuando habla con las visitas, aunque su rostro permanezca serio, su risa se deja escuchar a un volumen demasiado alto. Saludo y sin pausa alguna sigo hasta la parte trasera de la casa y me lavo las manos con agua del pozo. Me quito los calcetines y cuando me dispongo a lavarme los pies aparece el pescadero: “Servida, señorita, gracias por continuar comprando nuestros productos”. Así habló al tiempo que dejaba un gran pescado cerca del pozo. No sé qué clase de pescado será, pero por lo fino de sus escamas parece que lo traen de Hokkaido. Coloqué el pescado en un plato y me lavé de nuevo las manos, sentí que olían como el verano de Hokkaido. Se me vinieron a la mente las vacaciones del verano de hace dos años, cuando visité la casa de mi hermana mayor, que vive por allí. La casa de Tomakomai está cerca de la costa y por eso siempre había olor a pescado. Me imagino a mi hermana en la amplia cocina de aquella casa, al atardecer, preparando con habilidad el pescado con sus blancas y delicadas manos. Por aquellos días, no sé por qué, quería que ella me mimara, y me acercaba con frecuencia, pero como hacía poco que había nacido Toshi, su pequeño hijo, cuando pensaba que mi hermana no me pertenecía, un fuerte viento soplaba apartándome de ambos, y aunque quería de verdad a Toshi no podía abrazar su delgado cuerpecito y me sentía muy sola, hasta el punto de querer morir. Me quedaba de pie en la esquina de aquella sombría cocina observando el movimiento de los cálidos y blancos dedos de mi hermana, y pensaba que de un momento a otro me iba a desmayar. De nuevo esos recuerdos han venido a mí. Todo lo pasado produce nostalgia. Los lazos de familia son realmente extraños. Si se tratara de personas ajenas, sin ningún vínculo con nosotros, a medida que nos alejamos

nos iríamos olvidando de ellas, pero en el caso de nuestros familiares recordaremos siempre sus cualidades más encomiables y sentiremos por ellos una profunda añoranza.

Las bayas que crecen cerca del pozo se han puesto un poco rojizas. En dos semanas podremos comérnoslas. El año pasado estuvieron deliciosas. Recuerdo la tarde cuando me las estaba comiendo y Japi se quedó mirándome en silencio. Sentí lástima por el pobre perro y le di una. Se la comió enseguida. Le di otra y se la zampó igual. Como aquello me estaba resultando la mar de divertido sacudí el árbol y comenzaron a caer bayas a montones y Japi se precipitó sobre ellas como enloquecido. ¡Qué idiota! Era la primera vez que veía un perro comiendo bayas. Me dio un ataque de risa. Y ahora que me acuerdo añoro a ese perro.

—¡Japi, Japi! —lo llamé.

Al instante acudió corriendo desde la entrada. Al verlo llegar se me antojó de pronto como la cosa más tierna de este mundo. Lo agarré por la cola con cierta violencia y Japi me mordió la mano con suavidad. Sentí que se me salían las lágrimas. Entonces lo golpeé en la cabeza y ni siquiera se dio por enterado. Sin dejar de agitarse por la emoción se precipitó a beber agua del pozo haciendo ruido.

Al entrar al cuarto me doy cuenta de que la bombilla está prendida tenuemente. Reina el silencio. Mi padre no está. En efecto, si no está mi padre siento que hay un espacio vacío dentro de la casa, algo que me hace estremecer. Me cambio de ropa, me pongo un kimono, beso la rosa bordada en mis prendas interiores y las hago a un lado. Justo cuando me estoy sentando frente al espejo llega desde el salón de las visitas la fuerte risa de mi madre. Como resuena de improviso, me molesta. No me importa verla reír cuando estamos solas, pero por alguna extraña razón cuando vienen visitas se olvida de mí, se vuelve fría. En esos momentos es cuando más extraño a mi padre y me siento triste.

Al observarme en el espejo, me doy cuenta de que mi rostro muestra una vitalidad mayor de la que pensaba. El rostro es como un ser ajeno. Sin importar mi tristeza o sufrimiento, lleva una existencia libre e independiente. Hoy no me he pintado los labios, pero lucen de un rojo encendido, brillantes y muy bonitos. Me quito los lentes e intento sonreír un poco. Mis ojos se ven muy bien. Puros, negros y azulosos. A lo mejor como estuve contemplando por un buen rato el bello atardecer, se volvieron así de hermosos. Tengo suerte.

Voy hacia la cocina con una leve sensación de felicidad, pero cuando me veo lavando el arroz me invade de nuevo la tristeza. Siento nostalgia por la casa de Koganei, de la que ya he hablado antes. La extraño tanto que el pecho me arde con intensidad. En aquella preciosa casa estaban mi padre y mi hermana. Mi madre también era

joven. Cuando regresaba de la escuela, encontraba siempre a mamá y a mi hermana conversando felices en la cocina, o en la sala. Me recibían con unos ricos bocadillos y me dejaba consentir por ellas. Me peleaba con mi hermana y, como de costumbre, era a mí a quien regañaban. Entonces salía corriendo lejos, muy lejos, pedaleando en mi bicicleta. Regresaba por la tarde a la hora de la cena. Realmente todo era muy divertido. No me preocupaba por mí, no me veía a mí misma como una persona sucia, simplemente era una niña mimada. Disfrutaba de grandes privilegios. Sin molestarme por nada, sin ningún sufrimiento, ajena a la soledad. Mi padre era un señor muy respetado y asumía su paternidad con entera responsabilidad. Mi hermana mayor era dulce y bondadosa, y yo me apoyaba en ella de forma natural. Sin embargo, a medida que crecía comencé a sentir asco de mí misma, mis privilegios desaparecieron en un santiamén, y me vi de pronto sin ninguna protección. Era horrible, espantoso. Ya no permití que me siguieran mimando y me pasaba todo el tiempo pensando. Mi hermana se casó y mi padre ya no estaba. Me quedé sola con mi madre. Estoy segura de que ella también se siente desamparada como yo. El otro día me dijo:

—Sabes, he perdido las ganas de vivir. Aunque te tenga a ti, no me siento alegre. Por favor, perdóname. Si tu padre ya no está con nosotras, la felicidad se ha alejado definitivamente de esta casa.

Cuando salen los mosquitos pienso en mi padre, mientras estoy zurciendo la ropa pienso en él, si me estoy cortando las uñas lo recuerdo, si el té me parece rico me acuerdo de mi padre. Aunque intente consolar a mamá y siga el hilo de sus conversaciones, no puedo ser para ella como mi papá. No puedo ocupar su lugar. El amor marital es el más fuerte e intenso de los amores, estoy segura de que tiene más valor que el amor entre otros miembros de la familia. Me ruborizo al pensar en esas cosas de manera superficial e imprudente. Peino mi cabello con la mano mojada. Mientras lavaba el arroz, sentí de súbito que mi madre es una persona llena de ternura y me compadecí de su existencia infeliz. Desde el fondo de mi alma consideré la necesidad de ocuparme de ella, de cuidarla con esmero. Me solté el cabello, escaso y ondulado, y pensé que tengo que dejármelo crecer. Desde hace tiempo a mamá le molesta mi cabello corto, me lo voy a dejar crecer bien largo. Si me hago un hermoso peinado y se lo muestro, estoy segura de que se sentirá feliz. Sin embargo, no quisiera hacer una cosa así sólo para consolarla. Sería desagradable. Ahora que lo pienso mejor, mi histeria de los últimos días debe de tener su origen en la relación con mamá. Quiero ser una hija apegada a los sentimientos de mi madre, pero no deseo que parezca tan evidente. No pienso complacerla hasta ese punto. No se lo manifiesto con palabras, pero si fuera capaz de conocer mis

sentimientos hacia ella se quedaría tranquila, y quizá eso sería lo mejor. Aunque en cierto momento se me salga alguna de mis malcriadeces, nunca haría algo que me convirtiera en el hazmerreír de la gente. Pese a que me resulta muy difícil y me siento totalmente sola, intento proteger mi integridad. Y como sé que soy capaz de amar, amo a mi madre y a esta casa. Y si mi madre llegara a saberlo, confiaría en mí y entonces viviría tranquila, y eso me bastaría. Estoy segura de que llegaré a ser una persona útil. Lo intentaré con todas las fuerzas de mi cuerpo, hasta quedar exhausta si fuera necesario. Esa será mi mayor felicidad. Sé cuál es el camino que debo tomar en mi vida, lo sé, pero mi madre no me tiene ni pizca de confianza, me sigue tratando como si todavía fuera una niña. Si digo una cosa infantil, se pone feliz. Hace poco hice una tontería, saqué adrede el ukelele y me puse a tocarlo como una loca, y ella no pudo disimular su enorme alegría.

—Oye, ¿estará lloviendo? Escucho el golpear de las gotas —se hizo la tonta y comenzó a burlarse de mí, pensaba que realmente estaba concentrada en el ukulele, y me dio tanta vergüenza que quería llorar. Mamá, ya soy adulta. Conozco las normas que rigen la sociedad. Por favor, téngame confianza y pregúnteme lo que quiera. Dígame cuál es la situación económica de nuestro hogar. Si me confiesa que estamos mal, entonces no le estaría rogando que me comprara un par de zapatos. Sería más cuidadosa con el dinero, de verdad muy cuidadosa y actuaría con moderación. Por favor, créame, es la verdad. A pesar de eso, ah… Me acordé de una canción llamada así: *A pesar de eso*, y me dio por reír sola. De pronto caí en la cuenta de que me había quedado como una tonta, sosteniendo con mis manos la olla del arroz. Parezco idiota, pensando estupideces.

¿Qué hago? ¿Qué estoy haciendo? Tenemos que servirles cuanto antes la cena a los invitados. ¿Qué será lo que voy a preparar con este pescado tan grande? Por ahora, lo corto en tres trozos y lo pongo a marinar en la salsa de soja. Estoy segurísima de que de esta manera va a quedar muy rico. Cuando se cocina hay que dejarse llevar por el instinto. Como quedan pepinos, los aliño con los tres condimentos básicos: soja, vinagre y *mirin*. Y preparo mi especialidad: la tortilla. Necesitamos algo más. Ah, ya. Voy a preparar un platillo rococó. Se trata de un invento mío. En cada uno de los platos se pone jamón, huevo, perejil italiano, col, espinacas, todo lo que haya sobrado, y se corta en pequeños trozos. La idea es que resalte el colorido, que los ingredientes combinen de forma hermosa, y luego se hace un bonito arreglo. No es necesario realizar un gran esfuerzo, resulta económico y aunque no sea una delicia, al ponerlo sobre la mesa se ve atrayente y sugestivo, como si estuviéramos delante de un lujoso banquete. Sobre el amarillo del huevo se coloca el perejil verde, a su lado asoma el

rojo vivo del jamón, y las hojas amarillas de la col, parecidas a los pétalos de una peonía, se ordenan como si fuera un abanico de plumas de pájaro. La verde espinaca semeja un campo sembrado de hierba o la superficie rizada de un lago. Si se sirven estos platos, dos o tres bien arreglados, los invitados se quedan boquiabiertos, y a mí me traen recuerdos de la corte de los Luises de Francia. ¡Qué estoy diciendo! Exagero, pero como no puedo preparar un banquete, al menos aunque sea en pequeña escala puedo embellecer lo que hago, adornarlo con algunos trucos para deslumbrar a las visitas. En la cocina, lo más importante es la apariencia. Normalmente, logro engañar así a los comensales. En los platillos rococó lo más importante es el sentido artístico. Hay que ser muy sensible, por encima de las personas comunes, para saber elegir y organizar los colores. Es necesario al menos poseer una delicadeza como la mía. El otro día busqué la palabra "Rococó" en la enciclopedia y ahí aparece definida como el estilo de vestimenta ostentosa pero sin contenido alguno. Me dio risa. Es una definición muy apropiada. No puede haber contenido en la belleza. La pura belleza carece de sentido, y de moral. Eso ya está establecido, hace tiempo. Por eso a mí me gusta lo rococó.

Siempre que estoy cocinando me invade de repente el desaliento. Me canso hasta el punto de sentir que voy a desfallecer, y, por supuesto, acabo deprimiéndome. El esfuerzo que hago para mantenerme en pie colma mi paciencia. Nada me importa. Y al final me digo que debería mandar todo al mismísimo diablo. Quisiera destruir el sistema que rige nuestro comportamiento, volverlo añicos, lanzarlo por la borda, hacerlo desaparecer. Y así con cara de malhumor sirvo la comida a las visitas.

Para variar, los invitados de hoy me producen un profundo malestar. Son los Imaida, la familia que vive en Omori. El matrimonio y el niño de siete años, Yoshio. El señor Imaida anda por los cuarenta, pero es pálido como un chico guapo, ¡qué desagradable! ¿Por qué fuma Shikisima, esa marca de cigarrillos con filtro? Si el cigarrillo no está cortado por ambas puntas me resulta asqueroso. Son mejores los que tienen cortados los dos extremos. Sólo con ver a una persona fumando Shikisima comenzamos a dudar de su personalidad. El señor Imaida lanza el humo hacia el techo al tiempo que dice: "Vaya, vaya, ja, ja, por supuesto". Parece que ahora es profesor en una escuela nocturna. Su mujer es pequeña y vulgar, y anda siempre temerosa, con rostro de comadreja. Aunque se esté hablando de la cosa más aburrida, se retuerce a carcajadas pegando la frente al tatami. Como si hubiera algo divertido en este mundo. Se equivoca al pensar que es de personas finas el hecho de carcajearse de esa manera tan exagerada. En la sociedad actual, ¿acaso no son esta clase de personas sus peores representantes? Son los más bajos. Se les llama pequeño burgueses

¿no?, o burócratas mezquinos. El niño muestra su precocidad, y se me antoja deshonesto y falto de energía. Pero aunque piense de esta manera, me contengo y reprimo mis sentimientos, me porto como una chica simpática, los adulo, les hablo, le digo al niño Yoshio lo tierno que me parece, le acaricio su fea cabecita. Como sé que estoy mintiendo y fingiendo lo que no soy, creo que la familia Imaida es más pura y honesta que yo. Todos comen el platillo rococó y elogian mis cualidades como cocinera, me siento triste, me da rabia, quisiera llorar, pero me esfuerzo por mostrar mi cara más feliz. Finalmente, me siento a la mesa y ceno con ellos, pero la señora Imaida se obstina en continuar ponderando mis dotes de cocinera. Y esa fue la gota que derramó el vaso: me puse furiosa y me dije a mí misma que ya no había ningún motivo para seguir mintiendo.

—Esta comida no es deliciosa. No es gran cosa. Es el platillo que preparo cuando no se me ocurre nada —dije la verdad, sin agregar ni quitar una palabra, pero entonces los Imaida celebraron mi afirmación como si se tratara de un hecho relevante: “Es genial eso del platillo de último momento”. Aplaudieron y comenzaron a reír. Me dio rabia, pensé en arrojar los palitos y la taza del arroz, gritar a voz en cuello, pero me contuve, mostré una sonrisa de circunstancias, y hasta mi mamá intervino para decir:

—Esta niña se está volviendo más útil cada día —conoces muy bien mis sentimientos de tristeza. Para quedar bien con los Imaida dijiste esa cosa tan estúpida y además sonreíste. No tenías que haber hecho una cosa así sólo por complacerlos. Cuando atiende las visitas, mamá no es mi verdadera madre. Simplemente es una mujer débil. Desde que mi padre no está, se ha convertido en una persona servil. Me sentí decepcionada y nada pude decir. Por favor, váyanse. Váyanse de una vez. Fuera de aquí. Mi padre fue una persona respetable. Bueno, tenía un carácter formidable. Si lo que quieren es burlarse porque papá no está, váyanse ahora mismo, por favor. Quería decirle todo eso a los Imaida, pero en verdad soy débil y cobarde. Corto el jamón para Yoshio, y le sirvo las verduras en escabeche a la señora.

Después de cenar, corro a refugiarme a la cocina, lavo los platos y los voy poniendo en su lugar. Quiero estar sola lo antes posible. No es que yo sea una engreída y presumida, pero consideré que no era necesario seguir disimulando delante de aquellas personas ni acompañarlas en sus risas. ¿Por qué tenía que demostrarles mis buenos modales, por qué habría de halagarlas? Estoy harta. Ya no aguanto más. Lo único que hago es intentar cumplir con las normas. Incluso mi madre parecía muy feliz por mi control, y también por mi amabilidad. ¿Habrá sido suficiente? Tengo que aprender cuándo debo atenerme a las relaciones sociales o demostrar mi verdadero yo. O bien, aunque la gente me diga cosas desagradables, no debo perder mi

personalidad y andar por ahí al borde del colapso. No sé qué hacer. Siento envidia por aquellas personas que siendo tan débiles, amables y bondadosas como yo logran vivir sin pena alguna. Ah, el sufrimiento, si pudiera vivir todo el tiempo sin sufrimiento, mi vida sería mucho mejor. Eso sí valdría la pena.

Sería muy bueno matar nuestros sentimientos y dedicarnos a servir a los demás, nadie puede negarlo, pero pensar que de ahora en adelante, a diario, debo mostrar mi falsa risa delante de personas como los Imaida, si tengo la necesidad de congeniar con ellos lo más probable es que me vuelva loca. De pronto se me ocurre algo muy divertido: yo no soportaría ir a la cárcel. ¿Qué cárcel? Ni siquiera podría ser una sirvienta. Tampoco una señora. No. Ser una señora es algo muy distinto. Si me hago a la idea de que debo servir a un hombre durante toda mi vida, aunque tenga que sufrir y trabajar como una condenada, sentiré una gran satisfacción por llevar una existencia semejante y aún me quedarán esperanzas, sé que podré hacerlo bien. Es un asunto obvio. Trabajaré desde la mañana hasta la noche como esos ratones que dan vueltas sin cesar en una rueda. Lavaré la ropa sin descanso. No hay nada más desagradable que la mugre. Me pongo histérica, con los nervios de punta, y ya nada me puede calmar. Desfallezco, siento que voy a morir. Cuando lavo la ropa sucia, cuando ya no queda una sola prenda sin lavar, las cuelgo en el tendedero y pienso con alegría que, cumplida esta tarea, ya podría morirme tranquila.

Los Imaida se van, al fin. Parece que tienen algo que hacer. Se van y se llevan a mamá. Ella los sigue con resignación, como si nada. Eso en sí no es ningún problema, pero me molesta que siempre quieran aprovecharse de ella. Me irrita sobremanera su descaro y siento deseos de golpearlos. Los acompaño hasta la puerta. Me quedo como una idiota viendo el atardecer que se cierne sobre el camino y me dan ganas de llorar.

Reviso el buzón y encuentro el diario vespertino y dos cartas. Una, de Matsuzakaya, para mamá: publicidad sobre las promociones de verano. La otra es para mí. La envía mi primo Junji: “Me van a trasladar al regimiento de Maebashi. Saludos a vuestra madre”. Es una carta breve e informativa. No creo que un oficial lleve una vida maravillosa, pero siento envidia de que día a día esté sometido a reglas muy estrictas que no le permiten perder tiempo. Como debe estar siempre impecable, pienso que también sus sentimientos serán claros y limpios, y que ninguna preocupación lo mortificará. No tiene que hacer nada, que no es mi caso, pues quiero hacerlo todo de una vez. No importa cuán torpe y descuidado sea, ya que siempre adoptará la postura correcta. Además, si quisiera estudiar, dispone de un montón de horas para hacerlo. Aun siendo poco ambicioso, se le

concederá cualquier deseo. En lo que a mí respecta, si me exigieran esforzarme hasta un punto determinado, no sabrían lo aliviada que me sentiría. Sería mejor que me presionaran con fuerza. El único deseo de los soldados que están en el frente es dormir bien. No sé en qué libro lo leí, pero aunque siento pena por los sufrimientos de esos pobres soldados, al mismo tiempo los envidio. ¡Qué digo! Logran apartarse de un camino espinoso y lleno de dificultades, de las ideas que no tienen pies ni cabeza. Y en el lugar en que ahora se encuentran sólo quieren dormir y dormir. Es algo tan sencillo y natural que incluso yo misma siento un gran alivio al pensar en ello. Si tuviera la ocasión de experimentar la vida militar, si me adiestrara en esos asuntos, es posible que poco a poco me convirtiera en una chica correcta e incluso bella. De hecho, aunque no tengan ese tipo de experiencia, hay personas obedientes, como Shin. Cada vez me doy más cuenta de que soy una mujer mala. Una chica mala. Shin es el hermano menor de Junji y aunque tiene mi misma edad no entiendo por qué es un chico tan bueno. De mi familia, qué digo, del mundo entero, la persona que más me agrada es Shin. Es ciego. Tan joven y perdió la vista, ¡qué calamidad! En esta tranquila noche, allá en su aposento, qué solo se sentirá. Si nos sentimos solos, leemos un libro o contemplamos el paisaje, despejamos nuestra mente con cosas como ésas, pero Shin no puede hacer lo mismo. Simplemente permanece en silencio. Antes de perder la visión, Shin se esforzaba más que nadie, estudiaba con empeño, era hábil en el tenis y la natación. ¿Cómo será ahora su sufrimiento y su desolación? No me lo quiero ni imaginar. Anoche estuve pensando de nuevo en Shin, me metí en la cama e intenté permanecer con los ojos cerrados durante cinco minutos. Cinco minutos pueden ser muy largos si una está en la cama con los ojos cerrados. Siento una rara presión en el pecho, pero esa sensación no se puede comparar con lo que experimenta Shin. Él no ve por la mañana ni por la tarde ni por la noche. Pasa días y meses enteros sin poder ver. Si tan solo manifestara su inconformidad, si armara algún berrinche, si dijera algo que nos sorprendiera, me sentiría muy feliz, pero Shin no dice nada. Nunca lo he oído protestar, nunca habla mal de nadie. Al contrario, cuando habla lo hace con frases alegres y siempre muestra su rostro de chico cándido, inocente. Ese tipo de conducta es la causa de que algo se trastorne dentro de mí.

Mientras pienso en estas cosas, limpio el cuarto y luego enciendo la estufa de la bañera. Me ocupo de que prenda bien, me siento sobre un cajón, y a la luz tenue del carbón que se va consumiendo termino la tarea de la escuela. Pero como la bañera no logra calentarse lo suficiente, vuelvo a releer *Las graciosas historias de Bokutō*. Las anécdotas que aparecen en este libro no son necesariamente desagradables ni sucias. Sin embargo, detecto en algunos puntos una

postura presuntuosa por parte de su autor. Lo que me resulta del todo anticuado y hace que el texto pierda autoridad. ¿Será porque lo escribió un anciano? Sin embargo, los autores extranjeros, no importa lo viejos que sean, se muestran audaces y amables, se nota que aman lo que hacen. Y cuando los leemos, no hallamos en sus escritos nada que nos cause desagrado. De cualquier manera, esta obra puede catalogarse como una de las más notables de la literatura de japonesa. No ofrece muchas falsedades, se puede respirar en ella una silenciosa resignación que le aporta una considerable dosis de frescura. De las obras de este autor, ésta es la más madura, me gusta. Siento que el escritor es una persona con un gran sentido de la responsabilidad. Al comienzo buscaba apegarse a la moralidad japonesa, y al contrario de lo que se pudiera pensar esa actitud hacía que su obra fuera rechazada, y a mí en particular me producía una fuerte desazón. Se trataba de una táctica pretenciosa y soberbia, propia de las personas que poseen una convicción profunda. Se ponen adrede una máscara de diablo y eso, lejos de favorecer la obra, la debilita. No obstante, en *Las graciosas historias de Bokutō* hay soledad y al mismo tiempo una fuerza inamovible. Y a mí me gusta.

La bañera ya ha terminado de calentarse. Enciendo la bombilla, me quito el kimono, abro de par en par la ventana y me deslizo con delicadeza en el agua caliente. Me quedo contemplando a través de la ventana las hojas verdes del árbol de coral y observo cómo cada una de esas hojas es iluminada por la luz de la bombilla. Todas brillan con un fuerte fulgor. Allá en el cielo las estrellas resplandecen. Las observo una y otra vez, y al tiempo que me extasío en su visión me pongo de lado evitando que mi cuerpo blanco se pueda ver claramente desde el exterior, y aun así es probable que se logre distinguir de forma tenue. Permanezco en silencio y pienso que la blancura de mi piel es diferente a la que tenía cuando era una niña. Es inestable. Mi cuerpo se desarrolla ajeno a mis sentimientos, y ese fenómeno me genera muchas dudas. Me entristece saber que nada puedo hacer por evitar el hecho de que me estoy convirtiendo velozmente en una mujer. ¿Será que no tengo otra alternativa que entregarme a mi destino y quedarme quieta mientras veo esa inevitable transformación? Quisiera conservar mi cuerpo de muñeca para siempre. Revuelvo el agua caliente, y aunque actúe como una niña no puedo evitar la embestida de la depresión. Comienzo a sentir que de verdad no tengo ningún motivo para seguir viviendo, y ese sentimiento me atormenta.

—¡Hermanita, hermanita! —es la voz de una niña de la casa vecina, al borde del llanto, que se me clava en el pecho como un puñal. Aunque no me está llamando a mí, siento envidia por esa "hermanita" a la que implora casi llorando. Si tuviera un hermano menor que se dejara consentir, probablemente no me vería obligada a

sobrellevar día a día esta miserable existencia. Tendría un estímulo suficiente para seguir viviendo, estaría dispuesta a jugarme la vida por aquel hermano. Aunque fuera un asunto grave de verdad, lo podría aguantar. Me parece que me estoy presionando demasiado, pobre de mí.

Salgo de la bañera, no sé por qué esta noche se ha despertado mi curiosidad por las estrellas, y me dirijo al jardín. Parece como si llovieran estrellas. Ah, ya se acerca el verano. Por todas partes se escucha el croar de las ranas. El trigo se mueve con un ruido delicioso. No importa cuánto me quede contemplando el cielo, las estrellas no cesan de brillar. El año pasado. No, el antepasado. Yo insistía en querer salir de paseo, y mi padre, aunque estaba enfermo, me acompañó. Papá se veía siempre joven. Me enseñó el significado de aquella balada alemana: “Tú hasta los cien, yo hasta los noventa y nueve”. Me contaba historias sobre las estrellas, improvisaba poemas, caminaba apoyado en su bastón, escupiendo y guiñándome un ojo. Qué generoso era mi señor padre. Recuerdo con nitidez cómo aquella noche se quedó en silencio observando el cielo estrellado. Desde entonces ha pasado un año, o dos, y en ese lapso me he convertido en una chica mala. He comenzado a guardar secretos que no me atrevería a confesárselos a nadie.

Regreso a mi habitación, tomo asiento frente al escritorio, sostengo mi mejilla con mi mano y observo la flor de lirio puesta sobre la mesa. Exhala un rico aroma. Percibir aquel olor, aunque esté sola y aburrida como ahora, me libra de cualquier idea vergonzosa. El lirio lo compré en la floristería ayer por la tarde cuando regresaba de la estación. Desde entonces mi cuarto parece otro, agradable y seductor. Cuando abro las puertas corredizas percibo el embriagador aroma del lirio, y la sensación de frescura no tiene comparación. Ahora que lo pienso mejor, puedo afirmar que supera con creces los tesoros del rey Salomón, estoy convencida de ello. De pronto se me vienen a la mente imágenes del verano pasado cuando fuimos a Yamagata. Mientras subíamos la montaña vi con estupor y sorpresa que en los taludes habían florecido muchos lirios y me quedé como alelada. Pero resultaba muy difícil trepar por aquellos empinados riscos, y consciente de semejante dificultad, no importa lo cautivada que estuviera, no me quedaba otra alternativa que limitarme a una muda contemplación. En ese momento caí en la cuenta de que a mi lado había un minero desconocido para mí, que sin decir palabra escaló el risco con agilidad y en menos de lo que canta un gallo regresó con varios enormes ramilletes de lirios entre sus brazos y sin siquiera sonreír me los entregó. Todas esas hermosas flores eran para mí. Eran muchas, de verdad que eran muchas. Probablemente soy la única persona que ha recibido tantas flores, ni en una boda majestuosa se

han visto tantas como las que me ofrendó el minero. Fue esa la primera vez que sentí un mareo provocado por las flores. Eran grandes y muy blancas, y me costaba sostenerlas entre mis brazos, no podía distinguir lo que estaba frente a mí. El joven minero fue muy amable conmigo, ¿qué estará haciendo ahora? Se expuso al peligro subiendo hasta un lugar intrincado con el único propósito de traerme una brazada de flores, y sólo por ese gesto suyo cada vez que vea un lirio me acordaré de él.

Abro la gaveta del escritorio, revuelvo su interior y encuentro el abanico del año pasado. En su blanco papel se observa el dibujo de una mujer de la Era Genroku (1688-1704) sentada de una manera poco educada. A su lado aparecen dos verdes cerezos de invierno. De este abanico emana el aroma del verano pasado. La vida en Yamagata, el interior del tren, la yukata, la sandía, el río, las cigarras, la campanilla de viento. De pronto me dan ganas de llevarme este abanico y subir al tren. Abrir el abanico me produce una leve alegría. Es como si mis huesos se llenaran de aire y me permitieran flotar. Mientras doy vueltas por el cuarto, regresa mi madre. Está de buen humor.

—Ah, estoy cansada, tan cansada —dice, pero su rostro no muestra ningún indicio de insatisfacción. A ella le gusta atender a la gente, no tiene remedio.

—La conversación se volvió un poco complicada —mientras habla se va quitando el kimono y luego se mete en la bañera.

Sale del baño y mientras toma conmigo el té, sonríe de forma sospechosa. Dice algo que no me esperaba.

—Desde hace tiempo estás insistiendo en que quieres ver *La chica descalza*, ¿no? Si tanto lo deseas, pues ve. Pero a cambio te pido que me des unos masajes en los hombros. Si te lo ganas con tu trabajo, será más divertido, ¿no te parece?

Me puse tan feliz que no pude contenerme. Quería ver esa película, pero como había estado haciendo el vago todo el tiempo, abrigaba mis reservas de que mamá me dejara verla. Ella conocía mi deseo y se inventó la historia del masaje para que yo sintiera como un triunfo el permiso para ir al cine. Realmente, madre, me haces muy feliz y te quiero de verdad.

Hace mucho tiempo que no pasaba una noche como ésta con mamá. Como ella tiene que relacionarse continuamente con la gente, seguro que le toca lidiar con las burlas de la sociedad. Mientras masajeo sus hombros, percibo el cansancio acumulado que emana de su cuerpo. Pienso que debo cuidarla. Hace rato, cuando estaban aquí los Imaida, maldije en secreto a mi mamá, y ahora me siento avergonzada. “Perdóname”, digo en voz muy baja. Siempre pienso única y exclusivamente en mí. Me estoy portando como una niña y,

desde el fondo de mi alma, brota un ser lleno de agresividad. Cuando eso sucede, es mi madre la que sufre, la culpable soy yo. Desde que murió mi padre, mamá se ha vuelto débil. Y si yo misma le digo que ya no puedo más, cuando ella lo que necesita es sentirse querida, me parece horrible. Realmente es muy egoísta portarme de esa forma tan mezquina. Ella, al igual que yo, es una persona frágil. De ahora en adelante debo sentirme satisfecha de vivir con mi madre, las dos juntas. Quiero apoyarla cuando lo necesite, conversar con ella de las cosas pasadas, hablarle de papá, y lograr que cada día la paz ilumine su alma, la de mi madre quiero decir, eso es lo que deseo hacer. Y quiero sentir que estoy viviendo una existencia plena. Pienso que preocuparme por el bienestar de mamá es propio de una buena hija, pero en mi conducta y en mis palabras lo único que se revela es mi espíritu de niña egoísta. Además, últimamente, ni siquiera poseo, como los niños, una parte pura. Estoy sucia, llena de vergüenza. Sufro, me devora la confusión, me siento sola, estoy triste, qué demonios es esto. Lo digo sin ningún atenuante: me podría morir. Sé que hay una palabra para eso, pero no me puedo acordar, no recuerdo si se trata de un sustantivo o de un adjetivo. Simplemente estoy nerviosa y al final me enfurezco como si algo extraño y tal vez ajeno a mí me poseyera. A las mujeres de antaño las llamaban sumisas, esclavas, muñecas, pobres infelices que no pensaban en ellas mismas, que no se apreciaban como personas, toda una sarta de cosas horribles. En comparación con ellas, soy, en el más amplio sentido de la palabra, más femenina, mi espíritu está en mejores condiciones, el conocimiento me permite librarme de la sumisión, sé de la belleza del autosacrificio, soy feliz sin tener que dar nada a cambio.

—Ah, eres una buena masajista. Es usted una auténtica genio, señorita.

Como siempre, mamá se burla de mí.

—Lo soy ¿verdad? Es porque pienso en su bienestar. Pero mi especialidad no sólo son los masajes. Me preocuparía ser sólo buena en eso. Tengo otras cualidades, ¿sabe?

Al decir con sinceridad lo que estaba pensando, las palabras vibraron como un soplo de brisa fresca en mis oídos. No había dicho nada sin malicia, abiertamente, durante estos dos o tres últimos años. Al comprender lo que estaba dejando atrás, sentí por vez primera que estaba en paz y mi corazón se inflamó de puro contento.

Esta noche mi madre me había aportado cosas muy buenas. Después del masaje, le leí de corrido un fragmento de *Corazón: diario de un niño*, de Edmundo de Amicis. Al enterarse de que estaba leyendo algo tan correcto, en su rostro se dibujó un gesto de satisfacción y tranquilidad. Hace unos días, cuando me encontró leyendo *Bella de día* de Kessel, me quitó con discreción el libro y al ver la portada puso una

cara un poco triste, pero no dijo nada y me lo devolvió. Me sentí un poco mal y se me quitaron las ganas de seguir leyendo. Mamá no ha leído *Bella de día*, estoy segura, pero por instinto sabe de qué trata. Esta noche, en medio del vasto silencio, al tiempo que leía en voz alta *Corazón: diario de un niño*, mi voz vibraba como si fuera tonta. En momentos como éste me siento idiota y hasta me avergüenzo delante de mi madre. Todo a nuestro alrededor permanecía en silencio, sin ruido alguno que nos perturbara, por lo que las escenas más triviales eran las que se destacaban. No importa cuántas veces lea *Corazón: diario de un niño*, la emoción que sentí cuando la leí por primera vez, siendo una niña, no ha cambiado nada. Como soy sincera conmigo misma, me convenzo de lo magnífico que es ese relato. Pero es muy diferente leerlo en voz alta que hacerlo en la intimidad, sólo dejando pasar la mirada por las páginas. Me he quedado sin habla. Ah, y pude darme cuenta de que en las partes donde aparece Enrico o Garrone, mamá, inclinando su rostro, dejó escapar unas lágrimas. Supongo que se identificaba con la bella y respetable madre de Enrico.

Mamá se fue a descansar antes de lo acostumbrado. Hoy se levantó muy temprano y creo que por eso está rendida de cansancio. Le arreglo el futón, golpeo las esquinas de la colcha. Siempre que mamá se acuesta cierra los ojos.

Luego me dedico a lavar la ropa. Últimamente me ha dado por la extraña manía de comenzar a lavar cuando se acerca la medianoche. Creo que es un desperdicio perder las horas del día metiendo mis manos en el agua, pero a lo mejor resulta que es todo lo contrario. Desde la ventana se puede ver a la señora luna. Me agacho mientras lavo y le sonrió sigilosamente. La señora luna pone una cara como si no me conociera. De pronto pensé que en este preciso instante una desamparada y solitaria chica está lavando y le ha sonreído sigilosamente a la señora luna y la luna le ha sonreído a ella, eso es lo que cree. Esto está sucediendo en una casa ubicada en lo alto de una montaña, allá en una lejana provincia, y la chica está lavando esta misma noche en la parte trasera de su casa. De la misma manera, a estas horas otra sufrida chica de mi edad en un sucio corredor de un arrabal de París está sola lavando y le sonríe a la luna y la luna le devuelve la sonrisa. Ambos eventos han sucedido simultáneamente y los he visto como a través de un telescopio y he podido apreciar con nitidez sus vivos colores. Sufrimos, pero nadie sabe de nuestros padecimientos. Cuando nos transformemos en personas adultas, estos avatares nos habrán de parecer ridículos, pero… Pero durante el horrible y dilatado periodo necesario para nuestro crecimiento, ¿qué haremos para sobrevivir? Nadie acudirá en nuestra ayuda. Entonces, no hay nada que hacer, será mejor dejarlo pasar. ¿Se tratará acaso de un sarampión? Sin embargo, hay personas que llegan a quedarse

ciegas o que, incluso, mueren a causa de esa enfermedad. No es bueno dejarlo pasar. Nos deprimimos a diario y todo el tiempo andamos irritadas y de mal humor. Hasta que un día cometemos una terrible equivocación y caemos en un abismo sin poder remediarlo. Hay quienes dañan su vida hasta la muerte. Y también están los que se suicidan. Cuando esto sucede, la gente suele murmurar: si hubiera tenido paciencia, si hubiera esperado un poco más quizá habría comprendido, si hubiera sido una persona más madura, seguro que habría entendido. No importa cuánto lo critiquen, para aquel ser desamparado la vida es puro sufrimiento, y aunque la sociedad quisiera escuchar sus sentidas plegarias, se repetiría el mismo círculo de palabras vacías, fórmulas de consuelo que no alivian ni ayudan para nada. Somos nosotros los que tenemos que cargar con el deshonor y la vergüenza, y al final nos abandonan… Apenas queremos vivir este momento, pero como nos señalan las montañas lejanas que debemos alcanzar y nos dicen que bastará con que lleguemos hasta allá, pensamos que quizá tienen razón, que tal vez no nos están mintiendo, somos capaces de entenderlo, pero ahora mismo estamos enojados. Ellos lo saben, pero no prestan atención a nuestro dolor. Se limitan a decir, ya, ya, aguanta un poco más, si llegas hasta aquella montaña quedaras libre, eso es lo único que tienen para darnos. Estoy segura de que alguien está equivocado. Son ustedes los que están mal, muy mal.

Después de terminar con la colada, limpio el cuarto del lavadero, y abro con sumo cuidado, para no hacer ruido, la puerta corrediza de la habitación. El aroma a lirio me calma, penetra hasta el fondo de mi alma. Me estaba dejando dominar por el escepticismo. Mientras me pongo en silencio la ropa de dormir, mamá, a la que imaginaba profundamente dormida, habló de pronto dándome un enorme susto. Suele asustarme de esa manera.

—Me habías dicho que querías unos zapatos para el verano. Hoy, aprovechando que fui a Shibuya, estuve mirando algunos. Se han puesto muy caros los zapatos.

—Pues… ya no, ya no los deseo tanto.

—Pero si te hacen falta, será un problema, ¿verdad?

—Bueno, sí.

El día de mañana será igual. La felicidad no llega mientras estemos vivos. Eso lo sé. Sin embargo, estoy segura de que mañana llegará, es mejor creerlo y dormir. Me dejo caer en el futón y armo un alboroto. ¡Ah, qué rico es estar aquí! La colcha fría me refresca la espalda y me quedo como hipnotizada. Durante la noche, la felicidad tarda en llegar. Me acuerdo con cierta nostalgia de esas palabras. Al esperar y esperar la felicidad, finalmente nos cansamos de esperarla y nos vamos de nuestra casa, y al día siguiente nos enteramos de que una

maravillosa felicidad ha llegado y que allí en nuestra casa solitaria no había nadie para recibirla, ha sido muy tarde. La felicidad tarda una noche en llegar. La felicidad…

En el jardín resuenan las pisadas de Pob. “Pata, pata, pata, pata”. El sonido de esas pisadas es muy particular. La pata derecha delantera de Pob es corta y ambas tienen forma de “O”, por eso el ruido que hacen es sordo y tristón. No sé cómo puede andar por el jardín a estas horas de la noche. ¿Qué estará haciendo? Pobre Pob. Esta mañana lo traté muy mal, pero ahora hasta sería capaz de mimarlo.

Tengo una rara manía: si no me cubro el rostro con las manos soy incapaz de dormirme. Así que me lo cubro y me quedo quietecita.

Qué extraña es la sensación que experimento cuando estoy a punto de quedarme dormida. Pareciera que me tiraran de mí con un hilo de pescar, carpa o anguila, lo mismo da, alguien tensa el hilo con fuerza y mi cabeza siente la tensión, pesada como un plomo, y cuando el sueño me arrebata el hilo cede, se destensa. De pronto recupero la conciencia y el hilo tira de nuevo. Vuelvo a dormir y otra vez sueltan el hilo. Y así, tres o cuatro veces, se repite la misma situación. Pero al fin caigo rendida de sueño hasta la mañana siguiente.

Buenas noches. Soy una Cenicienta, pero sin príncipe. ¿Sabrá él que en alguna parte de Tokio lo estoy esperando? Ya más nunca nos volveremos a ver.

(Título original: “Joseito”, 1939)

LA MUJER DE VILLON

I

Al escuchar el sonido abrupto de la puerta corrediza de nuestra casa, me desperté enseguida. Pensé que, como de costumbre, era mi marido que regresaba borracho a altas horas de la noche. Permanecí en silencio y seguí durmiendo.

"Ja, ja, ja". Encendió la luz mientras respiraba con dificultad. Abrió los cajones del escritorio, también los de la biblioteca. Estaba desordenándolo todo, parecía que buscaba algo, pero al final escuché como se desplomaba de golpe sobre el tatami. Luego se sentó y volvió a reírse: "Ja, ja, ja". Después ya sólo se oía su áspera respiración. ¿Qué estaría haciendo?

—Bienvenido a casa, qué bueno que estás de vuelta. ¿Ya has cenado? En la despensa del comedor hay unas bolas de arroz —le dije desde mi lecho.

—Ah, gracias —contestó muy amable, como nunca antes lo había hecho— ¿Cómo está el niño? ¿Aún tiene fiebre?— preguntó.

Eso también era algo raro. Nuestro hijo cumpliría pronto cuatro años, pero a causa de la desnutrición y de sus dolencias crónicas, y también por culpa del alcoholismo congénito de su padre, el chico era muy pequeño en comparación con los dos niños de nuestro vecino, menores que él. Incluso su manera de caminar era deficiente. Me mortificaba que apenas pudiera decir *uma-uma*, para pedir comida, y que negara sólo moviendo la cabeza. Pensaba que tal vez sufría algún retraso. Cuando lo llevo desnudo a los baños públicos, como es tan pequeño y escuálido, se siente como abandonado y algunas veces le ha dado por llorar delante de la gente. Continuamente se enferma del estómago y tiene de fiebre, y a mi marido esta situación no le importa nada pues casi nunca está en casa, y cuando le digo que al niño le ha dado fiebre me dice: "Ah, en serio, llévalo al médico". Y se pone su negro kimono encima de la gabardina y se larga de prisa quién sabe para dónde. Pero aun cuando quisiera llevarlo al médico, no tengo dinero, y no me queda otra alternativa que poner a dormir al pobre

chico acariciando en silencio su cabecita.

Sin embargo, esa noche, por alguna razón, él se mostraba afectuoso y, extrañamente, me había preguntado por la fiebre de nuestro hijo. Más que experimentar algún grado de felicidad, presentí que algo horrible se avecinaba, y me recorrió una especie de escalofrío. Me quedé callada, sin nada que decir, eschuchando sólo la estrepitosa respiración de mi marido.

—Buenas noches, disculpen…

Una voz fina de mujer se oyó desde la puerta. Sentí como si un balde de agua helada hubiera caído sobre mi cuerpo. Sentí miedo.

—¿Hay alguien en casa? Señor Ôtani, ¿está usted ahí?

Ahora el tono de su voz sonaba con algo de impaciencia. Al mismo tiempo escuché el sonido de la puerta al abrirse.

—¡Señor Ôtani! ¿Está usted aquí, no?

Ahora la voz denotaba que la mujer estaba francamente enojada.

Al fin mi marido se levantó y se dirigió a la entrada.

—¿Qué quieres? —respondió asustado, como un idiota.

—Cómo que "¿qué quieres?" No me hables así —dijo la mujer, bajando la voz—. Tienes una buena casa, cómo es posible que seas un ladrón, ¿qué te pasa? No intentes tomarme el pelo, devuélveme lo que te llevaste. Si no lo haces, ahora mismo te voy a denunciar a la policía.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué me hablas con tanta desfachatez? Este no es lugar para personas como ustedes. ¡Váyanse ya! Si no me hacen caso, seré yo quien los denuncie.

En ese momento se escuchó la voz de un hombre.

—¡Qué agallas las suyas, señor! Decir que "este no es un lugar para personas como nosotros". ¡Qué descaro! Me ha dejado usted pasmado, sin palabras. Esto parece cosa de otro mundo. Usted ha robado un dinero ajeno, y me sale con este tipo de bromas. Todo tiene un límite y usted lo sabe. No sabe lo que estamos sufriendo mi mujer y yo a causa de su desvergonzada conducta. Y ahora se empeña en decir puras mentiras. La verdad, señor, es que usted me ha desilusionado.

—Pretenden extorsionarme —mi marido habló en voz alta, enojado, aunque se notaba por el tono de su voz que estaba temblando de miedo—. Me están tratando de chantajear. ¡Váyanse! Si tienen alguna queja, los atenderé mañana.

—No haces más que decir disparates, eres un condenado maleante y no nos va a quedar otra que denunciarte a la policía.

Aquella voz me ponía la piel de gallina y hacía que sintiera cada vez más rabia.

—¡Hagan lo que quieran! —la voz de mi marido, aunque excitada, sonaba como hueca y falsa.

Me levanté, cubrí mi pijama con el saori del kimono y me dirigí a la entrada.

—Bienvenidos.

Saludé a los dos intrusos.

—Es usted, señora…

El hombre tenía la cara redonda como la luna y poco más de cincuenta años. Traía puesto un gabán que le llegaba a las rodillas y, sin siquiera sonreír, me saludó con una leve inclinación de cabeza.

La mujer, flaca y pequeña, tendría unos cuarenta años, y vestía con corrección.

—Disculpe que nos hayamos presentado por la noche y tan tarde.

Me devolvió el saludo con una reverencia y se quitó el chal. Tampoco sonrió.

En ese momento, mi marido se puso sus sandalias e intentó escaparse.

—¿Qué te pasa? Espera, ¿qué pretendes?

El hombre agarró a mi marido por un brazo y comenzaron a forcejear.

—¡Suéltame! ¡Te voy a dar una puñalada!

En la mano derecha de mi marido brilló de pronto una navaja. Aquél era uno de los objetos que más apreciaba y lo guardaba siempre en su escritorio. Ahora entiendo lo que andaba buscando, hurgando en los cajones, cuando regresó: era esa navaja. Presentía que se podía dar una situación como ésta y la guardó en su bolsillo.

Al sentirse amenazado por la navaja, el hombre se apartó, y mi marido, aprovechando aquel descuido, como si fuera un cuervo, dio vuelta a las mangas de su gabán y se escapó.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

El hombre alzó la voz y trató de salir corriendo, pero bajé descalza hasta el piso de tierra y me abalancé sobre él, impidiéndole cualquier movimiento.

—No, por favor, no lo haga. No voy a permitir que se lastimen, yo me encargaré de resolverlo todo.

La mujer, que estaba a nuestro lado, habló en tono conciliador.

—Ella tiene razón, querido. Se trata de un tipo aturdido armado con una navaja. No sabemos lo que puede hacer.

—¡Mierda! Vamos a la policía. Esto no se va a quedar así.

Había susurrado esas palabras para sí mismo, al tiempo que contemplaba la oscuridad como un idiota, pero se notaba que había perdido el ímpetu de la furia que lo acometía.

—Disculpen. Por favor, entren con toda confianza, cuéntenme lo que ha sucedido.

Así hablé mientras subía al piso de madera, inclinando la cabeza en un gesto de sumisión.

—A lo mejor, encontramos una solución. Por favor, pasen, pasen. La casa está hecha un desastre, pero pasen.

Se miraron y asintieron con una leve inclinación del cuello. El hombre, ya más apaciguado, como si comprendiera la situación, dijo:

—No importa lo que usted diga, señora, ya lo hemos decidido. Sin embargo, creo que debemos contarle lo que ha ocurrido hasta ahora.

—Sí, por favor pasen, siéntanse cómodos. Están en su casa.

—No, bueno, no podemos quedarnos mucho tiempo —dijo el hombre mientras se quitaba el gabán.

—No es necesario que se lo quite. Quédese como está. Hace frío. De verdad, está bien así. No tenemos nada con qué calentarnos.

—Disculpe, gracias, entonces me lo dejaré puesto.

—Por favor, también usted, señora. Está bien así.

El hombre entró, seguido por la mujer. En la habitación de seis tatamis de mi marido, las esteras habían comenzado a pu drirse, el papel de las ventanas se había roto sin remedio, la pared estaba resquebrajada, el papel que cubría la puerta se había descascarado y apenas se veía la estructura esquelética. En un rincón se distinguía el escritorio y una biblioteca completamente vacía. Parecía que los recién llegados se hubieran quedado sin aliento al contemplar aquella imagen desolada.

Les ofrecí un par de cojines para que se sentaran. Ambos estaban rotos y se les estaba saliendo el relleno de algodón.

—El tatami está sucio, por favor, utilicen estos cojines —así les hablé y los saludé de nuevo como si se tratara de personas distinguidas.

—Es la primera vez que los veo. Al parecer mi esposo les ha ocasionado algún problema. ¿Qué será lo que habrá hecho esta noche? ¿Por qué actuaría de esa manera tan extraña? No encuentro palabras suficientes para ofrecerles mis disculpas. Como habrán visto, mi esposo es una persona de un carácter imprevisible…

Me detuve en medio de la conversación. Se me trababan las palabras y derramé unas cuantas lágrimas.

El hombre cruzó las piernas sobre los cojines, sin importarle que aquello fuera de mala educación, apoyó los codos en sus rodillas, sostuvo la quijada con la mano cerrada, y me preguntó como si fuera a agacharse.

—Señora, disculpe mi atrevimiento, ¿cuántos años tiene usted?

—¿Cómo? ¿Se refiere a mí?

—Sí, creo que su esposo tiene treinta años, ¿no?

—Sí, yo, bueno… soy cuatro años menor.

—Entonces, tiene veintiséis, qué calamidad. ¿Aún es tan joven? Claro, si su esposo tiene treinta… Me he quedado sorprendido.

—Yo también me he sorprendido de lo joven que es —dijo la mujer sacando la cabeza detrás del hombro de su acompañante—. Si tiene una esposa tan joven y decente, por qué el señor Ôtani se comporta de esa manera.

—Está enfermo, es un enfermo. Antes no era así, pero ha empeorado paulatinamente —dijo el hombre suspirando con fuerza.

—Mire, señora, en realidad —comenzó a hablar en un tono más formal— nosotros tenemos cerca de la estación de Nakano un pequeño restaurante donde también ofrecemos bebidas alcohólicas. Aunque ya no lo parezca, ambos nacimos en Jōshū. Yo era un respetado comerciante, pero me cansé de hacer mezquinos negocios con aquellos campesinos, a los que sólo les interesaba el juego. Así que hace ya veinte años que me vine con mi mujer a vivir a Tokio. Comenzamos a trabajar como camareros en un restaurante de Asakusa. Bueno, como todos, nos rompimos el lomo y poco a poco nuestros ahorros aumentaron, lo que nos permitió arrendar cerca de la estación de Nakano, creo que fue en 1936, una casa con suelo de tierra, realmente pequeña y sucia. Nuestros clientes no gastaban más de uno o dos yenes, para ese tipo de clientela habíamos abierto aquel miserable mesón. No despilfarramos nuestro dinero y, trabajando honestamente, pudimos conseguir en poco tiempo gran cantidad de *shôchû* y ginebra. Luego, en la época de escasez de alcohol, seguimos en el oficio, nos resistimos a cambiar nuestras rutinas y así, con esfuerzo, logramos salir adelante con el negocio. Nuestros clientes habituales nos apoyaron y algunos, incluso, nos abrieron el camino para que pudiéramos conseguir, aunque fuera en pequeñas proporciones, comida y bebida de los militares. Al comenzar la guerra, y aun cuando se habían intensificado los bombardeos aéreos, como no teníamos hijos a quienes cuidar, ni tampoco queríamos refugiarnos en nuestra tierra natal, pensamos que estaríamos mejor en esta casa hasta que la destruyeran. Nos aferramos al negocio y, por suerte, nuestra casa resultó ilesa, así que, al finalizar la guerra, nos sentimos aliviados. Ahora podemos conseguir alcohol en el mercado negro y lo vendemos en nuestro mesón sin importar lo que nos digan. Esa es, señora, la síntesis de nuestra vida.

»Sin embargo, como se la he contado de forma tan resumida, tal vez piense que no hemos sufrido nada, que hemos tenido una existencia afortunada, pero la vida de los humanos es un infierno, es la verdad: en este mundo la maldad supera con creces a la bondad. De los trescientos sesenta y cinco días del año, se puede ser feliz un solo día, o quizá menos, medio día. Su marido, el señor Ôtani, vino por primera vez a nuestro local allá por la primavera de 1944; no importa

cuándo haya sido, por entonces la guerra no estaba todavía perdida, bueno, miento, ya se comenzaba a palpar la derrota, pero ignorábamos lo que estaba sucediendo, pensábamos que si aguantábamos dos o tres años más podríamos pactar una paz igualitaria. Cuando el señor Ôtani se apareció por primera vez en nuestro local, si mi memoria no me falla, traía puesto un gabán sobre su lujoso kimono de Kurume. Por aquella época pocas personas salían vestidas a la calle con ropa de camuflaje, la mayoría utilizaba vestimentas normales y caminaban despreocupados como si no sucediera nada. Por supuesto, no se nos pasó por la cabeza la clase de persona que era su marido. En aquel momento el señor Ôtani no estaba solo. Fue antes de conocerla a usted, señora, pero es necesario que le digamos, sin ningún tapujo, todo cuanto aconteció: su esposo llegó acompañado por una mujer mayor, y entraron a escondidas por la puerta trasera. Por esa época manteníamos la puerta principal cerrada, pues funcionábamos de forma clandestina. Los pocos clientes que atendíamos entraban por la puerta trasera y no utilizaban los asientos de la planta baja sino que se ubicaban en la habitación del fondo, de seis tatamis, apagaban la luz y bebían sin hacer mucho ruido hasta emborracharse en la oscuridad. Así funcionaba nuestro negocio. La mujer mayor, que hasta hacía unos años había sido camarera en un bar de Shinjuku, traía a nuestro bar a muchos de los clientes que conocía y bebía con ellos, y a la larga se convertían en nuestros clientes habituales. “Dios los cría y ellos se juntan”. Ese dicho resumía nuestra relación, y como el apartamento donde ella vivía estaba cerca, aun después de que clausuraran el bar de Shinjuku, nos seguía trayendo clientes. Sin embargo, el alcohol de nuestro negocio escaseaba cada vez más y aunque se tratara de buenos clientes, no nos alegrábamos como antes cada vez que aumentaba el número de bebedores, incluso llegamos a considerarlos un lastre. Como hacía ya cuatro o cinco años que la mujer nos había estado trayendo nuevos clientes que derrochaban su dinero, teníamos con ella una especie de deuda social, y por esa razón le vendíamos alcohol a las personas que la acompañaban sin mostrar molestia alguna. Así pues, cuando en aquel momento el señor Ôtani se presentó con la mujer mayor, a la que llamábamos cariñosamente Aki, les permitimos entrar al cuarto de seis tatamis y les ofrecimos de beber. Aquella noche, el señor Ôtani bebió muy tranquilo, permitió que Aki pagara la cuenta y salieron juntos por la puerta trasera. Por alguna extraña razón, en ese momento se me quedó grabada la imagen del señor Ôtani como una persona serena y educada. ¿Será que cuando los monstruos se nos aparecen por primera vez muestran sus mejores atributos para seducirnos? A partir de aquel momento, el señor Ôtani quedó fascinado con nuestro local. Diez días después llegó solo, entró por la

puerta trasera, y enseguida extrajo de su cartera un billete de cien yenes, que en aquella época era un dineral, equivalente a unos dos o tres mil yenes de ahora, tal vez mucho más. Se empeñó en entregármelo diciendo: “Por favor”, al tiempo que sonreía débilmente. Parecía que ya estaba bastante bebido, pero usted ya sabe, señora, no hay nadie que aguante tanto licor como él. Pensamos que estaba borracho, pero de pronto se puso serio y comenzó a hablar de forma muy coherente, y aunque bebía y bebía, en ningún momento lo vimos tambalearse. Tampoco en ninguna ocasión notamos que estuviera a punto de desplomarse a causa del alcohol. Dicen que a los treinta años los hombres aguantan muy bien el alcohol, pero su caso es raro. Aquella noche parecía que había estado bebiendo en otro lugar, y aun así en nuestro local se bebió unos diez tragos seguidos. Lo hacía como si tal cosa y, cuando le llamábamos la atención, simplemente sonreía con timidez y a veces asentía con una leve inclinación de cabeza. De pronto preguntó: “¿Qué hora es?”. Se levantó enseguida y quise darle su cambio. Me dijo: “No, no”. Le hablé con decisión: “Señor, me pone usted en un aprieto, por favor”. Sonrió mostrando los dientes: “Por favor, guárdelos para la próxima vez, volveré de nuevo”. Así habló y se marchó. Y esa fue la única vez, señora, que recibimos dinero de él. Se ha valido de las más viles artimañas para tomarnos el pelo. Desde entonces, y ya han transcurrido tres años, no nos ha pagado ni un céntimo más. Él solo se ha bebido todo nuestro alcohol. ¿No le parece, señora, que se trata de un abuso?

No pude evitar soltar una carcajada. Me había acometido un incontrolable ataque de risa. Me cubrí la boca con una mano y miré en dirección a la mujer, que también sonreía sin disimulo alguno. Al tipo aquel no le quedó más remedio que desplegar una sonrisa sardónica.

—De verdad, señora, no es un caso divertido que digamos, pero como es tan absurdo y raro dan ganas de reír. De hecho, si utilizara esas habilidades en algún lugar decente, es decir en otro contexto, podría llegar a ser ministro o doctor de algo. No solamente nosotros, quién sabe cuántos más habrán caído en sus garras y a esta hora estarán llorando sin consuelo. Le sucedió a Aki, a la que por relacionarse con el señor Ôtani se le escapó un buen señor que la mantenía. Se quedó sin dinero y se vio en la necesidad de vender sus kimonos, y ahora vive como una pordiosera en el sucio cuartucho de una pensión. Sin embargo, en la época en que conoció al señor Ôtani, Aki no dejaba pasar oportunidad para presumir de su conquista. Estaba loquita por él, como una idiota. Según ella, su amado Ôtani disfrutaba de una posición social privilegiada. Era el segundo hijo del barón Ôtani, descendiente de una rama secundaria de un señor feudal de Shikoku. A causa de su mala conducta, había sido alejado de la familia, pero a la muerte del barón se repartirían la herencia entre el

primogénito y él. Era muy inteligente, un genio. A los veintiún años había escrito un libro que superaba con creces los escritos por el famoso Takuboku Ishikawa. Luego escribió unos diez libros más. Aun siendo tan joven, se le consideraba el mejor poeta de Japón. Por si fuera poco, se había graduado en la Universidad Imperial de Tokio. Primero había estudiado en la prestigiosa Escuela de Gakushûin, donde se formaban los hijos de los nobles, y luego continuó en la Escuela Preparatoria Número Uno. Estudio francés y alemán. Era impresionante, no sabíamos en realidad cuánto abarcaba su sabiduría y erudición, pero si nos ateníamos a la opinión de Aki estábamos en presencia de un semidiós. Y aunque aquello resultaba a todas luces exagerado, no todo era mentira. Cuando le preguntábamos a otras personas, al parecer resultaba cierto que su padre era el barón Ôtani, y además no se ponía en duda su condición de distinguido poeta. Incluso mi mujer, que ya no es ninguna jovencita, competía en elogios con Aki. Decía: “La verdad es que las personas de origen noble son distintas”. Y se pasaba el día esperándolo, hasta el punto que me llegó a dar envidia. Ahora, esos condenados aristócratas ya no existen, pero antes de terminar la guerra, para conquistar a una mujer, la mejor forma de lograrlo era decir que uno descendía de algún noble. Al parecer, eso hacía que las mujeres cayeran como moscas. Ahora nos parece una actitud muy servil, pero entonces pensábamos que su posición y la nuestra eran en extremo diferentes, y por tal razón lo tratábamos con deferencia y respeto, e incluso con cierta admiración, aunque en el fondo no era más que un simple aristócrata, perdone usted que se lo diga de esta manera tan directa, o un descendiente secundario de un terrateniente de Shikoku, el segundo hijo del barón Ôtani. A pesar de lo expuesto antes, la verdad es que aquel señor no era de nuestro agrado y así, sin importar cuánto nos rogara, habíamos decidido no hacerle más caso. Sin embargo, cuando se aparecía a horas inverosímiles, con el aspecto de alguien que se ha librado por el momento de una tenaz persecución, al ver cómo se sentía aliviado en nuestra presencia, olvidábamos nuestra decisión y acabábamos ofreciéndole todo el licor que le apeteciera. Aunque se embriagara hasta un grado extremo, no hacía ningún escándalo ni gritaba. Si nos hubiera pagado la cuenta, realmente habría sido el mejor de los clientes. No presumía acerca de su persona, nunca nos habló de su genialidad, y cuando Aki estaba a su lado y comenzaba a informarnos de su grandeza, cambiaba de tema, hablaba de cualquier cosa, decía que quería pagar la cuenta y así acababa la velada. Como le dije antes, hasta ahora no nos ha pagado un centavo, pero a veces Aki cancelaba la cuenta por él. Ah, y en otras ocasiones lo hizo una mujer con la que había ido a nuestro local sin que Aki se enterara. Se trataba de la esposa de quién sabe quién, pero cuando aparecía con el señor Ôtani

gastaba mucho dinero. Nosotros somos comerciantes, de eso vivimos, y si no había pago, no nos importaba que el señor Ôtani fuera el mismísimo príncipe heredero, no podíamos permitir que se pasara el día bebiendo a nuestra costa. Y no era poco lo que nos debía, no se trataba de algunos tragos, se trataba de mucho dinero, habíamos tenido pérdidas cuantiosas por culpa suya.

»Así las cosas, nos enteramos de que el señor Ôtani tenía una casa en Koganei donde vivía con su respetable esposa, y pensamos entonces venirnos hasta acá para negociar esas cuentas pendientes. Le preguntamos al señor Ôtani la dirección de su casa, pero al parecer se había olido nuestro plan y nos decía que no existía tal lugar, que por qué lo molestábamos y que, si entablábamos algún pleito con él, los perjudicados seríamos nosotros. Se regodeaba en este tipo de maldades. A pesar de su actitud, insistimos en dar con la dirección de la casa del señor Ôtani, lo seguimos dos o tres veces, y siempre se nos escabullía. Luego se sucedieron los continuos y mortíferos ataques aéreos sobre Tokio, y un día, nunca supimos por qué, el señor Ôtani, que traía puesto un uniforme de combate, llegó por sorpresa, y sin siquiera pedir permiso se apoderó de una botella de brandy que guardábamos en la alacena, y ahí mismo se la bebió de pie, y luego salió pitando como el viento, y, por supuesto, no pudimos cobrarle. Y así, a la postre, llegó el fin de la guerra. Nosotros habíamos conseguido en el mercado negro sin ningún problema licor y comida, y de esa manera reabrimos el negocio. Aunque el nuestro era un establecimiento modesto, a fin de aumentar la clientela contratamos a una empleada, pero de nuevo apareció el monstruoso señor Ôtani, esta vez sin la compañía de mujeres. Llegaba con dos o tres periodistas de algún diario o revista, pues ahora que los militares habían sido apartados del gobierno, los poetas, antaño empobrecidos, se habían convertido en los personajes más consentidos y populares. Delante de los periodistas, el señor Ôtani se lucía hablándoles de autores extranjeros, disertaba sobre Filosofía y hasta citaba algunas frases en inglés, cosas que nosotros no entendíamos. Los impresionaba contándoles asuntos extraños, y de pronto salía y no regresaba. A los periodistas se les acababa el buen humor, y, molestos, se preguntaban a dónde se habría ido su amigo parlanchín, y enseguida comenzaban a recoger sus bártulos diciendo que ya era hora de irse. Yo les decía que esperaran, que el señor siempre se escapaba utilizando esa misma treta, que ellos tendrían que pagar la cuenta. En algunas ocasiones no decían nada y entre todos la pagaban, pero a veces protestaban enojados: “Que pague ese tal Ôtani, nuestros míseros sueldos son apenas de ciento cincuenta yenes. Aunque se molestaran, les decía: “No tienen por qué tomarla conmigo, es más ¿saben cuánto me debe el señor Ôtani? Si alguno de ustedes pudiera hacer que me pague esa

cuantiosa deuda, le daría la mitad del dinero". Los periodistas ponían caras atónitas. "No sabía que ese tipo fuera así de tramposo, de ahora en adelante no pienso beberme ni un trago con él, aunque usted no lo crea, esta noche no tenemos ni siquiera cien yenes, mañana venimos y le pagamos nuestra cuenta, a cambio le dejamos esto…". Con mucha dignidad dejaban en prenda sus gabardinas. La gente dice que los periodistas son mala gente, pero en comparación con el señor Ôtani, son buenos y honrados. Si el señor Ôtani es el honorable segundo hijo de un barón, entonces los periodistas valen mucho más que él, son como los primogénitos de un duque. Después de la guerra, el consumo de licor por parte del señor Ôtani aumentó considerablemente. Se convirtió en un tipo impertinente y vulgar, comenzó a decir bromas pesadas que antes no se le habían escuchado, se enzarzaba en peleas con los periodistas que lo acompañaban y los zarandeaba agarrándolos por las solapas de sus trajes. Y, por añadidura, sin que nos hubiéramos percatado, sedujo a la chica que habíamos contratado como empleada. La muchachita no había cumplido aún veinte años, y nos quedamos realmente sorprendidos. Estábamos metidos en un lío, y como no era cuestión de ponernos a lamentarlo, le dijimos a la chica que desistiera de esa relación y en secreto la enviamos casa de sus padres. Entonces le hablamos al señor Ôtani: "Fíjese que no le vamos a reprochar nada, pero le pedimos, por favor, que no vuelva por aquí". Enseguida replicó: "Ustedes se están enriqueciendo con las mercancías de contrabando, así que no tienen ningún derecho a sermonearme, yo lo sé todo". Nos amenazó de una forma mezquina y a la noche siguiente apareció con la cara lavada, como si nada. Tener que lidiar con aquel tipo monstruoso tal vez era un castigo que se nos imponía desde el cielo por haber hecho negocios sucios durante la guerra. Sin embargo, lo que nos ha hecho esta noche no tiene perdón. Su conducta no ha sido la de un poeta ni la de un señor, sino la de un vulgar ladrón: se ha apoderado de cinco mil yenes que nos pertenecían y ha huido como un criminal. Como en nuestro local tenemos que abastecernos a diario, conservamos unos quinientos o mil yenes para las compras. Esta noche disponíamos de cinco mil, una cantidad enorme pues, como se acercaba el Año Nuevo, habíamos ido de casa en casa cobrando cuentas pendientes de nuestros clientes más asiduos, ya que necesitábamos proveernos de una cantidad extra de víveres para la reapertura del local el primero de enero. Mi mujer estaba contando el dinero en la habitación del fondo. Lo guardó en el cajón del escritorio sin percatarse de que el señor Ôtani la había estado observando desde el sitio en que se hallaba bebiendo sake. Entonces, sin previo aviso, se levantó, entró en la habitación, empujó a mi mujer y se apoderó del fajo de billetes, de los cinco mil yenes. Los guardó en las mangas de su kimono negro y salió a la calle como si nada hubiera sucedido. Nos

quedamos perplejos, paralizados por la sorpresa. Cuando pudimos reaccionar, salimos tras él llamándolo en voz alta. Lo normal en un caso como este hubiera sido gritar ladrón, ladrón para alertar a los vecinos que acudirían en nuestro auxilio, y atraparlo, eso pensé. Sin embargo, considerando la larga relación que habíamos mantenido con el señor Ôtani, nos abstuvimos de armar un escándalo para no someter a tan distinguido señor al escarnio público. De todas maneras, siendo consecuentes con lo que había sucedido esta noche, lo perseguiríamos costara lo que costara hasta dar con él. Y al encontrarlo lo trataríamos como gente civilizada para de que nos devolviera nuestro dinero. No somos más que unos pobres comerciantes, sin embargo, tras muchos esfuerzos logramos al fin dar con la dirección de su domicilio y, controlando nuestra furia, nos acercamos hasta aquí para pedirle la restitución del dinero que en mala hora nos sustrajo. Y usted, señora, ha visto lo que sucedió. Nos amenaza con una navaja y está a punto de hacernos daño con esa arma. ¡Qué cosas!

De nuevo, por alguna extraña razón que no alcancé a comprender, sentí que todo aquello me resultaba muy gracioso, y solté una carcajada. La mujer, que había permanecido callada, se reía también, aunque intentaba contenerse. Yo no podía parar de reírme, aun sabiendo que no debería hacerlo delante del señor, pero las ganas de reír eran más fuertes que el decoro y así continué riendo hasta que se me saltaron las lágrimas. Recordé de pronto un verso que aparecía en un poema de mi marido: “Las grandes carcajadas son producto de una sociedad civilizada”. Esta frase resumía lo que estaba sintiendo en aquel momento.

II

Fuese lo que fuese, aquel incidente no se podía resolver con grandes carcajadas. Después de pensarlo con calma les dije que intentaría solucionar la penosa situación, que, por favor, no acudieran a la policía, que me dieran un día de plazo, mañana mismo les haría una visita, y les pregunté la dirección exacta de su restaurante en Nakano. Aceptaron a regañadientes y se alejaron en medio del frío de la noche. Me quedé sola, sentada en la habitación de seis tatamis intentando idear un plan, y como no se me ocurría nada especial me levanté, me quité el chal y me deslicé en el futón donde dormía mi bebé. Mientras le acariciaba la cabecita, rogaba para que la noche se prolongara y nunca llegara el amanecer.

Hace ya mucho tiempo, mi padre tenía un puesto de comida cerca del estanque de Hyōtan en el parque de Asakusa. Mi madre había

muerto prematuramente, y mi padre y yo vivíamos en una especie de anexo. Ambos administrábamos el kiosco, y un tipo que se hacía llamar Ôtani pasaba de vez en cuando por el puesto. Comencé a verme con él a escondidas de mi padre, y pronto quedé embarazada. Después de algunos avatares nos fuimos a vivir juntos y me convertí en algo similar a su mujer. Por supuesto, no estamos casados legalmente, así que nuestro hijito es una especie de bastardo. Cuando sale de casa permanece fuera dos o tres noches, qué digo, a veces regresa al cabo de un mes, y nunca sé qué hace durante su ausencia. Cuando vuelve siempre está borracho, con el rostro demacrado y respira con dificultad. Se me queda mirando en silencio y algunas veces le da por llorar o de pronto se cuela en el futón donde duermo y me abraza con fuerza.

—Ay, me siento mal, qué angustia, qué horrible sensación. Me estoy muriendo de miedo. ¡Ayúdame, por favor!

Así habla, temblando de terror y, aun después de dormido, continúa quejándose. A la mañana siguiente despierta como aletargado, como si fuera un ser despojado de alma, pero pronto desaparece de nuevo y durante tres o cuatro noches no se deja ver. Un par de viejos conocidos de mi marido, personas que trabajan en editoriales, se preocupan por mí y por el bebé, y algunas veces me envían dinero, y así hemos podido sobrevivir hasta el presente sin morirnos de hambre.

El sueño me venció y me quedé dormida, pero muy pronto abrí los ojos y me di cuenta de que por la ventana se filtraba la claridad que anunciaba el amanecer. Me levanté y después de acicalarme un poco cogí al bebé y salí de casa. Sentía que no podía permanecer un minuto más en silencio, en aquel encierro.

No tenía la más remota idea de adónde ir, así que caminé rumbo a la estación. En un kiosco que había a la entrada compré un caramelo para el bebé y luego, sin pensarlo mucho, saqué un boleto para Kichijoji. Subí al tren, me sujeté a la agarradera, y de pronto, mientras contemplaba distraída los carteles publicitarios que pendían del techo del vagón, me sobresalté al ver que en uno de ellos aparecía el nombre de mi marido. Se trataba de la propaganda de una revista donde al parecer mi marido había publicado un largo ensayo titulado *François Villon*. Mientras observaba aquel cartel, donde figuraba el nombre de mi marido y el título del ensayo, no sé muy bien por qué sentí una inmensa pena y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Descendí del tren en Kichijoji y caminé por el parque Inokashira. Hacía tiempo que no hacía ese recorrido. Me fijé en que habían talado los cedros cercanos al estanque, al parecer se preparaban para levantar quién sabe qué tipo de construcción. Me acometió un raro sentimiento de desolación. Todo había cambiado, ya nada era como

antes.

Bajé al niño de mi espalda y nos sentamos en un banco destartalado a orillas del estanque, y le di de comer el ñame cocido que había traído de casa.

—Mira, mi niño, qué bonito estanque. ¿No te parece? Antes abundaban las carpas y otros peces, pero ya no hay nada de nada. ¡Qué triste! ¿No?

"Ke, ke". No se lo que pensaba el bebé, pero sonrió de una manera extraña al tiempo que mascaba el ñame. Aunque se trataba de mi hijo, no podía dejar de pensar que sufría de alguna forma de retraso.

Nada iba a resolver si permanecía sentada en aquel banco, así que cargué de nuevo a mis espaldas al niño y regresé tambaleándome a la estación de Kichijoji. Atravesé la ruidosa calle comercial y compré un boleto para Nakano, sin pensar en ningún plan. Estaba siendo arrastrada hacia un profundo abismo, un abismo maldito. Descendí del tren en la estación de Nakano y me encaminé en dirección al pequeño restaurante siguiendo la ruta que sus dueños me habían señalado la noche anterior.

Como no pude abrir la puerta delantera, me dirigí a la zona posterior y entré por la cocina. El hombre no se veía por ninguna parte, la mujer se ocupaba de la limpieza del local. Al verla cara a cara solté delante de ella, con singular desfachatez de la que yo misma no me hubiera creído capaz, una retahíla de mentiras.

—Disculpe, señora, estoy dispuesta a devolverle todo su dinero, esta noche o a más tardar mañana. Se lo aseguro, ya lo he conseguido, así que no hay motivo para preocuparse.

—Oh, gracias, muchas gracias.

En su rostro se dibujó un signo de alivio, mezclado con cierta vacilación, como si lo hubiera recorrido de pronto una sombra de angustia.

—Le estoy hablando en serio, señora. Cierta persona vendrá a traerle su dinero aquí mismo, con toda seguridad. Mientras llegue ese momento, me quedaré en su casa como garantía. De esta manera, usted confiará en lo que le estoy diciendo. De momento, y en espera de que hayamos satisfecho la deuda, la ayudaré en los trabajos que se requieran en este lugar.

Dejé al niño jugando en el cuarto de seis tatamis del fondo y me dediqué a ayudar a la señora en lo que pude. El niño está acostumbrado a jugar solo, así que se mantuvo tranquilo, sin causarnos ninguna molestia. Además, como tiene cierto retraso y no es nada tímido, siempre está sonriendo. Cuando salí a buscar algunos víveres al mercado, la señora le dio una lata de conservas americana vacía y el chico se quedó jugando en un rincón de la habitación.

El marido de la señora regresó por la tarde, cargado de pescado y verduras. Al verlo llegar repetí de forma apresurada las mismas mentiras que le había dicho a la mujer.

El rostro del hombre no reveló ninguna sorpresa.

—¿Habla usted en serio? De todas formas, hasta que no tengamos ese dinero en nuestras manos, no hay seguridad de nada.

El tono de su voz era sereno, pero al mismo tiempo parecía estar advirtiéndome algo.

—Créame, es verdad. Confíe en lo que le estoy diciendo. Por favor, espere un día más antes de hacer la denuncia a la policía. Mientras tanto, los ayudaré en lo que sea necesario.

—Bueno, cuando nos devuelva el dinero todo estará bien —parecía que hablara para sí mismo—. A este año ya no le quedan más que cinco o seis días.

—Sí, por eso, yo le… Parece que llegaron clientes. ¡Bienvenidos! —saludé con una sonrisa a los recién llegados, que tenían aspecto de obreros, y en voz baja le dije a la mujer— Señora, disculpe, me podría prestar un delantal.

—Vaya, vaya, has contratado a una preciosidad. Mírala, que guapa —así habló uno de los clientes.

—Por favor, dejen de fastidiarla —respondió el dueño en tono de broma, pero su semblante se mantuvo serio—, que está en juego una bonita cantidad de dinero.

—¿Será una yegua purasangre de un millón de dólares? —intervino otro cliente, con un tono grosero.

—Dicen que comparadas con los caballos, las hembras valen la mitad —para no quedarse atrás, un tercer cliente habló de forma todavía más vulgar, mientras yo ponía a calentar una botella de sake.

—No seas bruto. Ahora en Japón, no importa que seas perro o caballo, hombres y mujeres tienen los mismos derechos —intervino el cliente más joven y luego agregó—: Oiga guapa, me he enamorado de usted, amor a primera vista. ¿Tienes un hijo, verdad?

—No —habló desde el fondo la señora, que llevaba a mi niño en brazos—. Unos parientes nos lo han dado en adopción. Al fin tenemos un heredero.

—Y les habrán dado dinero también —dijo otro cliente, mofándose.

—Sabe cortejar y sabe endeudarse —susurró el dueño con seriedad. Luego cambió el tono de voz y se dirigió a los clientes—. ¿Qué les ofrecemos? ¿Si quieren les preparamos una cacerola de verduras y pescado?

En ese instante comprendí algo. Asentí con la cabeza, pero no me inmuté y les traje a los clientes una botella de sake.

Aquel día se celebraba la noche previa a la Navidad, y por esa razón el flujo de clientes no cesaba. Yo no había comido nada desde la mañana, pero mi corazón rebosaba de sentimientos encontrados y aunque la señora me invitó a comer, le dije que no tenía hambre. Sólo giraba y giraba como si tuviera alas, me sentía ligera como el viento y me afanaba en el trabajo. A lo mejor me estaba dejando llevar por la vanidad, pero como aquel día la afluencia de clientes era inusual, hubo dos, qué digo, tres clientes que me preguntaron mi nombre y me tomaron de la mano, y esa situación nueva para mí me producía una especie de excitación.

¿Qué podía hacer? No se me ocurría nada. Simplemente sonreía a los clientes que no cesaban de hacer bromas soeces, y para seguirles la corriente les respondía con más vulgaridades. Me deslizaba de aquí para allá llevándoles sake, y mientras me movía de aquella manera pensaba que mi cuerpo se estaría derritiendo al igual que un helado.

En este mundo a veces suceden milagros.

Pasadas las nueve de la noche llegaron dos nuevos clientes, un hombre y una mujer. El primero traía puesto un gorro navideño y ocultaba la parte superior de su rostro con un antifaz negro al estilo Arsenio Lupin. La mujer era guapa y delgada, de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años. El hombre se sentó de espaldas a nosotros, pero desde el mismo instante en que entró supe quién era: el ladrón de mi marido.

Parecía que no se había percatado de mi presencia, así que me hice la tonta y continué bromeando con los clientes. La mujer, que se había sentado delante de mi marido, me llamó.

—Oiga, señorita.

—Sí, dígame —le contesté y me acerqué a la mesa—. Bienvenidos. ¿Les apetece una botella de sake?

Cuando hablé, mi marido me miró de reojo desde el fondo de su antifaz, y me di cuenta de que no podía disimular la sorpresa, pero rocé con suavidad su hombro.

—¿Se dice feliz Navidad, o algo así, no? ¿Qué es lo que se dice en este día? Parece que hoy uno puede emborracharse ¿verdad? —agregué.

A la mujer no le agradaron mis palabras y puso cara de pocos amigos.

—Por favor, disculpe usted, quiero hablar en privado con el dueño, ¿podría decírselo?

Asentí y fui hasta el fondo, donde el dueño se ocupaba de preparar la comida.

—Ôtani está de regreso. Por favor, hable con él, pero a la mujer que lo acompaña no le diga nada de mí. No quiero avergonzar a

Ôtani.

—Al fin volvió, señora.

El dueño, a pesar de que no había creído ni siquiera la mitad de lo que le había dicho, ahora que mi marido había regresado parecía que comenzaba a confiar en mí. Todo estaba resultando a la perfección.

—No le diga nada sobre mí —insistí.

—Si eso la satisface, así lo haré.

Parecía sincero. Echó un vistazo a los clientes y luego se encaminó directamente a la mesa donde estaba mi marido. Intercambiaron dos o tres frases y enseguida salieron los tres juntos del local.

Todo estaba saliendo bien. Las cosas se estaban resolviendo de la mejor manera posible. Por alguna razón me sentía alegre y confiada, incluso feliz. Tomé la mano de un cliente joven, no pasaría de los veinte años, que vestía un bonito kimono azul marino con rayas blancas.

—Brindemos, ¿quieres? Bebamos, que es Navidad.

III

Apenas habían pasado treinta minutos, miento, un poco menos, cuando, más pronto de lo que había pensado, el dueño regresó solo y se sentó a mi lado.

—Muchísimas gracias, señora. Su marido me devolvió el dinero.

—¿En serio? ¡Qué bien! ¿Todo?

El dueño sonrió de una forma rara.

—Sí, aunque sólo me reintegró lo que nos había sustraído ayer.

—Ah, ¿y cuánto le sigue debiendo en total hasta ahora? Más o menos, un cálculo aproximado.

—Veinte mil yenes.

—¿Sólo eso?

—Bueno, sí, sin entrar en detalles, más o menos.

—Se lo devolveré todo, señor, si me permite trabajar aquí a partir de mañana. Sí, por favor, saldaré esa deuda con mi trabajo.

—¿Habla usted en serio, señora? Es usted una mujer fácil, no se respeta.

Ambos nos reímos al unísono.

Aquella noche, después de las diez salí del restaurante de Nakano llevando a mis espaldas al niño y regresamos a nuestra casa de Koganei. Como sospechaba, mi marido no había vuelto, pero yo estaba tranquila. Si mañana volvía al restaurante, allí podía verlo. ¿Cómo no se me había ocurrido antes esta idea? Todo el sufrimiento de aquel

largo día se debía a mi estupidez, todo porque no se me había ocurrido una buena idea. En el pasado, cuando ayudaba a mi padre en el puesto de comida que teníamos en Asakusa, yo no era nada mala en el trato con los clientes. De ahora en adelante seré todavía más eficaz. Esta noche, incluso, me dieron quinientos yenes de propina.

De acuerdo con lo que me contó el dueño, la noche del incidente en nuestra casa de Koganei, mi marido se había quedado a dormir en la casa de un conocido suyo, a saber dónde. Luego, por la mañana temprano, se presentó como un desesperado en el bar que administra aquella bella señora, en Kyōbashi. Estuvo bebiendo whisky desde la mañana y repartiendo dinero a las cinco chicas que trabajan en aquel lugar, diciéndoles que se trataba de sus regalos de Navidad. Al atardecer pidió un taxi y se fue para otro sitio donde consiguió gorros de Navidad y antifaces, así como pasteles y un pavo asado. Llamó por teléfono a un grupo de sus conocidos invitándolos a una gran fiesta. La administradora del bar comenzó a sospechar que algo raro estaba sucediendo e interrogó a mi marido que, con descaro, le contó lo que había sucedido la noche anterior. Como la señora tenía una relación muy estrecha con Ôtani y lo apreciaba de verdad, temiendo que se armara un escándalo y que interviniera la policía para llevárselo preso lo conminó a devolver el dinero, ofreciéndose además a poner de su bolsillo lo que había gastado hasta ahora. Y así fue como ambos se presentaron en el restaurante de Nakano.

—Lo sospeché desde el principio, pero usted, señora ¿cómo se dio cuenta de lo que iba a suceder? ¿Se lo pidió a algún amigo del señor Ôtani?

Él pensaba que yo sabía desde antes lo que sucedería y que por eso había venido al restaurante a esperar a mi marido. Como estaba convencido de que las cosas eran de esa manera, le ofrecí una sonrisa de circunstancias al tiempo que le decía:

—Sí, claro, por supuesto…

A partir del día siguiente mi vida dio un vuelco y cambió radicalmente: la alegría se apoderó de mis sentidos como nunca antes había sucedido. Acudí a la peluquería para arreglarme el cabello, compré un equipo de maquillaje, acondicioné los kimonos que había recuperado, e incluso la señora del restaurante de Nakano me regaló un par de calcetines blancos. Sentía que los oscuros sentimientos que pesaban sobre mi corazón habían sido borrados de una vez por todas.

Me levantaba temprano y desayunaba con mi hijo, luego preparaba el almuerzo, y con el chiquillo al hombro salía a trabajar a Nakano. Nochevieja y Año Nuevo eran los días de mayor actividad en el restaurante. Adopté el nombre de Sacchan de Tsubakiya, y los días que siguieron la Sacchan estaría tan ocupada que llegaría a sentirse mareada. Día sí, día no, mi marido aparecía por el local, bebía como

siempre, hacía que yo pagara la cuenta y, de pronto, desaparecía. Más tarde, ya de noche, aparecía de nuevo para fisgonear.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me proponía en voz baja.

Yo asentía con un gesto y comenzaba a preparar mis cosas para la vuelta. Varias veces regresamos juntos y alegres a nuestra casa.

—¿Por qué no hice esto desde el principio? Ahora me siento tan feliz.

—Recuerda, para las mujeres no existe felicidad ni desdicha.

—¿En serio? Si tú lo dices, será verdad. ¿Y para los hombres?

—Para los hombres sólo existe la desdicha. Tenemos siempre que luchar contra nuestros miedos.

—Aunque no te entiendo, no me importa. Pienso continuar siempre con esta vida. El dueño y la señora del Tsubakiya son personas muy buenas.

—Son tontos, unos pueblerinos. Aunque no lo parezcan, son unos egoístas. Me hacen beber y beber con el propósito de aumentar sus ganancias.

—Pues claro, así funcionan los negocios. A propósito, ¿intentaste seducir a la señora, no?

—Eso fue hace tiempo. ¿El marido se dio cuenta?

—Lo sabe muy bien. El otro día dijo con un suspiro que tú sabías seducir y endeudarte.

—A lo mejor no soy más que un presumido, pero lo único que deseo es morir, no puedo evitarlo. Desde que nací sólo pienso en morir. Para el bien de todos, lo mejor será que yo esté muerto. Ese es un hecho irrefutable. A pesar de mis deseos, continúo con vida. Una especie de extraño y terrible Dios ha impedido mi muerte.

—Tienes cosas que hacer, ésa es la razón.

—Si te refieres a mi trabajo, eso no significa nada. No he logrado escribir una obra maestra, ni tampoco una mediocre. Si la gente afirma que una obra es buena, se convierte en algo extraordinario, si dicen que es mala, se vuelve una basura. Es justo como el aire que expulsamos y aspiramos. Lo que me aterra es la idea de que en algún lugar de este mundo está Dios, eso es. Existirá ¿no?

—¿Cómo?

—Existirá, ¿no?

—No lo sé.

—Bien.

A los veinte días de trabajar en el restaurante me di cuenta de que los clientes que venían a beber al Tsubakiya, sin ninguna excepción, eran unos delincuentes. Hasta llegué a pensar que mi marido era el mejorcito de todos. Además, no se trataba sólo de los clientes de aquel

lugar, todos los que andábamos por las calles teníamos un pasado oscuro, ocultábamos algún crimen. Una señora cincuentona de muy buena presencia entró por la puerta de la cocina vendiendo sake, lo ofrecía con claridad a: "Trescientos yenes la botella de dos litros". Se trataba de un precio muy inferior al que se ofrecía en el mercado, así que la dueña lo compró sin ninguna vacilación, pero resultó que no era más que alcohol disuelto en agua. En un mundo como aquel donde una dama refinada tenía que recurrir a ese tipo de tretas para sobrevivir, no era posible que nosotros pudiéramos vivir sin algún lado oscuro. Al igual que en un juego de naipes, si te tocan cartas negativas es imposible transformarlas en positivas. Eso no es factible, ¿verdad?

Si Dios existe, ¡por favor, que se manifieste de una vez!

A finales de enero, fui violada por un cliente del restaurante. Aquella noche llovía. Mi marido no se dejó ver por allí, pero un antiguo conocido suyo, el señor Yajima, editor o algo parecido, un cuarentón que en algunas ocasiones me había dado cierta cantidad de dinero para mis gastos, apareció en compañía de un individuo más joven que él. Bebían sake y hablaban en voz alta diciendo que no era bueno que la señora de Ôtani trabajara en un sitio como aquel. Hablaban medio en broma, supongo, así que intervine riéndome y les pregunté:

—¿Dónde anda esa señora?

—No sé dónde estará, pero lo que sí puedo decir es que es más fina y bella que Sacchan de Tsubakiya —afirmó el señor Yajima.

—Me hace sentir celos. Aunque fuera por una noche, me encantaría invitar a una persona como el señor Ôtani. Me gustan los individuos embusteros como él.

—Ya ves.

El señor Yajima le hizo un gesto a su acompañante y se me quedó mirando con despecho.

Por aquella época, los periodistas que venían al Tsubakiya acompañando a mi marido sabían que yo era su mujer. Algunos más se habían acabado enterando también y acudían al restaurante a divertirse a mi costa y quizá, gracias a esta circunstancia, el negocio prosperaba. No obstante, el dueño no podía disimular su molestia y mal humor.

Esa noche, el señor Yajima y su acompañante charlaban sobre negocios, creo que se referían al papel que se comercializaba en el mercado negro. Pasadas las diez se retiraron, y como seguía lloviendo y mi marido no aparecía, aun cuando todavía quedaba un cliente, comencé a preparar mis cosas para irme a casa. Fui hasta el aposento del fondo donde dormía mi niño, lo cargué a la espalda y salí.

—Señora, ¿me podría prestar de nuevo un paraguas? —le dije en voz baja a la dueña.

—Yo tengo un paraguas. Si quiere la acompaño hasta su casa —dijo un cliente que aún permanecía en el local. Un tipo de baja estatura y flaco, con aspecto de obrero, de unos veinticinco años. Se levantó y en su rostro pude observar su semblante serio. Era la primera vez que lo veía.

—Gracias, no se moleste. Estoy acostumbrada a caminar sola.

—¿Cómo dice eso? Su casa está lejos. Lo sé muy bien. Yo también vivo por Koganei. La acompaño. Señora, la cuenta, por favor.

En el local se había tomado sólo tres copas de sake. No parecía estar borracho.

Subimos juntos al tren, bajamos en Koganei, luego caminamos bajo el mismo paraguas por calles oscuras. Hasta entonces el hombre no había dicho ni una sola palabra, pero de pronto se desató a hablar.

—Sabe, soy un fanático de los poemas del señor Ôtani. Yo también escribo poesía. Varias veces he pensado mostrarle mis poemas al señor Ôtani, pero siento temor de hacerlo. No sé por qué.

Llegamos a casa.

—Muchísimas gracia, señor. Nos vemos pronto en el Tsubakiya.

—Bueno, sí, hasta luego.

El joven se alejó bajo la lluvia.

Alrededor de la media noche me despertó el sonido de la puerta de entrada. Pensé que era mi marido que llegaba borracho y permanecí acostada.

—Por favor, señora Ôtani, disculpe, disculpe… —Se escuchaba una voz masculina.

Me levanté, encendí la luz de la entrada y fui a ver quién era. Ahora, el joven que me había acompañado se tambaleaba, no podía mantenerse en pie.

—Señora, por favor, perdóneme. De vuelta a casa me detuve en un bar a tomarme unos tragos y ya ve usted… Vivo en Tachikawa, lejos de aquí, y cuando me acerqué a la estación ya había salido el último tren. Señora, le ruego que me dé posada por esta noche. No necesito futón, me puedo quedar aquí mismo durmiendo en el suelo. Por favor, permítame quedarme hasta que salga el primer tren de la mañana. Si no estuviera lloviendo me podría refugiar bajo el alero de alguna casa vecina, pero con este aguacero es imposible…

—Mi marido no está en casa. Si se conforma con dormir en esta entrada, no hay ningún problema, puede quedarse —le dije y le ofrecí un par de cojines rotos.

—Gracias, discúlpeme. Ay, estoy tan borracho —habló en voz baja como si experimentara un profundo sufrimiento. Se acostó enseguida

y cuando regresé a mi habitación se escuchaban sus aparatosos ronquidos.

De madrugada, sin que pudiera ofrecer ningún tipo de resistencia, aquel individuo abusó de mí. Me violó.

Ese mismo día, como siempre, cargué al niño a la espalda y salí rumbo al restaurante.

Sentado en el suelo, mi marido estaba leyendo el periódico. No había nadie más en el local. Sobre una mesa se podía ver una copa de sake. La luz del sol de la mañana se reflejaba en el cristal, y a mí aquel reflejo se me antojó hermoso.

—¿Dónde están los demás?

Mi marido se volvió para mirarme.

—El dueño salió de compras y aún no ha regresado. La señora andaba hace poco en la cocina. Por ahí estará.

—Anoche no viniste, ¿verdad?

—Claro que vine. Si no veo el bello rostro de la Sacchan de Tsubakiya no puedo dormir. Vine a verla pasadas las diez y me dijeron que ya se había marchado.

—¿Y?

—Pues me quedé a dormir aquí. Llovía a cántaros.

—Yo también debería pedir que me permitan dormir aquí, para siempre.

—Si eso te conviene, pues adelante.

—Eso es lo que voy a hacer. No tiene sentido seguir pagando el alquiler de esa casa.

Mi marido continuó mirando el periódico en silencio.

—Ah, de nuevo están escribiendo falsedades sobre mí. Dicen que soy un falso aristócrata, un epicúreo. Ni siquiera han acertado. Lo correcto sería decir que soy un epicúreo temeroso de Dios. Fíjate, Sacchan, aquí han escrito que soy un bruto, un animal indigno de ser humano. ¿Será verdad? Ahora te puedo decir la razón por la que me llevé cinco mil yenes de este lugar a finales del año pasado: quería pasar un bonito año nuevo contigo, Sacchan, y con el niño. Como no soy un bruto ni un animal, puedo hacer este tipo cosas.

No se le veía particularmente feliz.

—Puedes ser un bruto o un animal —le dije—. Eso no tiene ninguna importancia. De momento nos basta con estar vivos.

(Título original: “Viyon no tsuma”, 1947)

EL PROFESOR ÔSON Y LA SALAMANDRA

Antes que nada voy a contarles el episodio en el que el profesor Ôson fue cautivado por una salamandra, asunto que le ocasionó la pérdida de una gran cantidad de dinero. El profesor era una persona que había vivido infinidad de anécdotas, y quisiera presentarles de aquí en adelante, a través de este medio, estimados lectores, algunas de las más significativas a fin de que logren tener una idea en conjunto de la naturaleza de este personaje. Evitaré de este modo tener que referirme al profesor Ôson de una forma abstracta.

Empezaré por confesar que fui yo el culpable de que el profesor comenzara a interesarse por esas cosas tan extrañas llamadas salamandras. Un día a principios de la primavera vino a visitarme a mi casa. Traía puesta, como de costumbre, una boina juvenil, con un diseño de barras cruzadas, que no le quedaba nada bien. A riesgo de parecer impertinente, en una ocasión le había sugerido que prescindiera de ella. Asintió con una inclinación de cabeza al tiempo que me decía que estaba de acuerdo conmigo, pero hasta la fecha la sigue llevando. Luego nos acercamos hasta el parque Inokashira, un lugar que estaba cerca de mi casa. Yo pensaba que los gustos del profesor Ôson no eran nada refinados, y ahora lo estaba comprobando.

—Profesor, un albaricoque —dije, señalándole el fruto que colgaba de un arbusto.

—Ah, sí, un albaricoque —asintió, sin molestarse en mirarlo.

—Entre los albaricoques prefiero los blancos a los rojos —comenté.

—Ambos son buenos —dijo, pasando de largo.

Lo seguí y le dije:

—Profesor, ¿le gustan las flores?

—Me encantan.

Sin embargo, me había dado cuenta de que el profesor no tenía ni pizca de sensibilidad. Aunque paseábamos por el parque, caminaba de prisa, pasando por alto lo que estaba a la vista, sin fijarse en los

albaricoques ni en los sauces. Algunas veces susurraba vulgaridades como: “Qué bonitos…”. Pero a todas las mujeres que nos encontrábamos no les quitaba el ojo de encima y comentaba cosas de este tipo: “No es guapa, ¿verdad?”. “Debe de tener unos dieciséis años, ¿no crees?”. Era desesperante. Ya no lo soportaba.

—Estoy cansado. ¿Nos sentamos un rato?

—De acuerdo. Podemos ir hasta aquella casa de té. Tiene una vista perfecta. ¿Le parece?

—Todas son iguales. Vayamos a la más cercana.

Se dirigió con toda tranquilidad a la que estaba más cerca, una casa de té bastante vulgar, y se sentó.

—Quisiera comer algo —comentó.

—Muy bien, yo también tengo algo de hambre. ¿Qué pedimos? ¿Una bebida de arroz fermentado o una sopa de judías dulces?

—Quisiera comer algo más sustancioso.

—Bueno, parece que aquí no hay muchas cosas deliciosas.

—¿No tendrán un tazón de pollo con huevo? —a pesar de su avanzada edad era un glotón.

Su comportamiento me hacía sonrojar. El profesor encargó su tazón y yo pedí la sopa de judías dulces. Cuando terminamos de comer, comentó:

—El tazón tenía muy buen tamaño y el arroz era abundante.

—Pero le supo horrible, ¿verdad?

—La verdad es que estaba asqueroso.

Enseguida se levantó y salió caminando a toda prisa. El profesor no sabía lo que era estar sentado sin hacer nada. Sin detenerse, se dirigió al acuario de Nakanojima. Una vez dentro le señalé un bonito pez.

—Profesor, es una preciosa carpa rojiamarilla. ¿No cree?

—Preciosa —y pasó de inmediato a otra pecera.

—Profesor, es un ayu. Tiene una muy bonita estampa.

—Ah, sí, está nadando —y sin detenerse siguió de largo hasta la siguiente pecera. En ningún momento se detuvo a contemplar los peces que había por todos lados.

—Mire las anguilas, profesor. Son muy divertidas. Fíjese como están acostadas en la arena. Profesor, ¿las está viendo?

—Sí, las anguilas. Están vivas —continuamente decía frases incoherentes, y seguía su camino sin detenerse un instante.

De pronto lanzó un grito y comenzó a hablar solo.

—Eh, tú, ¡salamandra! Salamandra. En realidad eres una salamandra. Si estás viva, de verdad que eres capaz de infundir miedo a cualquiera —le hablaba como si la conociera de una vida pasada. Al ver aquella salamandra, el profesor había quedado como embrujado.

—Es la primera vez… —dijo con un rugido—. Es la primera vez que veo una. Miento, ya antes había visto una, pero no tan de cerca como ahora. Es la primera vez que veo una en todo su esplendor. Oye, tú sí que exhalas un aroma a mundo antiguo. Eres como el aire que brota de una montaña oculta. El primer ideograma de "aire montañés" está formado por el carácter "decir", y a sus costados aparecen dos caracteres que significan "hilo", y abajo aparece el ideograma de "montaña". Sin duda, salamandra, puedo afirmar que eres el espíritu oculto de la montaña —terminó su perorata con un nuevo rugido. Yo no aguantaba más… me moría de vergüenza.

—Me llama la atención, profesor, el hecho de que esa salamandra lo haya fascinado. ¿Qué es lo que tiene de extraordinario? Dígame usted. Aunque, ahora que lo recuerdo, un escritor de otra época ya había escrito una novela con el tema de la salamandra.

—Sí, así es —asintió con un gesto como si estuviera informado del tema—. Seguro que se trata de una obra maestra. Nadie sabe todavía la belleza que oculta esa bestia, quiero decir esa criatura. Pertenece a la familia de los peces —comenzó a hablar lleno de excitación, miraba hacia todos lados, escondía la cara y se frotaba el bigote—. ¿Qué especie será? Dígame, encargado, es un otario ¿verdad? Una foca o un otario, eso —ya el pobre había comenzado a desvariar, se le notaba como perdido.

Este episodio había resultado muy desalentador para el profesor, pues había revelado su total desconocimiento de la zoología.

Un mes más tarde decidí hacerle una visita al profesor en su residencia de Asagaya, y para mi sorpresa lo encontré convertido en un experto zoólogo. Como se trataba de una persona que no acostumbraba a dar su brazo a torcer, tras la frustrante experiencia en el zoológico se consagró con ahínco y devoción al estudio de aquella disciplina. Eso fue lo que deduje nada más verlo cuando tras recibirme se dedicó a instruirme en la materia.

—Ah, ya, verás. El animal que encontramos el otro día es un anfibio, de la familia de los caudados —comenzó a perorar con un deje de pedantería—. No entiendes, ¿verdad? Si pudieras leer cómo se escribe, te darías cuenta de lo que estoy diciendo. Como posee una cola, pertenece a la familia de los caudados. Ja ja ja —al parecer se había dado cuenta de su insolencia, pues se sonrojó de repente. Y a mí la situación me causó mucha risa.

—Sin embargo —agregó con solemnidad—, se trata de un animal muy interesante, digamos, una especie muy rara.

Me senté en la veranda y saqué de mi bolsillo la agenda que siempre llevo conmigo. Cuando el profesor se pone en plan serio, acostumbro a sacar la agenda con el propósito de anotar todo lo que él dice. Para ponerlo de buen humor le dije una vez que sus enseñanzas

eran muy valiosas para mí y le pregunté si me permitía tomar apuntes mientras él hablaba. Eso lo halaga mucho. Si después de estar charlando un rato se percataba de que no había escrito nada en mi libreta, ponía cara de enojo y me dedicaba algunas puyas hirientes. Así que lo mejor era anotarlo todo. Yo mismo me reprochaba esta rara manía que me convertía en un condenado transcriptor, pero a lo mejor, mediante este método, estaba desahogando mis frustraciones y, en consecuencia, no podía echarle la culpa a los demás.

A continuación transcribo el contenido íntegro del discurso del profesor y entre paréntesis incluyo algunos comentarios breves del transcriptor, es decir míos.

»Vamos a ver de que hablaremos hoy. Aunque no tengo nada interesante de que hablar (sería muy buen profesor si pudiera prescindir de su engreimiento), pues siempre se trata de las mismas historias, ya ustedes deben estar hartos, ¿verdad? (¡el único oyente soy yo!), hoy me referiré a un extraño animal llamado salamandra. Me sabrán disculpar, pero sólo podré hacer una exposición superficial del tema. Hace unos días recibí la amable invitación de un estudiante (¡qué cosas dice!) para que fuéramos al parque Inokashira a ver la floración de los albaricoques. Ya los brotes blancos y rojos habían florecido (mentira: los rojos no habían florecido aún), y ambos competían en esplendor y belleza. El silencio se cernía sobre la vegetación y yo me sentía como un monje ermitaño en su apartada choza. Caminaba dentro de una ensoñación, olvidado del mundo ordinario y banal (ah, el tazón de pollo y huevos). De pronto aparece delante de mis ojos aquella ancestral criatura de secreta belleza. Se trataba, sin duda, del aroma oculto de la montaña (se refiere al ideograma que significa “decir” y a los dos caracteres que se leen como “hilo”). Se estremecía, no se sorprendan, pueden creerlo: era la famosa salamandra. Nos habíamos embriagado con el perfume de los albaricoques, avanzábamos tambaleándonos y, de súbito, sin que nos diéramos cuenta, entramos al acuario del parque. Y ahí nos aguardaba la salamandra. Al verla me di cuenta, como en una revelación, de que aquella era la amada que había estado buscando durante tanto tiempo. Ese olor ancestral. El auténtico Yamato (un tanto distorsionado, pienso). Éste era sin duda un producto puramente japonés. Con la calma que me caracteriza me dirigí al estudiante que me acompañaba, y cuando estaba a punto de explicarle los atributos de este noble animal, sin razón alguna, como un demente, se echo a reír. La verdad es que su conducta me irritó. Decidí no ofrecerle ninguna información y regresé directamente a casa.

»Hoy les haré una exposición breve acerca de las características científicas de la salamandra. Las grandes salamandras de Japón son famosas en el mundo entero. Según el prestigioso libro del doctor

Chiyomatsu Ishikawa, hace unos doscientos años, en una región de Alemania encontraron un fósil de una forma muy extraña, que nunca se había visto antes. Un científico llegó a una conclusión apresurada y afirmó que se trataba de un hueso humano, de la época en la que nuestros ancestros todavía andaban a gatas, y por esa razón poseía aquella forma tan grotesca. “Deberían sentir vergüenza”, tronó tajante espantando a los investigadores que creían haber hecho un descubrimiento extraordinario. De todas maneras, aquel fósil se hizo famoso: las mujeres lo aborrecían, los hombres feos lo aplaudían, los monjes estaban consternados, y los chulos de los burdeles lo adoptaron como suyo.

»Así, el fósil de marras se convirtió en un problema social que nadie podía obviar. Después de una exhaustiva investigación, las autoridades científicas de la época llegaron a la conclusión de que, aunque desconocían su verdadera naturaleza, no se trataba de un hueso humano. Alguien sugirió, entonces, que el fósil se parecía a las salamandras que habían sido localizadas en algunos torrentes montañosos de los Estados Unidos. Le replicaron que las salamandras de aquel país no eran tan grandes como el fósil, que entre ambos había una diferencia abismal. Era como comparar un caballo con un conejo. Finalmente, no sabiendo a ciencia cierta lo que era, aceptaron que se trataba de una salamandra y se desentendieron del asunto. Lo cierto era que hasta la fecha no había sido encontrado en ningún lugar del mundo ni siquiera un cadáver de aquella clase de animal.

»Pasado cierto tiempo, la euforia que había despertado el descubrimiento del fósil se fue atenuando. Hasta que un señor de apellido Siebold vino a Japón y por mera casualidad vio que aquella cosa estaba delante de él caminando con lentitud. El tal Siebold estuvo a punto de desmayarse de la emoción. El ancestral monstruo que todos pensaban había desaparecido de la faz de la tierra hacía miles de años estaba vivito y coleando. En Japón seguía viva la salamandra gigante. Siebold se encargó de enviar telegramas a todo el mundo informándoles de su hallazgo. La comunidad científica estaba sorprendida, pero al mismo tiempo dudaban de Siebold, pues el tipo tenía fama de mentiroso. Sin embargo, la estructura ósea de la salamandra gigante de Japón y el fósil hallado en Alemania eran idénticos, y nadie podía ya hacerse el desentendido.

»En consecuencia, la salamandra gigante de Japón se convirtió en un importante tema de investigación para los científicos de todas partes. Los interesados en los animales antiguos querían ver con sus propios ojos a la salamandra gigante de Japón. Y aquel interés constituía un gran motivo de orgullo para los japoneses. Fíjense bien (ya comenzó de nuevo con sus fanfarronadas), un antiquísimo espécimen continuaba con vida en los torrentes montañosos de Japón,

sin haber experimentado cambios significativos en su apariencia y forma de vida a lo largo de miles de años. Para aquellos que reflexionaban en silencio, este hecho era semejante a la aparición de una deidad. Estábamos en un país donde las cosas podían permanecer sin alteración alguna…

»Por cierto, en el país de Toyoashihara Mizhuho, es decir en el antiguo Japón, han sucedido muchas historias extrañas. Como el cuento aquel de Koshi de la serpiente dividida en ocho trozos. O el de los cocodrilos que despellejaron a los conejos de Inaba. Todas esas cosas ¿no habrán sido causadas por las salamandras gigantes? (ya se está saliendo por la tangente y comienza a desvariar). Sostengo esa hipótesis, pero debo reconocer que algunos científicos no estarán de acuerdo conmigo. No me voy a empeñar particularmente en mi teoría, pero recuerdo que en Tsuyama, en el país de Sakushû, en lo más profundo de las montañas, a unos treinta y seis kilómetros, se encuentra el poblado de Mukôyugawara. En aquel lugar había un templo en el que se veneraba al dios Hanzaki. En el dialecto de la región, Hanzaki significa salamandra. Aunque a ese nombre no se le han asignado los ideogramas correspondientes, si nos atenemos a la fonética, el nombre se puede traducir por la expresión: “aunque lo partan en dos, continuará con vida”. Dicen que la salamandra que veneraban en ese lugar, el dios Hanzaki, era tremendamente agresiva. Según una antigua tradición oral, se afirma que estaba habituada a comerse a las personas. La leyenda consta en un texto llamado *Sakuyôushi*, donde se dice que había devorado una inmensa cantidad de seres humanos hasta que apareció un héroe que logró deshacerse de ella. La mató. Y el héroe, para evitar que el espíritu rencoroso de la salamandra les echara una maldición, comenzó a venerarla como una deidad. Esta parte está contada detalladamente en el *Sakuyôushi*. El templo actual es bastante modesto, pero en el pasado fue un santuario shintoísta muy relevante. ¿No les recuerda esta historia a la de la serpiente dividida en ocho trozos? No es que me esté empecinando en el asunto del tamaño, pero de acuerdo con el *Sakuyôushi*, la salamandra medía unos nueve metros. A los científicos, este dato les puede resultar dudoso, y a mí me desagradan los individuos que no creen en las historias contadas por otras personas. Si son nueve metros, ¿por qué no habríamos de creerlo? (no tiene por qué enojarse conmigo, qué demonios tengo yo que ver en ese asunto). De la manera que sea, en el pasado las grandes salamandras estaban por todas partes. Y con esa idea me quedo.

»La salamandra tiene el cuerpo plano. Cn el paso del tiempo le va creciendo la cabeza hasta alcanzar un gran tamaño y la boca se le ensancha. Los jóvenes de ahora la encuentran repulsiva y la esquivan, pero en la antigüedad era considerada un ser de otro mundo. De

hecho, aun cuando midan unos sesenta centímetros, las salamandras de Japón que viven en los torrentes montañosos se pueden convertir en un peligro si nos acercamos demasiado a ellas. No tienen dientes filosos, pero debido a la gran fuerza de sus mandíbulas te pueden arrancar dos dedos de una tarascada. Solo de pensarlo, me siento mal. Desde esa perspectiva, les tengo un gran respeto a las salamandras. Aunque son animales relativamente tranquilos, si los hacemos enojar pueden infundir temor. Pienso que el conejo de Inaba fue víctima de alguna salamandra, pero tengo que continuar investigando al respecto. Aun cuando parezcan raras y torpes, comen con enorme rapidez. Si las observas con cuidado parece que están meditando en silencio, pero cuando una presa se les acerca giran la cabeza con gran celeridad y ahí mismo dan cuenta de ella, la devoran en un santiamén. Luego vuelven de nuevo a su meditación. ¿Cómo es que las salamandras gigantes de Japón atrapan con facilidad a ese pez llamado *yamame*, que se caracteriza por su formidable agilidad? Siempre me he hecho esta pregunta. Una de las características que ayuda a la salamandra es el color de su piel. Cuando se resguardan entre las rocas sin hacer ningún ruido no podemos saber si se encuentran ahí, pues su piel adopta el color del lodo. Colocan sus grandes cabezas en los intersticios de las rocas, allá en las profundidades de un torrente, aguardan la llegada de los *yamame*, y con sus enormes bocas se los tragan de un solo bocado. Debido a lo pesado de sus cuerpos no pueden perseguir a sus presas, pero basta que se les acerquen para devorarlas en el acto. Durante el día permanecen escondidas bajo las rocas, pero por las noches salen a navegar río abajo y, según se cuenta, suelen ser atrapadas en las redes de los pescadores.

»¿En qué zonas de Japón se encuentran exactamente? Aparte del ya mentado Siebold, otros científicos como el holandés Handellhomer, el alemán Rhein y el geólogo Bonn se han ocupado de investigarlas. En Japón, los doctores Chujirô Sasaki e Ishikawa se han internado en lo profundo de las montañas con la intención de conocerlas y estudiarlas. El resultado de sus investigaciones ha determinado que en el fondo de Gigu, en el distrito rural de Gushô, hay un lugar llamado Hachiman. En realidad Hachiman se encuentra en la frontera y, hacia el este, no se observan salamandras, pero abundan hacia el oeste, desde la cordillera central hasta el extremo de Honshu. En términos generales, éste ha sido hasta ahora el resultado de sus pesquisas. Dicen que se encuentran en Suô y Nagato, así como en Sekishû. También abundan en la sierras de Ise, Iga y Yamato, en las cercanías del lago Biwa. Siguen apareciendo en Shikoku y Kyushu, y en la región de Kantô se las puede localizar en Hakone, pero ahí muestran otro tipo de fisonomía: son casi del tamaño de un tritón. Bueno, los detalles no importan mucho, lo primordial es que las salamandras gigantes de

Japón han logrado mantener el mismo tamaño que los antiguos fósiles. Y por esta razón resultan, sin lugar a dudas, de gran interés. Mi pasión por estas bestezuelas ha aumentado hasta tal punto que a veces siento ganas de dar saltos de emoción.

»Entre las salamandras que se han encontrado en Japón, las de mayor tama ño oscilan desde ciento treinta y cinco centímetros a metro y medio. No se ha encontrado ninguna más grande. Sin embargo, un anciano de Yodoe, en la región de Hôki, cuenta que había criado una en el estanque de su jardín, de acuerdo con las investigaciones que había emprendido desde niño. Al cabo de sesenta años aquel animal había superado los tres metros de longitud. Cuando sacaba su cabeza del agua se notaba que era enorme, debería de medir unos noventa centímetros de ancho. Bueno, a decir verdad, el anciano era un tramposo, enturbiaba el agua de la superficie más de lo necesario y había sembrado gran cantidad de lirios acuáticos que impedían ver la salamandra con claridad. Pero un día apareció en Yodoe un científico con la intención de entrevistar al anciano. Le dijo que si era verdad que la salamandra medía tres metros, estaba dispuesto a pagar una buena cantidad de dinero por ella. La única condición que ponía era que el anciano le permitiera verla, y éste, con una sonrisa maliciosa, le preguntó si había traído un recipiente con la capacidad suficiente para llevársela. Ésta insolente actitud irritó de tal manera al científico que en su informe dejó constancia de su indignación y calificó al anciano como una persona de la peor calaña.

»¿Qué sucedió con aquella salamandra? ¿Quién sabe? Para serles franco, yo también quisiera tener una, pero pienso que me van a salir con el cuento de si traje un recipiente para llevarla, que no bastaría con una cubeta. Sin embargo, algún día me gustaría tener una de tres metros, sentir su ancestral figura día y noche, embriagarme con el profundo aroma de los valles y las montañas. Hace poco pude observar una salamandra de unos sesenta centímetros en un acuario, y desde entonces he ido averiguando todo cuanto se refiera a ellas. Consultando exhaustivamente la bibliografía respectiva, y mientras me ocupaba de mis investigaciones, me han entrado unos deseos intensos de conocer la salamandra más grande de Japón, es decir, la más grande del mundo. Quisiera verla antes de morir. Me parece que este sentimiento se ha instalado con fuerza incontenible en mi fatigado corazón. Sé que aquel miserable estudiante (¡¿a cuenta de qué me trata de esa vil manera?!) me va a decir que soy un viejo loco y que mi plan no puede ser más descabellado, pero estoy preparado para sus burlas. ¡Oh, dioses! Lo único que quiero en esta vida es ver una salamandra de gran tamaño. Es parte de la naturaleza intrínseca de los humanos el querer contemplar cosas grandes. ¡Esa es la única razón que me mueve a desear algo semejante! (parece que al fin está

llegando al meollo del asunto). Eso sí, debe ser magnífica, maravillosa, aunque no mida tres metros, me doy por satisfecho con una de ciento ochenta centímetros. Solo con imaginármela estalla mi corazón. Bueno, dejemos aquí la charla de hoy (¡Qué estupidez!).

En esta ocasión, la exposición del profesor había sido particularmente extraña. Aunque era un personaje muy excéntrico, hasta ahora sus charlas no habían llegado a semejante extremo. Dependiendo de su humor, en algunas había tratado con bastante severidad los problemas del mundo actual. Incluso había logrado que este transcriptor mejorara sus hábitos de vestimenta y se arreglara el cuello de la camisa. En muchas de sus charlas se había ocupado de las cosas más exquisitas de la vida, y en otras había contado viejas anécdotas que me hicieron reír. Ciertamente en algunas de sus exposiciones se había valido de la caricatura, pero en esta última había superado cualquier expectativa. Simplemente estaba chiflado.

En realidad, no hubo nada de provecho en aquella serie de disparates. Mintió diciendo que los albaricoques rojos y blancos competían en belleza, y exageró afirmando que aquel había sido el sueño de su vida, y para rematar se le ocurrió el cuento absurdo de la salamandra. Que se trataba del aroma fresco de las montañas, que caen en las redes nocturnas de los pescadores, que abren sus grandes hocicos y devoran a sus presas en un santiamén. Al final le temblaba la voz y expresó su vivo deseo de ver una salamandra de tres metros, o por lo menos de ciento ochenta centímetros. Lograr su objetivo sería algo maravilloso. La verdad es que estoy profundamente decepcionado. Llegué a pensar incluso que la bendita salamandra le había inyectado algún veneno al profesor convirtiéndolo en un inútil. Pensé también que si en el futuro repetía otra charla como ésta me negaría firmemente a transcribirla. Me quedé tan aturdido que hasta el rostro del profesor me pareció un objeto grotesco. En cuanto finalicé la transcripción, me alejé a toda velocidad.

Cuatro o cinco días después viajé a unas aguas termales en las afueras de Kôfu. El lugar se encontraba en medio de unos arrozales y no tenía nada de especial, pero a pesar de estar cerca de Tokio era tranquilo, y el precio de la posada resultaba bastante barato. Cada vez que se me acumulaba el trabajo, me trasladaba hasta aquel sitio y me encerraba en una vieja habitación del hostal llamado Tenpôkan, y ahí me dedicaba a mis labores. En esta oportunidad el viaje fue un completo fracaso. Estábamos a finales de febrero y soplaba sin parar un viento insidioso, las ventanas se sacudían por el ventarrón haciendo un ruido molesto y los paneles de papel se habían roto. Todo aquel barullo me impedía concentrarme y no me permitía dormir. Me pasé el tiempo pegado a la estufa, no avancé en mis trabajos y me sentía de lo más frustrado. Para colmo, en el terreno baldío que había

frente a la posada se establecieron unos cómicos ambulantes que hacían un ruido espantoso. Cada año, justamente por esa época, se festejaba en Yumura al Jizô que nos protege de las malas influencias. Como el Jizô era una deidad de buen augurio, desde Shinano y Minobu llegaban de día y de noche numerosos peregrinos. El espectáculo había comenzado con un sonido estruendoso que buscaba llamar la atención de los peregrinos.

Yo estaba de verdad muy molesto. Había escuchado hacía tiempo que en febrero se celebraba en Yumura la fiesta de Jizô, protector de los malos influjos, pero por lo visto aquello se había convertido en una idiotez. Desistí entonces de seguir trabajando. Sobre el kimono que me había provisto la posada coloqué mi *haori* con la intención de salir enseguida. Dada la situación, lo mejor sería acercarme hasta el Jizô para elevarle una plegaria y luego alejarme de aquel lugar lo antes posible. Al salir de la posada, justo enfrente, se hallaba el pequeño circo de monstruosidades. La carpa ondeaba sacudida por el fuerte ventarrón y, a las puertas de ésta, el supervisor se desgañitaba anunciando el inicio de la próxima función. Me llamó la atención el cartel donde aparecían varias figuras de jóvenes y viejos, hombres y mujeres, que recogían en una red alguna cosa desconocida para mí. La escena despertó mi curiosidad y me quedé allí escudriñándola con atención.

—Vengan a ver aquello que durante cincuenta años Tarôzaemon, un campesino del poblado de Yodoe, del país de Hôki, ha criado con suma diligencia. Vamos, pasen, qué esperan —tronaba el supervisor.

El poblado de Yodoe. El país de Hôki. Espera un momento. Aquella información me había dejado estupefacto. No sería exagerado decir que a partir de ese momento mi sangre había comenzado a correr a una velocidad inusitada. Era difícil creerlo, pero… ¡Se trataba de aquella maldita historia!

—Tiene tres metros de largo, y su enorme cabeza mide noventa centímetros de ancho —continuaba gritando el supervisor. Mi sangre seguía corriendo cada vez con mayor intensidad. ¡Era aquella! No había ninguna duda, se trataba de la condenada salamandra. Claro, ¡el país de Hôki! ¿El estanque dibujado en el anuncio sería el mismo del jardín de aquel anciano al que habían calificado como un ser de la peor calaña? Entonces era verdad, aquella cosa oculta en el estanque misterioso existía. Tres metros de largo y una cabeza de noventa centímetros, parecía una exageración, pero fuera lo que fuera la salamandra gigante estaba ahí, delante de mí, en el interior de una carpa mugrosa. ¡Una oportunidad de oro! El monstruo número uno de Japón, que había despertado la pasión en el fatigado corazón del profesor Osôn, qué digo, no un monstruo, sino un milagro de la naturaleza, estaba siendo exhibido en Yumura. Parecía una de esas

historias que sólo pueden suceder en los sueños. Nadie debería enterarse del singular valor de esta maravilla. Tenía que hallar el medio de avisarle al profesor Osôn. Mientras transcribía su exposición, me reía con sarcasmo del contenido de aquella charla y no me interesaba nada el tema de las salamandras. Admito que me porté como un patán al decir que la cara del profesor parecía grotesca, y también cuando interrumpía mi transcripción si se le quebraba la voz. Pero heme aquí frente a esa cosa, esa criatura que mide tres metros, la atracción principal del poblado de Yodoe, en el país de Hôki. Por primera vez sentí un rapto de emoción. Como muy bien había dicho el profesor, cuando estamos delante de grandes animales desconocidos olvidamos cualquier atisbo de razón, y, por supuesto, no me podía sentir tranquilo y sereno frente a lo que me aguardaba.

Pagué la entrada de diez céntimos y entré corriendo a la carpa a tal velocidad que atravesé una de las paredes de papel y fui a dar al patio trasero. Regresé enseguida y ahí en el centro de la carpa pude ver un estanque de unos tres metros cuadrados lleno de agua turbia y rojiza, que por momentos se agitaba un poco. Era difícil creer que un animal de tres metros de longitud pudiera caber en un sitio tan estrecho como aquel. Quién sabe si permanecía con su cuerpo doblado. Tal vez, al estar alejado de su hábitat, se sentía como un prisionero. Bueno, quizá no midiera los tres metros de la famosa salamandra de Yodoe, pero al menos mediría dos metros diez o dos metros cuarenta. En realidad, no vamos a pararnos en estas minucias pues para la comunidad científica la salamandra de Yodoe gozaba de un gran prestigio. Los que conocían el tema sabían de qué hablaban, así constaba en la abundante bibliografía sobre el tema.

El agua comenzó a moverse de repente y pude contemplar una cosa oscura, color café, que se agitaba en su interior. Era cierto, se trataba de la salamandra de Yodoe, no había ninguna duda. Lo que había alcanzado a ver era una parte de la cabeza, que medía noventa centímetros. Sentí que me estaba quedando sin aliento, que me invadía la emoción. Salí disparado hacia la calle, el viento helado me hacía estremecer y, tambaleándome, llegué a la oficina de correos que se encontraba en las afueras de Yumura. Quería enviar un telegrama. Respirando con dificultad, escribí:

“Encontré salamandra. Tenopôkan. El poblado de Yodoe. En Yumura”

Aquello no se entendía. Pensé un poco mejor y redacté otro. Ante todo debía indicar el lugar donde me hallaba, y luego añadí: “encontré salamandra”. No era necesario agregar la palabra “impresionante”, pues de todas formas el profesor acudiría corriendo desde donde se hallara. Dicho y hecho, esa misma noche el profesor subió las escaleras de la posada y abrió la puerta corrediza de mi habitación.

—¿Cuál es la salamandra? ¿Dónde diablos está? —preguntó, al tiempo que husmeaba el interior de la habitación. Pensaba que yo había dado con la salamandra y la guardaba en mi cuarto y por esa razón le había enviado el telegrama. Como lo sospechaba, el profesor carecía de sentido común, y en ese aspecto me superaba.

En pocas palabras le informé de lo que había sucedido.

—La del poblado de Yodoe. Entonces es verdad —no podía disimular su euforia—. Y cuánto cuesta.

—Diez céntimos.

—Tan barata. No puede ser. Te estás burlando de mí.

—No, hablo en serio. Los militares y los niños pagan apenas la mitad.

—¿Los militares y los niños? Qué idiotez. Esa es la tarifa de entrada. Yo he venido a comprar esa salamandra, aquí tengo el dinero… —extrajo de su bolsillo un sobre grande y abultado y lo colocó al lado de la estufa. En sus labios se dibujaba una sonrisa maliciosa. Al fijarme de nuevo en el rostro alterado del profesor lo encontré, al igual que la otra vez, grotesco.

—¿Se encuentra bien, profesor?

—Sí, todo en orden. Si un trozo de treinta centímetros se cotiza a veinte yenes, si mide metro ochenta entonces costará ciento veinte yenes, si dos diez, serían en ese caso ciento cuarenta yenes, y si alcanza los tres metros, son doscientos yenes, eso es lo que venía elucubrando en el tren. Oye, pórtate bien, anda y llama al director del circo. Y les puedes decir a los de la posada que vayan preparando el sake para la celebración. Qué sucio está este cuarto, ¿cómo puedes vivir en un lugar como éste? En fin, tendré que conformarme. Mientras negociamos con el director nos beberemos unos tragos de sake. No hay como una buena bebida cuando estamos negociando algo importante. Anda, vete.

A regañadientes bajé hasta la recepción y ordené que nos llevaran el sake.

—Oiga, señor, escúcheme, por favor, este… —así le hablé al recepcionista, estaba muy nervioso y no sabía qué decir—, usted podría decirle al director del circo que venga hasta acá… Bueno, se trata del misterioso pez que anuncian en aquella carpa (así rezaba el cartel: “enorme y misterioso pez”). Una persona lo quiere comprar. Le estoy hablando de mi profesor, un tipo serio y excelente. Por favor, dígale eso al director y tráigalo hasta aquí, se lo agradezco. Sabe, el profesor está dispuesto a pagar una buena cantidad de dinero. Se lo suplico, señor —era la primera vez que le pedía a alguien algo tan raro. Mientras hablaba me di cuenta de que estaba sudando y me había puesto rojo como un tomate. Por la cara que puso el

recepcionista, parecía que no había comprendido nada. No obstante, se calzó las sandalias con celeridad y salió corriendo.

El profesor y yo nos quedamos bebiendo sake en la habitación. Llevábamos ya un largo rato libando aquel agradable licor y comenzábamos a ponernos nerviosos. Yo desviaba los ojos hacia cualquier lado esquivando la mirada del profesor. De pronto se abrió la puerta corrediza y se asomó un individuo de unos cuarenta años, bajito, ordinario, pasado de peso y de aspecto más bien bonachón.

—Adelante, pasa, por favor —el profesor se levantó para recibirlo, lo tomó por los hombros y casi lo obligó a sentarse a la mesa donde estábamos bebiendo sake—. Anda, deja la timidez y tómate unos tragos con nosotros. Vamos, que estás en tu casa.

—Ah, sí, qué bien —el tipo sonrió con sarcasmo—. Disculpen que me haya presentado con esta facha —traía puesta la misma ropa que le había visto a la entrada de la carpa: pantaloncillos azul marino y una chaqueta.

—No se preocupe usted —en parte por romper el hielo y también para satisfacer mi curiosidad, le pregunté—: ¿Cómo le va, señor, con las funciones en la carpa?

—De momento, nos tomamos un receso —no se escuchaban los tambores ni las ruidosas campanas, sólo el murmullo de los vendedores y el sonido de las sandalias de los peregrinos confundidos con el viento tenaz.

—Usted es el jefe, ¿verdad? El director de ese tinglado, ¿cierto? —el profesor intentaba abordar el asunto con delicadeza, pues un error en aquellas circunstancias podría resultar imperdonable. Para ganar su confianza le servía de nuevo sake al supuesto director.

—Ah, bueno, mire —el aludido se llevó la copa a la boca con la mano izquierda, y con el meñique de la derecha se rascó la cabeza—. En realidad, me han dejado a cargo…

—Uhmm —asintió el profesor, con un suspiro de satisfacción.

A partir de aquel momento comenzaron unas negociaciones muy extrañas entre el profesor y el encargado del circo. Yo no participé en ningún momento. Como si estuviera pintado en la pared, sólo escuchaba con el corazón en la boca.

—Entonces, me la va a vender, ¿verdad?

—¡Qué dice!

—Es una salamandra, ¿no es cierto?

—Ya basta, señor, no insista.

—Llevo mucho tiempo buscando a la bendita salamandra, esa del país de Hôki.

—Disculpen, señores. ¿Ustedes trabajan en alguna escuela?

—No, no. Este joven es estudiante. Tiene vocación por la literatura,

pero hasta el presente sigue siendo un escritor desconocido. Yo soy un fracasado. Escribí una novela, he pintado algunos cuadros, participé en política e incluso he llegado a estar enamorado. Y he fracasado en todo, no tengo remedio. Creo que al final me he convertido en un ermitaño, puede tratarme como tal. En las ciudades, los más grandes ermitaños se confunden con los mortales. —El profesor estaba dando ya muestras de ebriedad.

—Ja, ja, ja —el encargado sonrió sombríamente—. Entonces, señor ermitaño…

—¡Qué insensible eres! Anda, tómate otro trago.

—Bueno, la verdad es que ya he tenido suficiente —hizo una ligera venia con intención de levantarse—. Señores, con su permiso, permítanme retirarme.

—Vamos, vamos, espera —el profesor intentaba a toda costa impedir que el encargado se fuera—. No te vayas ahora, fíjate que mi charla apenas comienza.

—Esa clase de chácharas me las sé ya de memoria, por eso es me voy ahora mismo. No insista en hacerme pensar que es usted un idiota.

—Y usted, señor, no se las dé de duro. Vamos, siéntese, por favor.

—No tengo tiempo para tonterías. Si cree que voy a caer en su juego por haber aceptado esas botellas de sake, se equivoca usted. Y olvídese del asunto, no le voy a vender la salamandra. No le daré el gusto de que se la coma.

—Eso que dices me da asco. Creo que hay un mal entendido. Si bien es verdad que en algunos escritos se dice que ciertas personas suelen comer salamandra a la brasa, yo no la quiero para comérmela. Aunque me la ofrecieran en una bandeja, ni siquiera sería capaz de tocarla. No soy tan excéntrico como para usar la carne de ese animalito como acompañante del sake. No y no. Yo la respeto. Si es posible, quisiera colocarla en el estanque de mi jardín para convivir con ella. La cuidaría con esmero —el profesor se mostraba sumamente convincente en su discurso.

—Es por eso justamente que no se la quiero vender. Si fuera para algún experimento relacionado con la medicina o incluso como recurso pedagógico para una escuela, lo podría comprender. Pero, quién le daría crédito a una historia como la suya. Dígame usted, un ermitaño que se aburrió de las carpas alemanas y de las doradas, ahora quiere pasar el día y la noche conviviendo con una pobre salamandra. Vamos, deje ya de beber. He venido hasta aquí, postergando un importante negocio, para escuchar esta sarta de idioteces. Usted, señor, ha rebasado el límite de la estupidez y yo he perdido la paciencia.

—No exagere. Creo que se trata de un resentimiento acumulado contra la gente de nuestra clase. Seguro que habrá una manera de que podamos llegar a un acuerdo. Como usted verá, estamos ante una situación inédita.

—No tiene por qué seguir hablando así. Es evidente que se siente mal, muy mal. Desde hace rato las rodillas le están temblando como si fueran de gelatina.

—¡Qué dices! Dejémonos de tonterías y vayamos al grano. Aquí está mi oferta: ¿qué le parecen veinte yenes por cada treinta centímetros?

—Veinte yenes por cada treinta centímetros. ¿De qué está hablando usted?

—Si se trata de la misma salamandra del poblado de Yodoe, debe medir unos tres metros de longitud. Eso es lo que aparece en los informes de los científicos. Si decimos que por cada treinta centímetros se pagan veinte yenes, entonces tendremos un total de doscientos yenes. Y ese es el dinero que traigo conmigo.

—Mire, señor, esa salamandra mide a lo sumo un metro quince. Pensar que existe una salamandra de tres metros es una completa ingenuidad.

—¿Un metro quince? ¡No puede ser! Es demasiado pequeña. La del poblado de Yodoe… del país de Hôki…

—Ya me he hartado, señor. En cualquier circo donde se exhiben salamandras decimos que provienen del país de Hôki, siempre se ha dicho así. ¿Qué la nuestra es muy pequeña? Disculpe, usted. Ese animalito alimenta a mi esposa, a mi hijo y también a éste que le está hablando. Y por nada del mundo la vendería. Ni que me ofrecieran diez mil yenes. Veinte yenes por cada treinta centímetros. ¡No me haga reír! Vamos, es usted más idiota de lo que pensé al principio.

—Y usted es un total desastre, no tiene remedio.

—Más bien debería usted agradecer mi sinceridad, aun cuando he tenido que expresarme en un lenguaje un tanto vulgar. Debería contener su avaricia. Bueno, con permiso, ahora sí me retiro —habló con tono serio e hizo una profunda venia de despedida.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Lo acompaño hasta la puerta.

El profesor se levantó tambaleándose, me miró con una sonrisa cargada de tristeza y me ordenó:

—Oye, tú, vamos, espabila y escribe en tu libreta: “Este experto en historia antigua ha sido increpado por un espécimen de la clase trabajadora. ¿Habrá sido el fornido gigante del Sur, o acaso el del Norte?”.

Me di cuenta de que, debido a la fuerte borrachera y a la depresión que lo acometía, caminaba con dificultad y temí que en cualquier

momento se fuera a caer. Dicho y hecho: poco después de que acompañase al encargado hasta la salida, se escuchó un estruendo que provenía de la escalera. El profesor había trastabillado y rodado por los escalones, y como resultado de aquella estrepitosa caída se llenó de moratones. Al día siguiente partí hacia unas aguas termales en Shinshû y el profesor se quedó en Tenpôkan con la intención de recuperarse. Estuvo allí tres semanas y gastó todo el dinero que había traído.

Resumiendo, estos son los detalles del incidente del profesor con la salamandra. Este fracaso, ridículo por demás aun para una persona acostumbrada a las rarezas como él, resultó en extremo bizarro. Yo opino que el profesor fue víctima del embrujo de la salamandra. Sin embargo, al pensar en las últimas palabras que pronunció —"Este experto en historia antigua ha sido increpado por un espécimen de la clase trabajadora. ¿Habrá sido el fornido gigante del Sur, o acaso el del Norte?"—, me entran dudas. Hay algo que no me cuadra. A lo mejor ustedes ya conocen la frase, "¿Habrá sido el fornido gigante del Sur, o acaso el del Norte?", que se puede leer en el capítulo X del texto neoconfuciano, *Doctrina de la medianía*. Como verán, esta frase no es original del profesor. Y me atrevo a postular lo siguiente: lo que el profesor dijo (así quedó registrado en mi libreta) y lo que señala el libro no tienen ninguna relación. Sea lo que fuere, al observar este tipo de confusiones deberíamos extraer alguna enseñanza. Esa es, en fin, la esencia de los hechos del profesor Ôson.

(Título original: "Ôson Sensei Genkoroku", 1943)

TOKA-TON-TON

Estimado Señor:

Le escribo con el propósito de solicitar su ayuda ya que tengo un serio problema.

Estoy a punto de cumplir veintiséis años. Nací en la ciudad de Aomori, en una zona rodeada de templos. A lo mejor usted no tiene conocimiento de la existencia de ese barrio. Junto al templo de Seikaji había una floristería llamada Tomoya, que había sido propiedad de mi familia. Yo soy el segundo hijo.

Tras graduarme en la escuela secundaria de Aomori, trabajé durante tres años como oficinista en una fábrica de municiones ubicada en Yokohama. Más tarde serví en el ejército por un lapso de cuatro años y, al oficializarse la rendición incondicional, regresé a mi tierra y encontré mi vieja casa convertida en una ruina: había sido quemada en su totalidad. Mi padre, mi hermano mayor y mi cuñada habían vivido ahí, y sobre los vestigios calcinados construyeron una pequeña choza. Mi madre había fallecido mucho antes, justo cuando yo cursaba el cuarto año de secundaria.

Ante semejante infortunio, consideré que sería una gran molestia para mi padre y mi hermano que me fuera a vivir con ellos en aquella precaria construcción levantada sobre los escombros. De esta manera, después de consultarlo con ellos, decidí buscar trabajo en la oficina de correos del pueblo costeño A, situado a ocho kilómetros de Aomori. El edificio donde se encuentra la oficina había sido la casa familiar de mi difunta madre, y el gerente del correo su hermano mayor. Llevo trabajando en ese lugar poco más de un año, pero cada día que pasa siento que mi existencia carece de sentido. Estoy verdaderamente preocupado.

Comencé a leer sus novelas cuando trabajaba en la fábrica de municiones de Yokohama. Desde que leí sus escritos breves publicados en la revista *Buntai*, me acostumbré a buscar sus obras y a hojearlas. Más tarde llegaría a enterarme de que usted había estudiado en la misma escuela secundaria que yo. Y también tuve conocimiento de que mientras cursaba sus estudios en aquella escuela, había vivido en la casa de los Toyoda, ubicada en un barrio rodeado de templos, en

Aomori. Esa información me impresionó.

Los Toyoda tenían una tienda de kimonos en mi vecindario. Los conozco muy bien. Dicen que el fundador de la empresa, el primer Futozaemon, había sido una persona obesa. Los caracteres chinos de su nombre se correspondían a la perfección con su corpulencia: el kanji "futo" significa gordo. Al contrario, el Futozaemon que en mi época administraba la tienda era muy flaco. Daban ganas de decirle Hanezaemon: el "zaemon de plumas", por lo liviano. Era una buena persona. Durante los bombardeos, la casa de los Toyoda, incluido el almacén, fue consumida completamente por el fuego. Fue una pena.

Al enterarme de que usted había vivido en casa de los Toyoda, le pedí al señor Futozaemon que me escribiera una carta de presentación para su persona con la idea de visitarlo, pero mi excesiva timidez me impidió llevar a cabo mi propósito. Ni siquiera me pude imaginar esa escena.

Pero aquí estoy, ocultando mi carácter retraído entre estas líneas, hablándole de mi vida. Después de haber ingresado al ejército, me asignaron la tarea de resguardar las costas de la prefectura de Chiba. Me pasé todo el tiempo excavando trincheras hasta que acabó la guerra, y a veces, cuando me daban medio día libre, me acercaba a la ciudad en busca de sus obras. Y así en algunos momentos tomé la pluma para escribirle una carta. Sin embargo, luego del "Estimado señor" ya no sabía qué más poner. No tenía un motivo específico para escribirle y, como soy un total don nadie para usted, me quedaba perplejo con la pluma en la mano…

A la postre, Japón se rindió de manera incondicional y pude regresar a mi tierra y ahora trabajo en la oficina de correos de A. Hace unos días fui a Aomori y estuve husmeando en una librería buscando sus obras. Ahí me enteré, leyendo uno de sus escritos, de que también usted había sido víctima de los bombardeos y de que había regresado a su tierra natal, Kanekicho.

De nuevo mi pecho se estremeció de la emoción. Sin embargo, no tuve el valor suficiente para visitar su distinguido hogar. Después de meditarlo durante mucho tiempo, decidí escribirle una carta. En esta ocasión no me deprimí al escribir "Estimado señor", como me había sucedido en el pasado, ya que esta carta obedece a un motivo. De hecho, se trata de un asunto urgente.

Necesito que usted me ilumine en relación a un tema, que en realidad es un dilema tremendo. Que no sólo me afecta a mí sino a un grupo de personas. Confío en que usted nos sabrá orientar. Desde que estaba en la fábrica de Yokohama, y más tarde cuando me enrolé en el ejército, había intentado escribirle. Por fin, ahora he podido hacerlo. No pensé que esta primera carta expresara tanto desconsuelo.

El 15 de agosto de 1945, a mediodía, nos formaron frente a la

explanada del cuartel militar y nos hicieron escuchar una trasmisión radial, que supuestamente provenía de la voz de su Majestad. No pude escuchar con claridad ninguna de las palabras de la trasmisión debido a las interferencias. Tras aquel extraño evento, uno de los tenientes jóvenes subió corriendo a la tarima.

—¿Han oído? ¿Han comprendido? Japón ha aceptado los Acuerdos de Potsdam y se ha rendido incondicionalmente. Sin embargo, eso no es más que un asunto político. Nosotros somos militares. Tenemos que seguir combatiendo. Al final, no nos quedará otra alternativa que suicidarnos, de tal manera que ninguno de nosotros permanezca con vida. Les pido disculpas. Yo seré el primero en hacerlo, así que también ustedes deben estar preparados para cumplir con ese deber. ¿Han compredido? Bien. ¡Rompan filas, ya!

Después de haber pronunciado estas palabras, el joven teniente bajó de la tarima y mientras caminaba se le escaparon algunas lágrimas. Me pregunté entonces: ¿Es éste un solemne acto simbólico?

Permanecí de pie. Comenzó a oscurecer, desde algún lugar soplaba un viento frío. Sentí que mi cuerpo se hundía hasta el fondo de la tierra, casi de forma natural. Pensé en quitarme la vida. Creía que morir sería lo mejor. Del bosque que había enfrente no provenía ningún sonido, todo era silencio. En aquel momento el bosque se veía negro como el carbón. Una bandada de pequeños pájaros salió volando sin hacer ruido. Era como si alguien hubiera arrojado polvo de sésamo al viento.

Sí. Fue en ese mismo instante. Desde el cuartel, ubicado a mis espaldas, brotaba un tenue sonido: Toka-ton-ton. Parecía que alguien estuviera clavando un clavo con un martillo. Al escuchar el leve martilleo salí de mi ensoñación. Y de repente aquella situación trágica y solemne desapareció por completo. Era como si me hubiera librado de un maleficio y me hubiera transformado en un hombre nuevo. Sin vergüenza alguna, contemplé los valles arenosos de aquel mediodía de verano. Mi pecho no abrigaba ya ningún sentimiento profundo.

Entonces llené mi mochila con todo lo que pude encontrar, y confuso y desorientado regresé a mi tierra.

Aquel tenue y lejano sonido, aquel tibio martillear era increíblemente bello. Me liberó del fantasma del militarismo. Después de semejante evento, nunca me han atormentado las trágicas y solemnes pesadillas de aquel infausto día, pero parece que el pequeño sonido se incrustó en el centro de mi cerebro. A partir de esa fecha y hasta el presente, sufro unos extraños ataques de epilepia.

Pero no significa que me den convulsiones. Es más bien todo lo contrario. Cada vez que alguna dificultad me atormenta, escucho, proveniente de un misterioso lugar, el tenue sonido Toka-ton-ton. El leve martilleo. El sonido me tranquiliza, y el paisaje delante de mis

ojos cambia abruptamente. Se disuelven las imágenes y sólo queda una pantalla completamente blanca, que al observarla detenidamente me doy cuenta de que no contiene absolutamente nada. Me siento como un idiota.

La primera vez que ocurrió tal fenómeno acababa de llegar a la oficina de correos. En aquellos días, me decía a mí mismo: "ya eres libre, puedes elegir lo que quieras hacer. Entonces, escribe una novela". Tomé la decisión de escribirla con la idea de enviársela a usted. En mi tiempo libre intenté escribir mis memorias en el ejército. Con mucho esfuerzo logré redactar unas cien páginas.

Me restaba apenas un día para terminarla. Recuerdo que era una tarde de otoño. El trabajo en la oficina había terminado. Fui al baño público, y mientras se calentaba el agua comencé a planear cómo sería el último capítulo. Estaba muy emocionado. Podría ser un final muy florido y triste como el *Onegin* de Pushkin. O quizá pudiera contener alguna escena deprimente como las que aparecen en *Por qué se pelearon los dos Ivanes* de Gógol.

Estaba muy excitado, y cuando levanté la mirada y observé la escueta bombilla colgada en el alto techo, escuché de nuevo el lejano martilleo: Toka-ton-ton. En ese instante, se calmó el oleaje. Estaba chapoteando en el agua caliente, justo en la esquina de la oscura tina. Yo era simplemente una figura desnuda agitándose en el agua.

Aburrido, emergí de la tina y mientras me limaba las plantas de los pies presté atención a las conversaciones de los otros clientes. Tanto Pushkin como Gógol me parecieron nombres de cepillos importados. Salí del baño público y crucé el puente, regresé a casa y cené en silencio. Después subí hasta mi habitación. Hojeé el fajo de hojas del borrador de mi novela, colocado sobre el escritorio. Me di cuenta de que su contenido era extremadamente estúpido. Sentí náuseas y perdí hasta el deseo de romperlas. Desde aquel día las utilizo a diario para sonarme la nariz.

A partir de ese momento y hasta la fecha no he escrito ni siquiera una línea de un texto que se asemeje a una novela. En la casa de mi tío hay unos pocos libros y a veces pido prestada alguna de las notables novelas de las eras Meiji y Taisho. Unas me emocionan, otras no tanto. Intento comportarme de la mejor manera, y en las noches de tormenta procuro dormir temprano. Llevo una vida sin contenido "espiritual".

En estos días asistí a una exposición sobre arte mundial. No mostré ningún interés por los impresionistas franceses que tanto me habían gustado en el pasado. Me concentré en observar obras de la época Genroku, como los trabajos de Korin y Kenzan Ogata. Considero que Cézanne, Monet, Gauguin o cualquier otro pintor no superará nunca las azaleas de Korin. Parece que de esta manera mi vida espiritual

tiende a recuperar un poco su vitalidad perdida.

Sin embargo, ni siquiera poseo la ambición de ser un gran pintor como Korin o Kenzan. Seré un diletante provinciano. Y el único trabajo que podré hacer con esmero será el de estar sentado desde la mañana hasta la noche en la taquilla de la oficina postal, contando billetes. Eso es lo máximo que puedo hacer.

Para una persona que no ha tenido formación académica ni posee talento alguno, no se trata de una existencia tan deprimente. A lo mejor hay una recompensa para los mediocres. Llevar una vida diaria normal y trabajar duro, es probablemente la mejor existencia espiritual. Últimamente he comenzado a sentirme un poco más de orgullo de mi propia vida. Fue justo en ese momento cuando sobrevino el cambio de paridad monetaria y hasta en nuestra provinciana y pequeña oficina de correos faltaba personal y estábamos siempre ocupados.

En esos días, desde muy temprano, teníamos que cambiar los billetes de yenes viejos por los nuevos. Sin tiempo para descansar, y con la presión añadida de que mi tío era el gerente, acababa exhausto. Casi no percibía la presencia de mis manos, era como si tuviera puestos unos pesados guantes de metal.

Trabajaba mucho y dormía como un muerto. Me levantaba cuando sonaba el despertador y, de inmediato, me iba para la oficina y comenzaba las labores de limpieza. Esa tarea la desempeñaba una de las muchachas de la oficina, pero desde que había empezado este agitado cambio de billetes mis ganas de trabajar aumentaron de forma muy extraña. La velocidad con que hacía las cosas se incrementaba día a día. No paraba nunca. Estaba medio loco. Parecía una fiera tras su presa.

Finalmente, el cambio de billetes llegó a su fin. Al día siguiente desperté y salí de mi oscuro aposento y aseé la oficina con esmero y precisión. Después de haber limpiado hasta el último rincón de forma impecable, me senté en la ventanilla de la recepción. La luz de la mañana alumbraba justo el lugar donde me hallaba. Cerré mis ojos cansados. A pesar de la fatiga, sentía una gran satisfacción. “El trabajo es sagrado”. Me acordé de esas palabras y cuando suspiré con alivio percibí a lo lejos aquel sonido: Toka-ton-ton.

De inmediato sentí que todo aquello no era más que una pura estupidez. Me levanté, salí de la oficina y me encerré en mi habitación. Arropado por las mantas me quedé dormido. A la mañana siguiente, cuando me avisaron de que el desayuno estaba servido, dije bruscamente que me sentía muy mal y que no tenía ningún deseo de levantarme. Aquel día fue uno de los más atareados en la oficina. Todo el mundo estaba desbordado de trabajo, pues el empleado más diestro se había quedado en la cama. Sin preocupación ninguna, me

quedé profundamente dormido todo el día. En lugar de corresponder a la ayuda que me prestaba mi tío, mi actitud egoísta se había convertido en un lastre para él. Me había quedado sin energías para trabajar.

Al día siguiente no me podía levantar. A duras penas llegué a la oficina y me senté atontado en la ventanilla de la recepción. Me pasé todo el tiempo bostezando y la mayor parte de mis tareas se las encargué a la empleada que estaba a mi lado. Al otro día y los siguientes continué con la misma cantinela. Me había convertido en un trabajador lento, malhumorado y desganado. Es decir, el típico empleado de ventanilla.

—¿Otra vez tú? ¿Estás enfermo? —preguntó mi tío, al tiempo que sonreía levemente.

—No tengo nada. A lo mejor estoy pasando por una crisis nerviosa —contesté.

—Tienes razón —dijo mi tío como si ya supiera la respuesta—. Lo mismo creo yo. Eso te pasa por leer libros complicados, esas cosas no son para tontos. Para los tontos como tú y yo, lo mejor es no pensar en cosas tan enredadas —sentenció y sonrió.

Yo también sonreí.

Mi tío se había graduado en la Escuela Técnica, pero no tenía ninguna de las habilidades propias de un intelectual.

Y después (usted se habrá dado cuenta de que en mi prosa utilizo con frecuencia el punto. “Y después” ¿Será ésta acaso la prosa de un tonto? Esto me aflige mucho, pero ocurre que me sale sin querer. Me dan ganas de llorar). Y después me enamoré. No se ría. Bueno, no puedo culparlo, a cualquiera le daría risa una confesión como la mía. Por aquellos días yo era como un pececillo solitario flotando en una pecera. Estaba siempre como perturbado y, sin que lo hubiera advertido, me había comenzado a enamorar: un amor vergonzoso.

Cuando brota el amor, uno siente que la música lo envuelve. Pienso que ése es uno de los síntomas de la enfermedad del amor. Se trata de un amor no correspondido, pero quiero y amo a esa mujer. No puedo evitarlo.

Ella es una sirvienta de una pequeña posada, la única de aquel pueblo costero. Al parecer, no tiene más de veinte años. Mi tío, el gerente, es un gran bebedor. Siempre que hay alguna fiesta, se organiza en uno de salones de esa posada, y él es el primero en llegar. Mi tío y la sirvienta se llevan bien. Cada vez que ella aparece en la ventanilla de la oficina de correos para alguna gestión relacionada con sus ahorros o con su seguro de vida, mi tío cuenta chistes tontos con la idea de hacerla reír.

—Últimamente te has dado cuenta de que disfrutamos de una

cierta bonanza económica y por eso has comenzado a mostrar un gran interés por el ahorro. Estoy muy impresionado, muy impresionado. ¿Será acaso que has encontrado un buen hombre?

—¡Qué aburrido es usted! —le responde.

Y lo dice mostrando realmente cara de aburrimiento. No es el rostro de una mujer pintado por Van Dyck, se parece más bien al de una princesa. Se llama Hanae Tokita. En la libreta de ahorros aparece así. Antes vivía en la prefectura de Miyagi, tal como aparece escrito en la libreta, pero ese dato ha sido tachado con una línea roja. Al lado figura la nueva dirección. De acuerdo con los rumores de las empleadas de la oficina, allá en Miyagi fue víctima de la guerra, y poco antes de la rendición apareció por casualidad en este pueblo.

Dicen también que la dueña de la posada es pariente lejana suya. Al parecer su conducta deja mucho que desear; aunque su aspecto es el de una niña, aseguran que es diestra en esos "menesteres". Las personas que huyeron de Miyagi no tienen buena reputación. Yo no creía los rumores acerca de sus habilidades en esos "menesteres", pero no podía negar que Hanae tuviera muchos ahorros. Aunque está prohibido que los trabajadores del correo hagamos pública esa información y aunque el gerente se mofaba de esos extraños ahorros, lo cierto era que Hanae venía una vez a la semana a depositar doscientos o trescientos yenes. Todo en billetes nuevos, y de esta manera el monto total de sus ahorros seguía en aumento.

Yo no pensaba que ella hubiera hallado un buen hombre, pero cada vez que ponía un sello de doscientos o trescientos yenes en la librera de Hanae, mi corazón palpitaba y mi rostro se sonrojaba.

Y poco a poco me invadía el desaliento. Estaba seguro de que Hanae no trabajaba en tales "menesteres", pero pensaba que algunas personas del pueblo, por algún motivo, le estaban dando dinero, y que de esa manera le hacían daño. Eso es lo que sucedía. Al pensar en aquel embrollo sentía temor y algunos días no podía dormir dándole vueltas al asunto.

Sin embargo, Hanae seguía ahorrando dinero cada semana sin dar muestras de remordimiento. Ahora, ya no me latía el corazón ni me sonrojaba, me sentía acongojado, estaba pálido y un sudor frío corría por mi frente. En varias ocasiones, mientras contaba los billetes de diez yenes, me daban ganas de romper los formularios llenados por Hanae, manchados con su sucio dinero.

Quería decirle algo. Aquella célebre frase de la novela de Kyoka: "Aunque mueras. ¡No seas nunca el juguete de las personas!". Eran unas palabras demasiado pretenciosas para un pueblerino como yo. No se las podía decir a Hanae, pero quería decírselas con sinceridad: Aunque mueras. ¡No seas el juguete de las personas! ¿Qué son las cosas materiales? ¿Qué es el dinero?

Cuando uno piensa intensamente en alguien, eso provoca que la persona se fije en uno. ¿Existen realmente esos casos? Aquello sucedió a mediados de mayo. Hanae apareció, presuntuosa como siempre, del otro lado de la ventanilla. Dijo, “por favor”, y me alargó la libreta de ahorros. Suspiré y la recibí. Conté cada uno de los sucios billetes experimentando un sentimiento de tristeza. Registré el monto en la libreta y sin hablar se la entregué a Hanae.

—¿Estás libre a la cinco?

No daba crédito a lo que mis oídos escuchaban. Pensé que el viento de la primavera me estaba jugando una mala pasada. Habían sido unas palabras veloces, formuladas en voz baja.

—Si tienes tiempo, ven al puente —dijo, mostrando una tenue sonrisa y se alejó presuntuosa tal como había llegado.

De reojo miré el reloj. Las dos pasadas. Lo que sucedió desde ese momento hasta las cinco debió de haber sido algo muy tedioso, pero hasta el presente no he podido recordar qué fue lo que hice. Probablemente estuve dando vueltas con cara de preocupación.

De pronto le hablé en voz alta a la empleada vecina: “¡Hace buen tiempo hoy!”. El día estaba nublado y al ver que la aludida se había sorprendido, la miré con ojos enojados y me levanté para ir al baño. Seguro que mi aspecto era el de un perfecto idiota. Siete u ocho minutos antes de las cinco salí de la oficina. En el trayecto, descubrí que las uñas de mis manos estaban largas. No sabía por qué. Todavía recuerdo que quise llorar de verdad.

Hanae estaba de pie al lado del puente. Pensé que su falda era corta. Vi sus largas piernas desnudas y desvié la mirada.

—Vamos hacia el mar —dijo con calma.

Hanae iba adelante, yo la seguía a cinco o seis pasos. Caminamos con lentitud rumbo al mar. Y aunque nos manteníamos separados, a medida que caminábamos, nuestros pasos acabaron por coincidir. Eso me preocupaba. Estaba nublado y soplaba un poco de viento. En la costa se observaban torbellinos de arena.

—Aquí está bien.

Hanae se situó entre un banco grande y otro chico que estaban puestos en la playa. Y se sentó en la arena.

—Venga. Si se sienta no le dará el viento. Está caliente.

Me senté a unos dos metros de ella. Hanae había estirado sus piernas con comodidad.

—Disculpe por haberlo llamado, pero tengo algo que decirle. Me refiero a mis ahorros. Usted ha estado pensando que se trata de algo raro ¿cierto?

Pensé que aquel era el momento. Contesté con voz ronca.

—Sí, pienso que se trata de algo inusual.

—Es natural —dijo Hanae mientras se ladeaba y dejaba caer un chorro de arena entre sus piernas desnudas—. Pero lo que sucede es que ese dinero no es mío. Si fuera mío no lo estaría ahorrando. Es un fastidio tener que estar haciendo depósitos continuamente.

Como me lo temía, pensé en voz baja y asentí en silencio.

—Así es. La libreta de ahorros es de mi patrona, pero ese es un secreto, por favor, no se lo diga nadie. Sospecho por qué ella procede de esa manera, pero como se trata de un asunto muy complicado, no se lo voy a contar. Es un tema que me atormenta. ¿Me cree?

Hanae mostró una leve sonrisa, y me di cuenta de que sus ojos tenían un extraño brillo, como si estuvieran velados por las lágrimas.

Quería besarla. No podía contenerme. Pensé que podría hacer cualquier sacrificio por ella.

—Todas las personas piensan mal. Parece que esa sea la ley. Por un momento llegué a creer que usted había malinterpretado mi conducta, y por esa razón me animé a hablarle.

En ese momento, desde una de las cabañas cercanas se dejó oír el sonido de un martilleo: Toka-ton-ton. Aquel sonido no era una alucinación auditiva como las que me solían acometer. En la choza del señor Sasaki alguien había comenzado a martillear de verdad. Toka-ton-ton. Toka-ton-ton. Toka-ton-ton. El martilleo se escuchó repetidas veces. Mi cuerpo tembló y me levanté.

—Entendido. No se lo diré a nadie.

Observé que detrás de Hanae había una gran cantidad de excremento de perro. Pensé advertírselo, pero no lo hice.

Las olas golpeaban fatigadas contra la arena. Algunos barcos sucios con las velas desplegadas pasaban lentamente cerca de la costa.

—Bueno, ahora sí me despido.

Sentí una profunda desgana. Aquel tema de los ahorros no era asunto mío. Para comenzar, no había nada entre nosotros, éramos unos perfectos desconocidos. El hecho de que ella pudiera ser el juguete de alguien no me concernía. ¡Qué estupidez! Me había dado hambre.

Después de aquel día, Hanae continuó viniendo como siempre cada semana o cada diez días a depositar dinero. Los ahorros alcanzaban varios miles de yenes, pero eso a mí no me importaba. Ella había dicho que el dinero era de su patrona, pero a lo mejor era de la misma Hanae. Fuese lo que fuese, aquel asunto era por completo ajeno a mis intereses.

Entonces, ¿quién sufrió un desengaño amoroso? Desde mi punto de vista, el afectado fui yo. Sin embargo, de haber sucedido de esa manera, no llegué a sentirme realmente mortificado. Pensé que semejante forma de desengaño era muy extraña. Me convertí de nuevo

en un empleado normal y sin ningún relieve de la oficina de correos.

Al comenzar junio, tuve que ir a resolver un asunto a Aomori, y por casualidad pude observar la manifestación de unos obreros. Hasta ese momento yo no había mostrado ningún interés por los movimientos sociales y políticos. Mejor dicho, más bien sentía una especie de aversión hacia esos asuntos.

En realidad, no importaba quién organizara las manifestaciones, para mí todas eran iguales. Además, tampoco importaba en qué movimiento pudiera uno participar, pues pensaba que al final resultaría sacrificado defendiendo el honor y los interés políticos de los dirigentes. Ellos nunca dudaban de sus propias opiniones, como si fueran poseedores de la verdad. Te garantizaban que si te unías a ellos aceptando todo lo que decían, nuestra familia, el pueblo y el mundo entero se podían salvar. Pero todo aquello no era más que una farsa. Mentían al decir que aquellos que no seguían sus dictados no tendrían oportunidad de salvación.

Como habían sido rechazados por alguna mujerzuela, abogaban a gritos por la derogación de la prostitución. Golpeaban con saña a sus camaradas más apuestos. Cometían todos los desmanes posibles.

Algunos habían recibido por suerte cierta distinción militar y lo proclamaban a los cuatro vientos. Uno de ellos entraba corriendo en su casa diciendo con cara presumida: “¡Mira, mujer!”. Abría con cuidado una pequeña caja y mostraba su contenido. Pero su mujer le decía con frialdad: “¡Esa es una condecoración de quinta categoría, si al menos fuera de segunda!”. Entonces el marido se deprimía y con el tiempo se iba desquiciando, y acababa sumándose a los movimientos sociales y políticos de la época.

Yo no tenía ninguna confianza en esos tipos. En las pasadas elecciones generales, las de abril de este año, habían estado agitados hablando esto y lo otro acerca de la democracia. El partido Liberal y el Conservador estaban presididos como siempre por individuos de pensamiento arcaico. Por su parte, en los partidos Socialista y Comunista reinaba el entusiasmo, pero esto sólo se debía al hecho de que se estaban aprovechando de los nefastos efectos de la derrota. Todavía no se había podido borrar la sucia imagen surgida de los montones de cadáveres que condujeron a la rendición incondicional.

El 10 de abril, día de las elecciones, mi tío, el gerente, me pidió que votara por el señor Kato del Partido Liberal. Le dije que así lo haría y salí de casa en dirección a la playa con el propósito de dar un paseo. Luego regresé. No importaba cuánto se interesara uno en los problemas sociales y políticos. Los desencantos de nuestra vida cotidiana no hallarían remedio alguno. Yo pensaba de esa manera, pero después de haber presenciado aquel día en Aomori, por pura casualidad, la manifestación de los obreros, me di cuenta de que todas

mis ideas al respecto estaban equivocadas.

En esa espontánea vivacidad sí se podía confiar.

(Título original: “Toka-ton-ton”, 1947)